

CCI

LE ROUX

BOULETABILLER
Y LOS GITANOS

1

PQ2623

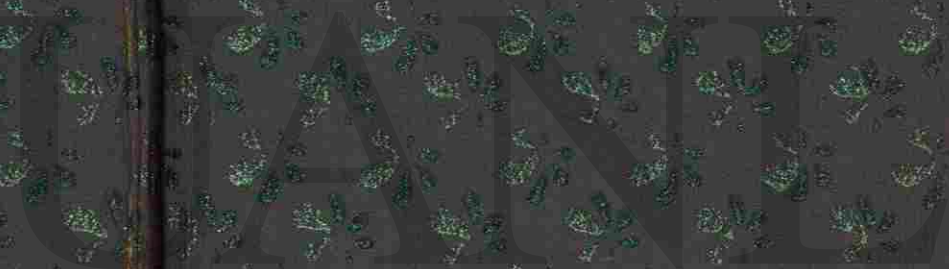
.E6

R68

v.1



1020027034

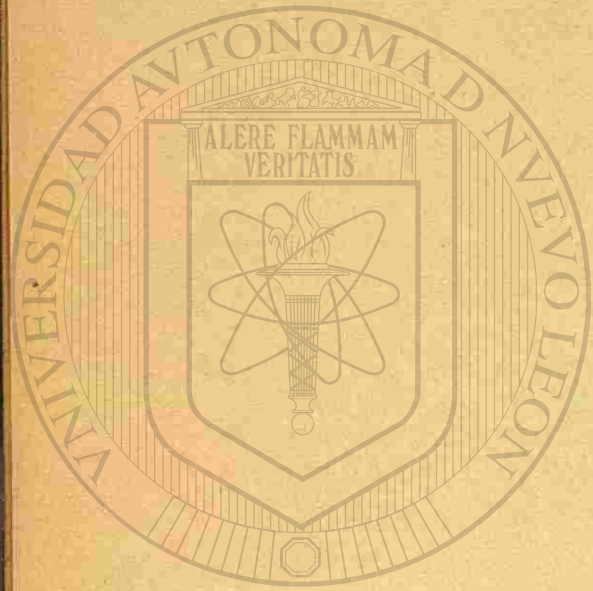


DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Café Barr.

GASTÓN LEROUX

ROULETABILLE Y LOS GITANOS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N

Núm. Clas. 4618

Núm. Auto: 1

Núm. Adg. 30427

Procedencia -8-

Precto _____

Fecha 1957

Clasificó leg

Catalogó _____

**Las aventuras extraordinarias del repórter
JOSE ROULETABILLE**

GASTÓN LEROUX

ROULETABILLE Y LOS GITANOS

PRIMERA PARTE
EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ALBIÑANA MOMPÓ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES 85578
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

30427



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

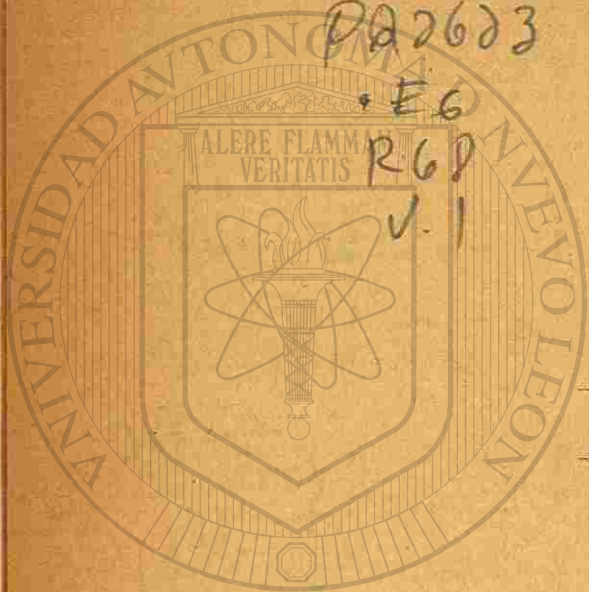
473
L.

PA 2623

REG

R68

V. 1



ES PROPIEDAD

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

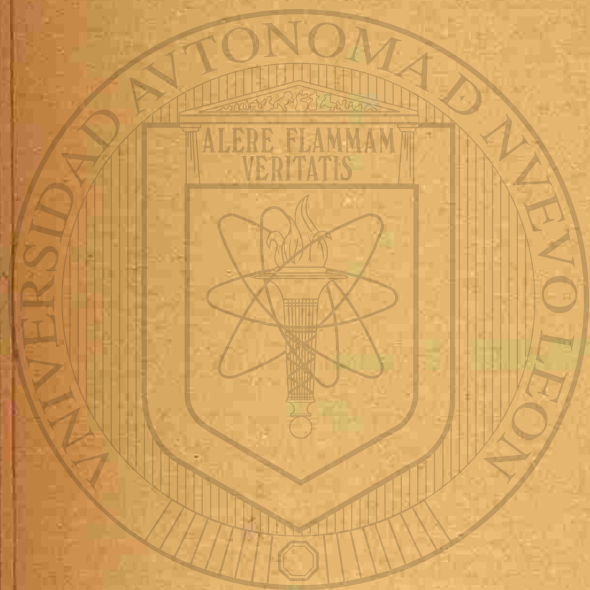
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO GONZÁLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de J. Pueyo. Luna, 29
Teléf. 14-30 M.—MADRID



CAPÍTULO PRIMERO

EN EL CUAL, POR PRIMERA VEZ, SE TRATA DE «EL PULPO»

JUAN de Sautierne subió la escalera que conducía al piso de Rouletabille con tal rapidez, que a pesar de su juventud y del hábito de los *sports*, se detuvo jadeante un momento ante la puerta. El célebre repórter del diario *La Epoca* habitaba hacía dos años en la vieja casa del barrio Poissonière, en la cual vino a refugiarse después de la muerte de su mujer, acaecida en circunstancias trágicas, que no hemos de recordar aquí. Huyendo de toda frivolidad humana y sin más trato que el de contados amigos, entre los cuales y en primer lugar hay que citar a Sautierne, marchóse cerca del gran diario al cual consagraba, al parecer, todas sus horas, dispuesto a olvidar.

Juan llamó. Se tardó un poco en abrirle la puerta. Al fin un criado de faz achatada, siempre melancólico y taciturno, que Rouletabille se trajo de los Balkanes, y hom-

bre sólo atento a la consigna de su amo, manifestó que «el señor» no estaba.

—Vamos, Olajai—dijo muy nervioso Sautierne en tono de protesta—... Sé que está en casa... ¡Déjame pasar!

—El señor no recibe...—repuso el criado.

Pero el joven, atropellándole, abrió autoritariamente la puerta del despacho de Rouletabille.

Apenas hubo penetrado, cuando lanzó sorda exclamación y balbuceó vagas excusas. Una mujer estaba allí, en aquel cuarto que parecía haber sido entregado al saqueo: montones de libros aparecían esparcidos por la alfombra; en ella yacían legajos a medio abrir; los cajones de la mesa revelaban señales de violencia, y sin embargo, más que de aquel singular desorden, Sautierne se sorprendió de encontrar allí la mujer que parecía presidirlo. No era hermosa, sino peor como suele decirse... Muy joven aún, rayana en los treinta años, su rostro tenía cierta rareza bajo los cabellos cortados, que caían rectos sobre la frente, cubriéndola hasta la altura de los ojos, que contraía como los míopes y cuyo fulgor inquietante deslizaba sobre personas y cosas con aparente indiferencia; vestía traje sastre de color gris claro, muy sencillo, pero de indudable elegancia. ¿Qué estaba haciendo cuando él penetró tan bruscamente? Muy difícil le fuera decirlo, pero seguramente la había molestado.

La joven le lanzó una mirada hostil, y volviéndose de pronto, se deslizó por detrás de la mesa y desapareció

por una puerta que comunicaba el despacho con la alcoba de Rouletabille.

No se esfumó, sin embargo, tan rápidamente la joven que Sautierne no pudiera reconocer su silueta, cuya visión le dejó como clavado en el suelo.

—¡El Pulpo!—murmuró anhelante—. *El Pulpo* aquí. ¡Oh! ¡cuántas cosas explica esto!

Repuesto de la emoción, salió al vestíbulo y llamó a Olajai:

—¿Cómo se halla así el despacho? ¿Se muda de casa tu amo?

—El señor viene al instante—contestó escuetamente el criado, alejándose.

Casi al mismo tiempo, Rouletabille se reunió en el despacho con su amigo, tendiéndole la mano algo febril, y después de percatarse del cierre de las puertas le preguntó afectuosamente el motivo de su visita. Tanta tranquilidad era sólo aparente. Sautierne no cayó en el engaño.

—Hablemos ante todo de ti—le dijo—. ¿Qué ocurre aquí? Dispénsame que haya franqueado con violencia el dintel.

—Querido Juan, voy a decirte una cosa que quisiera ocultar a todo el mundo y sobre la cual te suplico, hasta nuevo aviso, el mayor secreto. Pasa sencillamente que Rouletabille acaba de ser atracado.

—¡Tú!

—¡Yo!

—¡Atisbo que ya sabes por quién y por qué!

—Nada sé y nada comprendo.

—Rouletabille—murmuró Juan en voz baja—, cuando entré aquí hace un instante, me encontré con una mujer, a la cual enojó sin duda mi presencia.

—Olvida que has visto a esta mujer—repuso el periodista con voz clara y mirando de hito a hito a Sautierne—. ¡Es preciso! ¡Nadie ha debido ver a esta mujer en mi casa!

—Y por mi parte, lamento sobre todo haberla encontrado aquí—replicó Juan con voz apagada.

—¿Por qué lo lamentas?

—Por ti... ¡La señora de Meyrens aquí! ¿Sabes cómo llamaban a esta mujer?

—¡Sí!—respondió el periodista con sonrisa que desagradó a Juan—. ¡Ella misma me ha contado sus desdichas!

—Quieres decir las desdichas de los demás... Nosotros la llamábamos *El Pulpo*. Creo que soy bastante amigo tuyo para poder decirte: Rouletabille... no te fíes. Doquiera se ha presentado esta mujer, no ha habido más que desastres. Siempre ha dejado tras sí la desesperación y la ruina... En Viena, en Petersburgo, en donde todas las puertas se le abrían, pues contaba con apoyos oficiales, se la consideraba como agente de la más encopetada policía... Después de la guerra, desapareció. Algunos hasta sostenían que había sido fusilada en uno de los fosos de Schlussembourg... ¡Y yo la encuentro aquí en esta

casa, como si fuera la suya, en tu intimidad!... Oye, Rouletabille... ya sabía que andabas enzarzado de unos meses acá en una intriga... pero no podía sospechar... ¡Y ahora que acabas de decirme que te ha ocurrido una desgracia, ya nada me asombra!...

—¿A ti, personalmente, nada te ha hecho?

—¡Nada! pues mientras estuve agregado a la embajada, el embajador solía decirme: «¡Cuidado!»... Además, sus maneras me inspiraron siempre recelo. No me hacían gracia sus modales de chico ni su mirada harto inteligente en el preciso momento en que trata de seducir con la más inocente familiaridad... Desconfía, te digo, y no me salgas con que te sirve para el conocimiento del mundo, de todos los mundos. Es ella la que te tendrá «cogido»... En todo caso no la quieres, ¿no es eso? ¡Dime que no la quieres!

—En cuanto a mí—replicó Rouletabille—tranquilízate; la detesto.

—¿Y ella?

—Y ella a mí...

—¿Esas tenemos?

—Sí, pero hablemos de otra cosa... Dime, ¿qué te trae?

—Dime tú primero cómo te atracaron...

—Avergüenza referirlo... He aquí el hecho: Ya sabes que acostumbro a permanecer en la redacción hasta muy tarde... No entro nunca en mi casa antes de las dos de la madrugada... Anoche, casualmente... me acosté a las diez.

Me sentía fatigado, rendido inexplicablemente. Llegué incluso a pensar si me habían hecho tomar, sin que lo adivinara, algún narcótico.

—¿Dónde cenaste y con quién?

—¡Tranquilízate! Cené aquí, pero no con ella.

—¿Estás seguro de tu criado?

—En principio, de nadie, pero razonablemente he debido rechazar la idea del narcótico. Aun admitiendo que mi criado estuviera de acuerdo con mis atracadores, es lógico pensar en que tuviesen interés en verme salir cuanto antes, y no en retenerme, ni aun dormido, en mi casa. ¡No! Ellos se pasmaron tanto de hallarme en mi casa como yo de verlos. Estaba, pues, ya acostado, cuando a las doce y media o una de la madrugada, abrí los ojos: un ruido singular, un rechinamiento insistente como el de la lima en una cerradura, me sacó de mi amodorramiento, y de pronto un crujido... luego, nada. Me pareció que acababan de violentar un mueble con ganzá. Ello quizá fué sólo ilusión y el ruido natural del maderamen que se raja. Me levanté bastante atemorizado. Sabes que soy animoso; pues bien, esta noche sentí zozobras como un niño ante el estruendo inexplicable que producen las cosas en las tinieblas.

Angustiado y bañadas en sudor las sienes, alargué la mano hasta el cajón de la mesilla de noche. No estaba allí mi revólver. Me acordé de haberlo dejado en un compartimiento de la mesa del despacho; precisamente el crujido procedía del gabinete. Volvía a sonar; rechinaba

de nuevo y con mayor precisión, y ante tal seguridad recuperé súbitamente toda mi sangre fría...

Me deslicé del lecho y cautamente entreabrí la puerta de la alcoba. Vi que un rayo de luz ribeteaba la parte inferior de la puerta del despacho recayente al vestíbulo. Recordé que tenía una porra en el paragüero. Me armé con ella y adosé la oreja a la puerta del despacho.

Oí voces que cuchicheaban palabras en lengua para mí desconocida. Mi criado duerme en el piso de arriba, y yo me hallaba solo ante una cuadrilla que no repararía, ciertamente, en el daño que pudiera causarme; resolví, pues, salir del cuarto sin pérdida de tiempo e ir a avisar al portero; pero de pronto la puerta del despacho se abrió, oí algunas exclamaciones rápidamente ahogadas y tres hombres se echaron sobre mi cuello.

En un relámpago—continuó Rouletabille—fui tendido, amordazado, transportado a mi alcoba, atado con mis ropas, reducido a la impotencia. Naturalmente, habían apagado todas las luces; pero yo los sentía revolverse en torno mío. ¿A qué misteriosa labor se entregaron?

De pronto, suena el timbre de la puerta de entrada y desaparecen como bandada de asquerosos pájaros nocturnos.

Fuertes puñetazos cayeron sobre la puerta, y oí el vozarrón de mi compañero La Candeur, que me gritaba: «Soy yo; ¡abre, Rouletabille!... Te necesitan en la redacción... No es posible telefonearte. ¿Por qué has descolgado los auriculares? ¡El director está furioso!...»

Por mi parte, me esforzaba inútilmente en desasirme y hacerme oír... La Candeur bajó la escalera vociferando juramentos. Bien considerado, no me supo mal que no llegara a verme en tal coyuntura. ¡Yo, Rouletabille, haberme dejado sorprender así! Estaba avergonzado, anonadado. ¡Este es el sentimiento que aún me domina! Mi criado me desató esta mañana. Le he amenazado con enviarle a presidio, si llega a decir una palabra, y en cuanto a ti espero confiadamente en que no tratarás de deshonorarme.

—Pero, en fin, ¿qué significa esta agresión? —preguntó todavía Juan de Sautierne, olvidado de sus propias preocupaciones por el relato de esta singular aventura.

—¡Ah! —repuso Rouletabille señalando con un amplio gesto su despacho revuelto—. Lo he repasado... Han venido con toda seguridad a robarme documentos... Pero ¿cuáles? Hecho el inventario, no me falta ninguno. He creído un momento que había una relación entre el acontecimiento de esta noche y mi artículo de anteayer, acerca de los escándalos de la «Sociedad de Bengala»; pero mi archivo está completo... ¡Misterio!...

—Tú al menos debes tener alguna sospecha... Les viste las caras...

—Sí, un segundo; pero al punto apagaron las luces...

—¿Y qué facha tenían tus ladrones?

—De ladrones... demasiada facha de ladrones. Trazas horribles de ladrones... Con exceso... Muy sucios sus trajes... ¡Muy espantables sus gorras!

—¿Por dónde entraron?

—Por el balcón... El piso contiguo está vacío... Entraron por la escalera de servicio... Aquí se limitaron a cerrar la madera de la ventana, saltaron un cristal... Nada más sencillo.

—Y ¿no vas a avisar a la policía?

—No.

—Rouletabille, ¿no sospechas de nadie?

—Sí...

—¿De quién?

—De la policía. ¡Es posible que busque algo que no hallará aquí! Pronto sabré a qué atenerme.

Juan, entristecido, reflexionaba.

—Rouletabille, te lo repito; no te fíes de *El Pulpo*.

—¿No me has dicho—contestó irónico el repórter— que era de la policía?

—Así se me ha afirmado.

—Pues bien—repuso el periodista encendiendo la pipa—, por ella sabré si es la policía la que ha dado el golpe.

Juan se levantó.

—Ea—suspiró—, veo que no queda nada por decirte. ¡Adiós!

Y agregó con intención un poco solapada:

—No quiero molestarte más.

Rouletabille no le contestó en seguida, pero cogiendo su junquillo y su sombrero:

—Te acompaño—repuso—, pues veo que te repugna

hablarme de Odette, bajo el techo que guarece a Mme. de Meyrens.

—¿Cómo sabes que quiero hablarte de Odette?

Rouletabille levantó los hombros y le impelió hacia la escalera:

—Tú has recibido noticias de Camargue, malas noticias... Hubert no deja a Odette; cada día está más imperioso, casi amenazador.

—¿Quién te ha informado tan bien? —preguntó Juan estupefacto—. ¿Quién te ha dicho...?

—¡Tú! Lo llevas escrito ahí...

Rouletabille pasó el dedo por la frente...

—¿Qué opinas de Hubert?

—¡Le creo capaz de todo! Pero he de confesarte que no es él el que me desasosiega en cuanto a ti concierne.

—¿Has hablado a Calixta?

—No; precisamente he venido para que tú le hables, tú en persona.

—Encantador —exclamó el repórter, que parecía querer ocultar bajo aquella traza jovial el disgusto que le acarrea tal comisión—. ¡Encantador! ¡A poco me estrangulan anoche, y esta tarde me van a arrancar los ojos!

CAPITULO II

CALIXTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

No sé ciertamente cómo anunciar a Calixta mi casamiento con Odette. Rouletabille se repetía esta frase de su amigo Juan, mientras Juan vertía en el piano un pasaje de Beethoven, y en la alcoba danzaba Calixta, desnudas las piernas, bajo el tul de velos negros guarnecidos de oro. Estaban además el osezno y el loro.

La escena era sorprendente. La envolvía la penumbra. El mismo Juan estaba enteramente sumido en la sombra. Se le oía, pero no se le columbraba. Se oía también el tintineo de los brazaletes de Calixta cuando el ritmo se acentuaba. Los tres espectadores, Rouletabille, el osezno y el loro, estaban tan circunspectos como las imágenes de sombras chinescas que sus perfiles dibujaban sobre la pared. Los iluminaba la roja luz de una lamparilla, protegida con pantalla de papel de seda y colocada en bandeja de plata, en la cual yacían rabiosamente dispersos

unos naipes, y entre ellos la reina con el corazón descuajado (la mujer rubia a trozos).

Naturalmente Calixta era morena; pero en aquel momento se veía tan sólo sus piernas deslumbrantes, que corrían como llamaradas por la alfombra. Al punto las piernas se eclipsaron bajo los velos, la mujer se desplomó, y encuadrado en la voluta feroz de la suelta cabellera, apareció su rostro de belleza y dolor salvaje.

«Nunca ha bailado tan trágicamente—pensó Rouletabille—. Diríase que prevé la catástrofe. ¡Vamos a pasar momentos difíciles!»

Pero por un milagro de aquella fisonomía tornadiza, la imagen de la desesperación que se arrastraba a la luz de la lámpara se esfumó casi instantáneamente, bajo la más traviesa y apasionada de las sonrisas, y luego Calixta se irguió mostrándose a la vez fiera y dulce, amorosa y discreta, tímida y burlona.

Finalmente prorrumpió en carcajadas. Su danza fué cosa de un demonio, de una gracia, de una musa, de un ángel, de un duende.

Y Rouletabille se acordó de la primera vez que la vio bailar. Hacía dos años. Fué en Camargue, en los alrededores de las Santas Marías del Mar, adonde fué a cazar, con su amigo Juan, pájaros trashumantes. Había salido danzando de un carromato de bohemios encajado entre dos tamarindos, y ellos se detuvieron por el placer bíblico de esta escena al aire libre. Silenciosa, acurrucada en torno de la bailarina, la tribu extática y desarrapada

contemplaba a la bella moza de divinos gestos, mientras un varón de sombría belleza, sentado junto a las brasas que se extinguían, arrancaba a su guitarrillo un ritmo milenario.

Fueron vistos y todo paró; sintiéronse arrojados por el silencio hostil de todos. Al día siguiente, almorzando en grupo (hay que decir que el grupo era de felices mortales) en un pequeño hotel campestre de la vecindad, a dos pasos del río, vieron aparecer en medio de sus juegos civilizados (quién tocaba un *shimy* en el piano) a una náyade morena perseguida por un fauno. Reconocieron en aquella joven casi desnuda a la bohemia del día anterior, y en el fauno al hombre del guitarrillo. El hombre terrible había ya atrapado a la niña, que se defendía gritando y mordiéndole. Y ya se la llevaba, cuando Juan y Rouletabille, seguidos de sus amigos, cayeron sobre él. El bohemio hubo de ceder al número. Se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la joven, que seguía imprecándole.

Esta, suspirando, se acogió a la protección de Juan:

—Me llamo Calixta, y este hombre, Andrés. Es un gitano, pero no de mi tribu. Como mi padre ha muerto, trata de llevarse me. No es nada mío.

Una hora más tarde, para evitar nuevos incidentes, Juan montó a Calixta en su auto, vitoreado por sus amigos. He aquí, pues, cómo Calixta y Juan se enamoraron, y por qué Calixta le amaba aún.

Aparentemente la joven se había civilizado con ardor

de neófita a la cual se descubren los goces de una religión de dulzuras insospechadas. Aunque su alma continuó siendo salvaje, por fuera se había trocado en una parisien elegante y muy moderna.

Se dijo que quería hacer olvidar su origen. Sólo para Juan y para Rouletabille bailaba alguna vez en la intimidad danzas gitanas, y ya hemos visto que Juan mezclaba con ellas trozos de Beethoven.

Ahora, pues, Calixta reía, pero su risa estremecía a Rouletabille. El loro y el osezno también se echaron a reír.

—Esta casa de muecas me espanta—se dijo el repórter, tratando de sacudir el entorpecimiento morboso que le invadía—. ¡Ah! ¡esos perfumes de Armenia! Por mucho que haga esa mujer, olerá siempre a bazar.

Juan cerró el piano y trató de explicar a Calixta la necesidad que tenía de dejarla pronto aquella tarde.

—Rouletabille te hará compañía.

Ella no respondió. Ofreció a su beso una frente de mármol... Juan se puso en salvo, balbuceando excusas. Rouletabille hubiera dado cualquier cosa por seguirle.

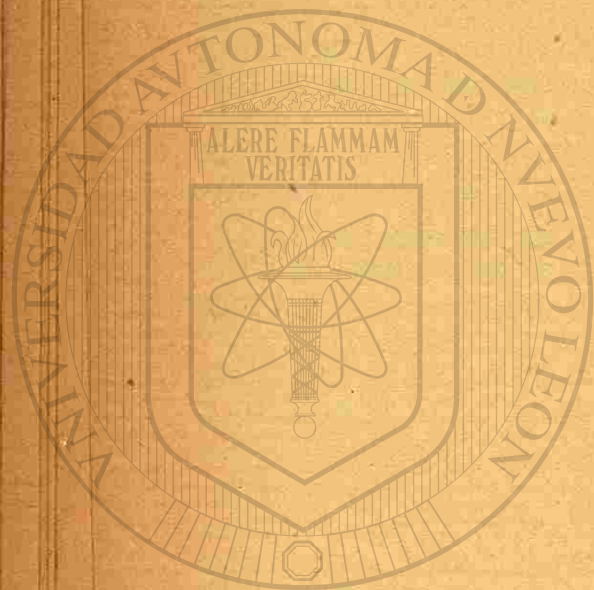
Calixta se sentó en el diván. Quedó inmóvil y rígida como una reina de Egipto. Veíase brillar en su desnudo brazo enorme anillo de esclava. Era menester decidirse. Rouletabille tosió. Teníase por ridículo, por antipático, y maldecía a Juan, que había echado aquella carga sobre sus hombros. La joven fué la que rompió primero el silencio:

—Quiere dejarme, ¿no es eso?

Rouletabille tosió de nuevo; creía aquella tos elocuente; y Calixta, que no carecía de inteligencia, con pequeño esfuerzo que hiciera, la comprendería seguramente. Y en realidad la comprendió y se lo probó sin más tardanza. Vino a plantarse ante el joven, y elevando su brazo desnudo a la altura del rostro, le enseñó el arete de oro, en el cual estaba trazado un signo misterioso, combinación del choque y de la mezcla de dos religiones: la cruz y la media luna, cuyo conjunto tenía la forma de puñal.

—Rouletabille—le dijo—, repite a Juan esto: las jóvenes gitanas que llevan este arete en el brazo y este signo en el arete... son auténticas jóvenes de Bohemia, que saben guardar fidelidad en el amor y el recuerdo de las injurias... Y ahora márchate... Ve, te digo; ve a reunirte con tu amigo.

Los tres se pusieron a echarle, pues el osezno y el loro no se habían separado de Calixta, y el loro no era de los tres el menos temible...



CAPÍTULO III

OLAJAI

ROULETABILLE, después de hojear la guía tirada sobre la mesa del despacho, fué a ver un mapa de las carreteras de Europa que ostentaba entre el bosque de la biblioteca sus abigarrados jeroglíficos.

En el despacho se había ya restablecido el orden. Cada libro había recuperado su sitio. El cristal del balcón, repuesto. Borradas las señales del saqueo del día anterior; nunca el dueño de la mansión se manifestó tan tranquilo.

Con seguro ademán, su dedo, posado sobre la palabra «Aviñón», recorrió un momento una ruta descendente; y a seguida se volvió a llamar al teléfono:

—¿El señor de Sautierne no ha vuelto a casa?

—No.

—Le espero aquí una hora: necesito verle con gran urgencia. Dentro de veinte minutos, si no ha llegado aún,

telefonaré a usted para comunicarle mis últimas instrucciones.

Colgó los auriculares, tranquilos los nervios.

Iba enfundado en un terno a cuadros y tocada la cabeza con un casquete, uniforme peculiarmente suyo, célebre en el mundo entero; una maleta cuidadosamente enfundada en tela gris delataba inmediato viaje. Sacó del cajón la browning, comprobó su funcionamiento, se la metió en el bolsillo, se sentó y cerró los ojos.

Para todo aquel que conociese a fondo a Rouletabille, su habitual buen humor, su natural efusión que frecuentemente velaba las más serias inquietudes, su constante afán de moverse, de «hacer algo», aquella actitud era harto elocuente.

Jamás Rouletabille trabajaba tanto como cuando no hacía nada. Nunca la naturaleza sufre cargazón tan temible como en el momento en que se dispone a arrollarlo todo. ¿Qué nueva aventura rumiaba el pensamiento de Rouletabille? Columbraba, sin duda, su magnitud, cuando tanta sangre fría recogía... ¿Qué graves peripecias vislumbraba tras el telón de sus párpados cerrados?

Súbitamente abrió los ojos. Se levantó: había reconocido el paso de Juan.

Este se abalanzó gritando alegremente:

—Esta noche me despido de mi vida de soltero. Quedas invitado. Ya sabes qué admirablemente he zanjado esto con Calixta. ¡Palabra! Pero no sé qué te ocurre de algún tiempo a esta parte, que todo lo tomas en trágico.

Es Mme. de Meyrens la que te inspira negras ideas. ¡Desde que tratas a esa mujer estás desconocido! Pero volviendo a Calixta, querido, ha estado idealmente correcta. Yo también, a mi vez, lo he estado: «¡Ya sabes cómo te he querido! No te olvidaré nunca! Pero la vida... la necesidad de casarme... de colocarme...! En fin, un buen acomodo y buenos títulos de renta.»

—¿Y ella ha tomado el dinero?

—Le he dejado el paquete en la chimenea; espero que esto la consuele...

—Es posible que esté aún en la chimenea tu dinero.

—Enhorabuena, querido; no iré a verlo. Podría aún hallarle allí y ya no quiero pensar sino en Odette, en la señorita Odette de Lavardens, que pronto será señora Juan de Sautierne...

—No tengas cuidado de encontrar a Calixta en su casa—dijo friamente Rouletabille—, porque ya no está allí.

—¿Dónde, pues?

—En Lavardens.

Juan dió un salto.

—¿Qué me dices?

—Si no está en Lavardens, no andará lejos. Ha salido para Santas Marías del Mar.

—¡Calixta en Santas Marías! Pero ¿estás seguro?

—Una llamada de teléfono a su camarera me ha cerciorado...

—Y ¿cuándo lo has sabido?

—Hace veinte minutos.

—Y me lo dices con una calma... con una calma que me espanta...

Juan reparó en la maleta, en el terno a cuadros...

—¿Te vas de viaje? ¿Y me dejas en estos momentos?

—A fe mía... sí... Dejo que te despidas de tu vida de soltero...

—¡Ah! ¿Te callas? ¿Quieres decirme adónde te vas?

—No tengo secretos para ti. ¡Me voy a Lavardens!

—¡Rouletabille!

Juan se echó a sus brazos y le abrazó, pero Rouletabille, desasiéndose:

—No nos enternezcamos—dijo—. Hagamos lo que hagamos, iremos sobre sus pasos con un retraso de veinticuatro horas... ¡Si pudiéramos llegar a tiempo!

—No desechemos la esperanza...—suspiró Juan—. ¡A toda costa hay que evitar el escándalo!

—¡El escándalo!—subrayó Rouletabille con inquietante sonrisa—. ¡Ah, querido! Si tú la hubieras oído escupirme al rostro esta frase: «Ve y di a tu amigo que las hijas de Bohemia que llevan esta señal...»

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tienes razón! Hay que temerlo todo; ¡me vuelvo loco!...

—No es esta coyuntura, si quieres salvar a Odette.

—¡Salvar a Odette! Pero ¿estamos allí?

—Ante todo es preciso no perder el tren de las dos y diez. Llegaremos a Aviñón esta noche a las dos cincuenta y un minutos de la madrugada. Allí cogeremos un auto, y al clarear el día llegaremos a Lavardens... Y ahora

vete a arreglar la maleta... Acude a la estación... Yo dispongo aún de una hora... Tengo tiempo de pasar por la prefectura...

—¿Qué asunto te lleva a la prefectura? ¿Lo ocurrido la otra noche?

—¡Quizás!... A propósito. ¡Ya no tengo criado!...

—¿Lo plantaste en la calle? Has hecho bien; no me hizo nunca gracia la pinta de ese muchacho.

—No, no lo he despedido. Anoche, al volver a casa, hallé en la portería las llaves de mi cuarto y sobre la mesa del despacho esta misiva. Lee.

—Pero tu salvaje escribe muy bien el francés.

«El señor me disculpará que abandone tan bruscamente su servicio. Quizás no le vuelva a ver más, señor, pero nunca olvidaré las bondades que el señor me ha prodigado.—OLAJAI.»

¿Y un nombre en el respaldo?

—Sí, la firma de Olajai—replicó Rouletabille con voz apagada—. Y ¿sabes qué significa en el lenguaje de su país esta palabra? Quiere decir: ¡Maldición!

—¡Es impresionante!—manifestó Sautierne dirigiéndose hacia la escalera...

Rouletabille le detuvo con un gesto:

—Sí—repuso—. ¡Es impresionante! Y más sabiendo que Olajai tomó también el tren anoche para...

—¿Para...?

—Para Santas Marías del Mar...

Sautierne miró a Rouletabille con ojos desmesurados.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto?—balbuceó—. Ello no puede ser mera coincidencia. ¿Qué hay aquí encerrado?

—No sé lo que hay encerrado—replicó el repórter sin abandonar su calma imperturbable—, pero todo ello nos revela al menos, querido Juan, que nos impele a todos hacia allá una fuerza desconocida y fatal, y que nos resolvemos en el oscuro torbellino en que se entremezclan tus asuntos y los míos de modo bien extraño. ¡Olajai! Este Olajai es un bohemio de los Balkanes, y no creo que haya ido a Santas Marías para rezar a Santa Sara.

Rumiando esta lúgubre palabra, se separaron los dos jóvenes.

Tres cuartos de hora más tarde, Rouletabille, ya en el andén de la estación de Lyon, vió llegar a Juan, más pálido y congojoso que lo había dejado. Llevaba una carta en la mano.

—¡Ah! ¡querido, lee! ¡Todo se precipita!

Era una misiva de Odette:

«Ven pronto, Juan; ven pronto. ¡Tengo miedo por tí!... ¡Lo tengo por mí! ¡Si fuese cierto que no me quieres! ¡Que amas a otra! ¡Ah!, me da miedo este Hubert... Y papá está también amedrentado. ¡Ah!, ¡ven, ven! No puedo decirte más...»

—¡El miserable!...—susurró Juan, que a duras penas se contenía—. No cabe ya duda... Le ha hablado de Calixta...

Rouletabille arrastró a su amigo hacia el coche. Cerró la portezuela. Estaban solos.

—¡Es preciso que me digas todo cuanto sepas de Hubert!

Juan le contestó con el ceño fruncido y mal talante:

—Tú le viste un día a la hora de la siesta en su marco; tú sabes de él tanto como yo. ¡Has visto bestia mayor!

—Eso es poco—replicó Rouletabille...

—No se puede comparar más que a sí mismo...—replicó Juan...

—¡Oh!, perdón...—subrayó el repórter—; le creo un poco más complejo de como acabas de pintarlo.

—Para aplicar los medios de llegar a su fin, quizá...; pero te juro que cuando se ha visto a este mocetón a caballo entre los boyeros y blandiendo su tridente tras los rebaños espantados, se guarda de él, no sólo el recuerdo de la imagen física, sino también del fondo de su psicología. Quizá él también sea un artista «a su modo».

Y Sautierne prorrumpió en una risa dolorosa.

Rouletabille no se equivocaba. Tenía ante sí a un hombre celoso, celoso hasta derramar lágrimas. Cabalmente, Juan, bajo el velo de la risa, contenía el llanto, pues era un sensible... Al revés del otro... de Hubert, y bajo la capa de aparente *snobismo*, cultivaba un alma delicada, de sensibilidad casi enfermiza. Rico, muy entrenado en profundos estudios políticos por mero capricho, dado a todos los *sports* para amoldarse a los gustos del día, ads-

crito a una «carrera», porque un hombre del nacimiento, educación y simpatía de Sautierne tiene consigo el deber de haber estado más o menos agregado a una embañada, la verdadera personalidad de Juan se reveló, no obstante, cuando penetró en la esfera del arte, en la de la música principalmente, a la cual se entregó como a delicioso filtro.

Mozart y Beethoven fueron los que desposaron a Juan y Odette de Lavardens; pero Sautierne no ignoraba que antes de su conocimiento con esta encantadora flor de la Camargue, Odette recibió, niña aún, otras impresiones, que por ser más rústicas, no eran quizá menos formidables. Hubert fué el que enseñó a Odette a montar a caballo. Y ¡qué amazona estaba hecha!

—Atiende—decía Juan a Rouletabille; también el viejo Lavardens por este tiempo andaba enamiracado de él. Pero cuando este hidalgo de aldea (me refiero a Hubert), que por toda fortuna tenía una alquería y su rebaño, pidió que se le reservase la mano de Odette (hace unos cuatro años), Lavardens le replicó: «Haz primero fortuna, y hablaremos de eso cuando Odette sea mayor...» Pues bien, hoy Odette es una moza, Hubert ha hecho fortuna, pero Odette y yo nos queremos. Yo acaricié la idea del duelo, pero no parece que quiera aceptarlo. El cobarde ha preferido contar a Odette mi enredo con Calixta. ¡Es un infame!

—¡Pobre chiquilla!—repuso Rouletabille—; entre Hubert y Calixta... la compadezco...

—Odette te estima mucho—insinuó Juan, apretando la mano de Rouletabille.

—Y yo siento hacia ella sincero afecto, *pues será tu mujer*.

Callaron un momento. Luégo Juan agregó:

—Escucha, allá bajo, yo me las entenderé con Hubert; tú te encargas de Calixta.

—Valdrá más que yo apechugue con todos—replicó el repórter.

Y como Juan hiciera un mohín...

—¡Ah! te lo suplico; tú harás al pie de la letra cuanto te diga. Te aseguro que no hay momento que perder; al menor traspies estamos perdidos.

—Es igual—vociferó Juan—; no van a asesinarme.

—No, pero temo que los acontecimientos se precipiten.

Y tanto se precipitaron, que lo mejor que podemos hacer para fijar la rápida sucesión de los hechos es transcribir en toda su concisión las notas del cuaderno del repórter, escritas en aquella misma noche trágica.

Cuaderno de Rouletabille.—Las once cuarenta. Lyon. Juan plantea si no será mejor bajar aquí y abreviar la jornada en auto. Aleatoria ganancia de tiempo. Decido que nos atengamos a mi primera idea. Juan se pone inquieto y pesado. Las dos cincuenta de la madrugada. Aviñón: auto. Juan guía como un loco; nos va a hacer cisco. Le exijo que me ceda el volante. Las cuatro de la madrugada. Mansión de Lavardens.

Despertamos al jardinero. Todo reposa. El señor de

Lavardens y su hija se acostaron muy temprano. Las cuatro y diez. Dejo a Juan en Lavardens y lanzo el auto camino de Santas Marías. Cuatro y treinta y cinco; sueña un tiro. Ha estallado el pneuma trasero.

Un hombre se yergue ante mí, con la carabina al brazo. *Reconozco en él a Olajai.* Jadea y me mira con ojos hechos brasa: «*El señor no parezca por Camargue; el señor no se mueva de Lavardens.*» Dicho esto, se internó en el bosque de tamariscos. Mientras cambiaba la rueda, rumié lo que acababa de decirme Olajai. El consejo me parece excelente. Vuelvo a Lavardens. Las seis.

Momentos después de haber llegado, veo una turba de aldeanos amotinada en torno del cadáver del señor de Lavardens, recién hallado en la espesura de su parque cerca de la puerta medianera con la propiedad de Hubert. El señor de Lavardens presentaba las sienes horriblemente machacadas. *No tuve necesidad de examinar largo rato el cadáver para saber con certeza que nunca se aprehenderá al asesino.*

Las siete. Se ha detenido a Hubert. En esto se descubre que la señorita de Lavardens ha sido raptada aquella noche. Juan está completamente loco. «*Querida Odette, yo te salvaré.*»

CAPITULO IV

EL MEDIODIA SE CONMUEVE Y LA CAMARGUE TAMBIÉN

ALGUNAS líneas apresuradamente trazadas por Rouletabille en su cuaderno de notas referían en substancia, descarnadamente, un hecho trágico que la justicia por una parte, y por otra el periodista, iban a tratar de reconstituir en sus menores detalles. Si Rouletabille este día fué conciso en comentarios, sin duda ello se explica porque tenía demasiado que hacer.

¿Preveía ya que este asunto, a primera vista con caracteres de un aciago e impreciso hecho, iba a tomar pronto las proporciones de un acontecimiento de alcance europeo? Lo cierto es que, fiel a un instinto seguro adocinado por una lógica habitual (lógica que en su lenguaje emblemático solía llamar «la buena contera de la razón», el repórter presintió de pronto que bajo el drama de Lavardens palpitaba otro drama formidable, del cual el primero podía muy bien ser la llave.

Veámosle, pues, proceder cautelosamente desde que fué desviado de modo tan extraño del camino de la Camargue por la aparición fantástica de Olajai.

Entra en Lavardens. No se descubre el drama en el preciso momento en que llega, sino, como dice en sus notas, instantes después.

Juan le esperaba en las gradas del «*Viei Caston-nou*», en el antiguo Castillo nuevo, como se denominaba en la comarca a la vasta mansión de estilo provenzal que los Lavardens se construyeron a principios del siglo anterior en la calzada de Arlés, al Norte de la Camargue, en un paraje muy fresco y umbroso, que, al margen de una albufera límpida como deslumbrante espejo, sorprendía, cual otra Normandía, con sus sendas cubiertas de césped, con sus trigales y sus árboles de copioso follaje y recio y musgoso tronco. Allí se había cobijado la santa hospitalidad. Allí el viandante o el simple *guarda* que iba en busca de sus rebaños, era siempre recibido con afables palabras y con un vaso de selecto vino «alegre como la gaita».

Rouletabille vió al punto que Juan ofrecía un aspecto muy sereno. No así él, aún bajo la impresión del singular incidente de la carretera, pues distaba mucho de estar tan tranquilo como su amigo. Se dejó conducir a una salita, en la cual un criado, el viejo Arari, servidor de los Lavardens hacía treinta años, tenía dispuesto el desayuno...

—Estamos locos—decía Juan—. Todo reposa aún en

la casa. He interrogado minuciosamente a Alari. Hubert cometía muchas extravagancias, y comprendo que Odette se asustara...

—Es igual—repuso Alari, servido ya el café—; yo, en su lugar, señor Juan, estaría ojo alerta. Hay días en que ese mozo *est tan qu'un bregand dans lou forest* (es como un bandido en el bosque).

El viejo criado salió de la sala meneando la cabeza y repitiendo:

—*Tan qu'un bregand dans lou forest.*

Cuando ya hubo partido, Juan repuso:

—Otra cosa: ya sé ahora por qué Calixta ha venido a Santas Marías...

—Habla, amigo, habla—indicó Rouletabille, que a toda hora estaba pensando en Olajai.

—Pues es muy sencillo: ya sabes que Calixta, bajo su barniz parisién, continúa siendo gitana con todos los prejuicios y todas las supersticiones de su raza.

—Demasiado gitana... demasiado, querido Juan, para la tranquilidad de todos...

—No nos entendemos...

—Esto es, no me entiendes, lo cual no es lo mismo.

—Pero escúchame, te ruego; tú te escuchas siempre y nunca escuchas a nadie.

—Te crees eso, Juan. *Pero yo, para escucharte*—repuso Rouletabille—, *no necesito que hables...*

—¡Ah! ¡qué bien lo has dicho! ¡Acentuándolo! En fin, te chanceas..., nuestros asuntos van mejor...

—No..., no van mejor. No me decías que Calixta...

—Es supersticiosa—replicó Juan un poco aturrido—. Ya conoces su devoción por Santa Sara...

—¡Cáspita! Es la patrona de esta gente...

—Sí, pero no sabes hasta dónde llega esta devoción de Calixta...; figúrate que hizo incrustar un icono en la madera del lecho y más de una vez la sorprendí rezando ante esta horrible imagencita...

—Y ¿qué?

—Ya sabes que todos los años, el 24 de mayo, los gitanos celebran la fiesta de Santa Sara, en Santas Marías, en la cripta de la iglesia erigida en el mismo sitio en que desembarcaron, según la leyenda, las Santas Marías y Lázaro y su doncella Sara...

—¿Y qué, qué?

—¿Te fastidio?

—No; me haces perder tiempo con tu curso de historia. Esto lo sé tan bien como tú... ¿Dónde vas a parar?

—A esto. Alari acaba de decirme que nunca la Camargue en esta época estuvo tan infestada de gitanas, de zingaras y de gipsias. Han venido de todas partes: del Norte y del Mediodía, de Italia, de España y de más lejos aún. Corre el rumor en la comarca que el 24 de mayo de este año se cumplirá una profecía, de la cual espera toda la raza grandes cosas. Teniendo en cuenta esto, comprenderás que una fanática de Santa Sara, como lo es Calixta...

Pero Rouletabille parecía no escucharle. Había recha-

zando su taza e ídose a la ventana meditabundo, rellenando la pipa.

Una espléndida mañana de Provenza doraba ya la campiña (*l'auba cargat sa bella rauba-pér saluda lou Diéu dou jour*), brisa sutil traía perfumes de espliego y de arrayán; pero si bien el repórter sabía como otro cualquiera apreciar los sencillos goces que brinda la naturaleza, en aquel momento Rouletabille no veía el campo, ni gozaba, al parecer, de la aptitud de sentir los aromas... Sin duda, estaba ocupado *en escucharse*, como decía Juan, el cual, cada vez más tranquilo, continuaba el sobrio desayuno, obsesionado con su idea.

—Alari me ha dicho que no se ha visto tal concurrencia desde el año famoso en que fué consagrada la Reina del Sábado.

Sin volverse, Rouletabille dijo con esa voz lejana que alguna vez emitía como si hablase desde el *interior de otra sala*, en la cual sólo él tuviese el derecho de entrar y en ella, al parecer, se hubiera refugiado con el lastre de sus cautivos pensamientos:

—Hace unas semanas escribí un artículo a propósito del proceso de los Romanichels (feriantes), curiosa asociación de ladrones «a la cita». Artículo en el cual hablaba del singular destino de esta raza y lo terminaba anunciando que el pueblo de la Ruta, en efecto, no había perdido toda esperanza...

—Y ¿dónde lo has publicado? ¿Cómo no lo he leído?

—Ha visto la luz en la Revista de la lengua de oc y

en provenzal: juzgué el asunto de actualidad...—contestó el repórter siempre con aquella voz lejana, con *aquella su voz que venía de otra sala...*

Súbitamente se volvió, y encarándose con Juan, repuso:

—Dije en este artículo que Santa Sara había prometido a su pueblo, y al parecer *en términos formales...* no te sonrías, que en fecha próxima recuperaría su antigua prosperidad. Por lo demás, no he de ocultarte que adquirí todos estos preciosos detalles del propio Olajai.

—Pues bien, querido: Calixta ha venido a Camargue sin más objeto que rendir culto a Santa Sara... Hemos hecho mal, pues, en perder la cabeza...

—También mi criado, querido Juan, ha venido a Santas Marias a cumplir con sus devociones... y no por ello me ves tranquilo... A propósito de mi criado, acabo de encontrarle...

—A Olajai.

—Sí, a Olajai. Me reventó de un tiro un neumático buscando la coyuntura de aconsejarme que regresase aquí cuanto antes y no me moviera de Lavardens.

—¿Qué significa esto?—exclamó Juan, levantándose de la mesa.

Rouletabille se encogió de hombros.

—¡Ah! ¿Qué querrá decir esto si no significa que alguna amenaza pesa sobre Lavardens?

—¿Qué amenaza? Lavardens nada tiene que ver con los bohemios.

—No; pero Calixta sí que tiene que ver con los Lavardens y quizás de eso sepa algo Olajai...

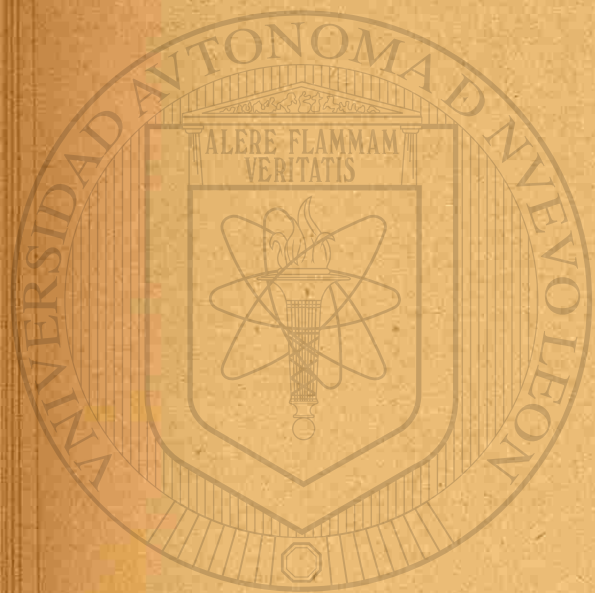
—No creo que Olajai abrigue malas intenciones contra mí; sin embargo, no dejan de inquietarme algunos puntos oscuros de su conducta... Ha poco le salvé la vida allá, en los Balkanes... pero *si no están de acuerdo, hay algo peor*: una coincidencia que *por donde vuelvo los ojos* me espanta...

—Y ¡tú también me asustas!—exclamó Juan—. Vámonos, vámonos pronto... Vámonos todos... ¡Alejémonos de los bohemios... y de Calixta... y de Olajai! ¡Y de ese bribón de Hubert!

—¡Vete, pues, y cuanto antes mejor!—repuso Rouletabille...

—¿Y tú?

—Yo me quedo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO V

LOU CABANOU

JUAN miró con asombro a Rouletabille:

—¿Puede saberse qué te retendrá aquí una vez que nos hayamos ido?—preguntó.

Rouletabille, sin duda, no tuvo prisa en contestar, pues a su vez preguntó a continuación al viejo Alari, que entraba:

—¿Qué ocurre en Santas Marías?

—¡Ah, señors! Dios solo lo sabe; pero no sin motivo se llama su misa la misa del diablo.

—Sepas, buen amigo, que los bohemios son excelentes católicos.

—¡Eh! ¿*Ques aço?* (Bueno, ¿y qué?). Eso no impide que digan la misa al revés en la cripta...

—¿Cómo?

—Pues bien: su vicario les da la cara en vez de darles la espalda y el altar también está trocado; pero esto es nada... le digo... ¡Lo que pasa luego...! ¡Ah! Mal haría en

30427

pasar un *rumí* cerca de sus manos en ese momento...

—¿Se lo comerían?

—No; pero la fiesta en la cripta se aguaría *si no corriera la sangre*.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe en Camargue...

Juan levantó los hombros.

—¡Ah, señor!—repuso Alari—. Sin ir más lejos, ayer por la tarde, abordé a uno de esos malditos y le pregunté: *Ounte vas boun grand coutère?* (¿Adónde vas con tan descomunal cuchillo?), y me contestó mirándome con saña: *Coupá di besto: sien bourrière* (A cortar cabezas: soy verdugo).

—¿Y qué estaba a la sazón cortando?

—Mimbres para tejer sus cestas.

—¿Lo ves, mi buen Alari? Eres un poco pobre de espíritu... bien lo sabes...

En este momento se oyeron voces en el vestíbulo y Alari fué a ver lo que ocurría. Volvió estupefacto y blandiendo una gasa avellanada que enseñó a los jóvenes, diciéndoles:

—Es el tío Javán, que ha hallado la bufanda de la señorita en el cercado del señor Hubert.

Juan palideció horriblemente. Rouletabille iba de un lado para otro fuera de la sala. En el vestíbulo topó con Estefanía, la camarera, una arlesiana que hacía poco servía a los Caston-Nou, y le preguntó secamente si la señorita Odette estaba en su cuarto.

—¡Ah! Yo creo que sí está en su cuarto... He bajado por su desayuno—repuso la joven algo confusa por la actitud del repórter.

Este aún le preguntó:

—¿La señorita Odette fué ayer a casa del señor Hubert?

Estefanía, que parecía cada vez más turbada por este brutal interrogatorio, empezó a sonrojarse y estalló de pronto:

—Ea, ¿es que yo he de saber si la señorita fué ayer a casa del señor Hubert? Es horrible. ¿Acaso mi misión es vigilar a la señorita? Déjeme pasar. *Ques aço?* (¿Qué es esto?).

En este momento Juan apareció en el vestíbulo, seguido de Alari, y dijo a Estefanía:

—Lleva a tu señora su bufanda, que acaba este hombre de encontrar en el jardín del señor Hubert...

—¿En el jardín?—repitió la criada visiblemente turbada.

—Sí, en el jardín del señor Hubert—insistió el tío Javán, un jornalero que solía trabajar a ratos perdidos para los Lavardens, pero más frecuentemente para Hubert.

—¿Y tú trabajabas esta mañana en casa del señor Hubert?—preguntóle Rouletabille.

—Sí... Al ponerme al trabajo—respondió Javán—vi la bufanda en el suelo en el sendero. Al punto la reconocí. La señorita la llevaba ayer en el cuello. Llamé a la puerta de la casa del señor Hubert, pero nadie me contestó. Así traje aquí la pañoleta...

—¡Ah! Javán—dijo Alari—. ¿Dónde viste que la señorita llevaba ayer al cuello la bufanda? No, seguramente, en casa del señor Hubert...

—No, sino cuando paseó con su padre por la senda, a las cinco...

—Entonces—dijo Rouletabille—perdió la prenda durante el paseo. El señor Hubert la encontraría, la recogió y sin duda la perdió a su vez al entrar en su casa...

—A menos—repuso Alari—que el señor Hubert, reunido con el señor y la señorita durante el paseo, gasta-se la broma de hurtar la bufanda...

—¡Chusca broma!—dijo Juan con amarga sonrisa—. El señor Hubert ya nos informará mejor. Gracias de todos modos, Javán, y que Dios te guarde.

Durante este tiempo, Rouletabille acechó minuciosamente el juego de todas las fisonomías... Estefanía se había eclipsado, bajando a la cocina... Javán tenía aspecto de viejo aldeano cazurrón, de esos que procuran ocultar verdadera astucia so la capa de una simpleza problemática...

—Me voy con Javán—dijo el repórter—. Quiero que me enseñe el sitio donde encontró la bufanda.

Juan les siguió en lamentable estado de espíritu.

Alari iba a la zaga del grupo.

Descendieron por la senda que termina en la pequeña posesión de Hubert, una modesta quinta colindante con el parque de los Lavardens, y a la que Alari nombraba siempre despectivamente con el mote de *Lou Ca-*

banou, aunque Hubert gastó en ella todo lo preciso para darle aspecto moderno, y la había amueblado con relativa elegancia.

Llegados al cercado, Javán indicó el sitio en donde había hallado la bufanda. Rouletabille, dejando la avenida, se echó a andar a gatas tras la huella recién impresa en la blanda tierra del jardín, huella que le condujo hasta la cerca de la quinta.

Alari, que contemplaba con admiración cuanto hacía Rouletabille, murmuró entre dientes esta antigua tonadilla:

—Un día que será noche—llevarán los hombres cola—y en la cola un ojo—que hará mil piruetas—y que a diez pasos verá las venas de una pulga.

El muro que cerca la huerta de Hubert es muy bajo en este punto. Súbitamente, en dos brincos, Rouletabille lo escaló y cayó en un camino hondo que allí acababa como callejón sin salida. Los demás iban a seguirle, cuando de pronto reapareció con la frente pensativa y una palabra en los labios:

—¡Auto!

—Ea—le preguntó Juan—, ¿qué ocurre?

—Aléjense ustedes un poco—ordenó el repórter a Alari y a Javán—; he de hablar con el señor de Sautierne.

Y cuando se distanciaron unos pasos...

—Pues bien—repitió Juan.

—¿Qué? ¿Odette vino aquí? ¿Odette vino a casa de Hubert?

—Sí.

—¿Sola?

—Dios mío, sí, sola. Pero lo que me confunde no es que viniese, *sino que no columbro cómo salió...*

—¡Tú sueñas! ¿Dónde has visto las huellas de Odette? Enséñamelas, quiero verlas.

Rouletabille le llevó al sitio designado por el jornalero como punto donde encontró la bufanda... Allí, en efecto, estaba impresa la huella de un zapatito puntiagudo..., huella que de pronto desaparecía. Esta huella iba camino de la casa de Hubert, y luego nada.

—Luego... nada...—mascullaba Rouletabille—. Esta huella va, pero no vuelve... Y allí coincide con pasos de hombre... Con pasos de hombre que van hacia el muro.

—Y ¿no sabes lo que había detrás del muro? Había oculto en la hondonada un auto esperando. ¡Ah!, si a esa hora Odette no estaba en su cuarto, podría suponerse lo peor...

—Lo peor que puede suponerse—susurró Juan sometiéndose a un martirio—es que Odette haya venido aquí sola... Lo demás no tiene valor... No se le ha raptado ni tratado de raptar... Si no, ¿a qué se quejó? En fin, tú la conoces.

—Sí—repuso gravemente Rouletabille—, la conozco.

—¿Y tú ves que Odette vino de noche a casa de Hubert? Pero ¿te has propuesto enloquecerme?

—Calma, Juan, calma... Odette es un ángel y tú un poeta... Déjame cumplir con mi deber, que es ver las huellas que dejan al pasar hombres y cosas en la tierra...

CAPITULO VI

UN TROZO DE TELA DE COLOR AVELLANADO

Y ¿qué prueba todo esto?—susurró Juan, con la cabeza baja y la frente sombría—. ¿Por qué quisieras que no hubiera en este jardín huellas de mujer? ¿Acaso sabemos quién vino ayer a casa de Hubert? Y ¿por qué pretendes que esta huella sea precisamente la del zapato de Odette?

—Por tres razones—replicó Rouletabille enjugándose la frente—: primero, porque la veo al lado de la bufanda; luego, porque corresponde a la horma de Odette... y en fin, porque viene de allá.—Y el repórter señaló con el dedo una puertecilla en el muro, bastante bajo, que separa la propiedad de Hubert de la antigua quinta.

—Por el postigo—dijo en tono de burla Juan—. Creí esa puerta medianera condenada desde mucho tiempo atrás...

—Pues bien, lo vas a ver...—repuso Rouletabille, y sin más que empujar un poco, la abrió.

—¡Oh!—sollozó Juan—, me ahogo...

Y volviéndose dió unos pasos amenazadores hacia la casa de Hubert; pero Rouletabille le paró, señaló a Javán, que solapadamente estaba a corta distancia, observando cuanto allí ocurría...

—Te lo ruego, imodérate!

—Ese Hubert —masculló Juan apretando los dientes y convulso—: he de matarle...

Rouletabille alzó los hombros, y con un gesto indicó a Alari que se acercara.

Bastó señalarle la puerta para que lo comprendiera todo el viejo criado.

—Puedo asegurar al señor que anoche aún estaba cerrada con llave y echados los cerrojos... Y no es herrumbre lo que les falta precisamente... Hace años que no se descorren... Muy sencillo... Desde la muerte del padre del señor Hubert...

—¿Dónde está la llave de esta puerta?

—¡Ahl, eso no lo sé, señor; hay que preguntárselo al señor o a la señorita...

—Bien, Alari, bien; vuelve a la casa, y estoy seguro, pues te conozco bien, de que no dirás palabra acerca de todo esto...

—Ciertamente, señor...; pero es que el tío Javán...

—El tío Javán; ya haré con él lo que deba...

Empujó al viejo Alari hacia el parque y él también echó a andar, seguido de Juan. Por la parte de acá vió la llave en la cerradura... Comprobó al mismo tiempo que

fué preciso hacer grandes esfuerzos para lograr el juego expedito de los cerrojos... Juan, anonadado por la idea de la visita voluntaria de Odette a casa de Hubert, realizada la noche anterior, miraba con aire estúpido y atontado cuanto hacía su amigo.

Resonaron de pronto gritos siniestros, entre los cuales era claramente perceptible la voz de Alari.

Rouletabille y Juan se abalanzaron, y dando la vuelta a un recodo de espeso matorral vieron un corro en torno de Alari, al cual se le divisaba arrodillado.

Aquel grupo, formado por los que diariamente traían provisiones al *Viel-Caston-nou*, vociferaban lamentaciones y frases como «*bon Dios* y abominación», augurio de una gran desdicha.

Los dos amigos, abriéndose paso entre aquel pequeño tropel enloquecido, se hallaron ante un cadáver con la faz ensangrentada. Juan lanzó estentóreo grito:

—El señor de Lavardens, asesinado.

Alari lloraba. El tío Javán, que había también acudido allí con presteza, declaraba que «el infeliz» estaba ya frío.

Rouletabille le separó, prohibiendo tocar el cadáver. Sólo él tenía a ello derecho. Al punto comprobó una horrible herida en las sienes, hecha, al parecer, con arma de filo. Al mismo tiempo advirtió en la víctima señales de lucha, que debió de haber sido encarnizada...

Veíase los vestidos en desorden, arrancado el cuello de la camisa, y la mano crispada asía aún un trozo de tela de color avellanado.

En cuanto Alari reparó en el cacho de tela, exclamó:

—Pero si es la corbata del señor Hubert.

Y otros del grupo repitieron:

—Sí, sí; es la corbata del señor Hubert.

—¿Estáis seguros?— preguntó Juan con voz enronquecida.

—¡Ah!, seguro estoy, seguro—repitió Alari levantándose—. Y el tío Javán está también seguro. ¿Cómo no dices nada, Javán?

—*Porque esto va siendo una de esas cosas que no me conciernen.*

—¿Qué te concierne, pues?—preguntóle bruscamente Rouletabille.

—¡Mi jardín!— repuso aquél—; seguramente hubiera hecho mejor esta mañana permaneciendo en mi jardín.

—Esto no hubiera evitado que tu amo cometiera un asesinato—rugió Juan.

Y todos se echaron tras de Juan hacia la propiedad de Hubert; se destacaba entre todas la voz del viejo Alari, que repetía:

—Bien lo dije, bien lo dije. ¡Como un bandolero en el bosque!

Rouletabille no siguió a aquel tropel. Al contrario, una vez examinado rápidamente todo en torno del cadáver, echó a andar en dirección opuesta, esto es, por el lado de *Caston-Nou*.

En el vestíbulo topó con Estefanía, la camarera, que subía de la cocina llevando en una bandeja el almuerzo

de su señora, pues todo lo que acabamos de referir transcurrió en un cuarto de hora.

Estefanía, al ver de nuevo al repórter, no pudo disimular un gesto de inquietud:

—¿Qué nuevas hay, señor, que viene usted desencajado?

—Sube; voy contigo.

Ella levantó los hombros animada y siguió subiendo:

—Vas a decir a tu señora que es menester que le hable en seguida.

La criada iba a responder, pero Rouletabille la miró de un modo que le cerró la boca.

Llamó la sirvienta a la puerta del cuarto y entró. Salió al instante muy pálida; pero tratando de dominar su emoción, hartó visible, y esforzándose en serenar su voz, dijo:

—La señorita le verá dentro de poco; la señorita no puede recibirle en seguida.

Rouletabille, atropellándola, abrió la puerta autoritariamente y entró en el cuarto de Odette.

Estaba vacío; la cama, sin deshacer.

El repórter de un salto volvió junto a Estefanía, que quiso huir; pero asiéndola de la muñeca y cerrando la puerta, le dijo:

—Ahora ya estamos solos los dos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII

ESTEFANÍA

Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo?—gritó la arlesiana llena de espanto.

—Te juro que me lo vas a decir—le espetó al rostro Rouletabille—. En primer lugar, ya sabías que tu señora no estaba en su cuarto. ¡No mientas! ¡Tú nos has engañado!

—Juro, Dios mío, que creía que la señorita estaba en su cuarto. ¡O *Segnour!* *bias-me la pas* (oh Señor! concédeme la paz); lo juro, Dios mío; lo juro, Dios mío!

La criada levantó hacia él grandes ojos suplicantes.

Rouletabille clavó en ellos los suyos y luego la soltó aparentemente calmado. Trató de tranquilizarse y de tranquilizarla, a cuyo efecto le habló en el lenguaje de su terruño:

—*Four a l'ouero; de quei que l'avié troubalado!*

—¿Qué sé yo?—repuso la criada—; sus ojos me amedrentan.

—Mientes, Estefanía; tú sabes algo que no quieres decirme; pero sepas que han raptado a tu señorita esta noche, que han ido ya a llamar al juez y vas a ser detenida como cómplice.

—¡Raptada! ¡raptada!—gritó y se desplomó deshecha en llanto al pie de la cama de la señorita de Lavardens—. ¡Ah!—suspiró—, *perqué té sies envoulado?* (¿por qué echaste a volar?).

—Estefanía, te creo una joven honrada—repuso Rouletabille—, pero puedes haber cometido alguna imprudencia, que se te perdonará si hablas con sinceridad. ¿No trabaste ayer conversación con personas que no hay costumbre de ver en *Viei-Caston-Nou* ni en los alrededores?

—¡No, señor; no, señor! ¡Con nadie! ¡Ah!, aguarde, aguarde... Ayer por la mañana la reja estaba abierta...; yo aseaba el cuarto de la señorita, cuando vi ante la reja a un hombre de mala catadura. Acertó la señorita a pasar y vi que aquel tunante hasta se atrevió a llamar a la señorita...

—Y la señorita ¿qué hizo?

—Acudió y estuvo hablando con él un rato, por cierto con gran afabilidad... La señorita es demasiado buena con todos los viandantes; demasiado, sobre todo, con los que tienen, como éste, facha de auténtico bandolero; ¡con qué endiablados ojos miraba a la señorita!

—Cuando volvió de hablar la señorita, ¿no te dijo nada?

—¡No! Pero yo le pregunté... Ardía en deseos de saber qué quería aquel hombre... La señorita me contestó: «Es un esquilador de perros: me ha preguntado si tenía algún perro que esquilar...» Esto fué todo lo que me dijo la señorita. Entonces volví a la ventana y vi que aquel hombre se había marchado. No importa: su facha no me gustó; él es seguramente el que ha dado el golpe... ¡Ah! Pobre señorita—sollozó de nuevo Estefanía—; la pobre, tan confiada, tan buena con todo el mundo...

En este momento, Juan venía hacia allí como una tromba. Resonaban sus saltos en la escalera y su grito:

—¡Odette, Odette!

Rouletabille encerró a Estefanía bajo llave en el contiguo cuartito, espetándole:

—Eres mi prisionera: aún no hemos acabado los dos.

Después franqueó la puerta de la alcoba a su amigo, y bastó enseñarle la cama sin deshacer para comunicarle la nueva desgracia que le hería y que él temía por encima de todo.

Juan rugió:

—¡Ah! ¡El miserable!

—¿A quién te refieres?—le preguntó fríamente Rouletabille.

—¿Me preguntas a quién me refiero? ¿A quién ha de ser?—vociferó Juan—; al asesino del señor de Lavardens y al raptor de Odette. ¡Ah! ¡Rouletabille, Rouletabille!

Sabes que han robado a Odette y no estás sobre la pista...

—¿Quién te ha dicho que no estoy sobre la pista?— subrayó el repórter, ya impaciente—. ¿Quién te ha dicho que no corro tras ella en este cuarto, más velozmente que en un auto que devorase el camino? ¡Desgraciado!— agregó, aproximándose—, tú corres tras Hubert... por ahí te alejas de Odette tanto como pasos das.

—¡Tú defiendes a Hubert!— espetó roncamente Juan—. Pues bien; toma, lee... esto he encontrado en casa de Hubert, en un cuarto asolado por el drama desarrollado esta noche... ¡Lee! Vamos, lee...

Rouletabille empezó a leer una carta atrozmente arrugada:

«Señorita: La acogida que se me ha dispensado en casa de usted, con desprecio de la palabra empeñada; la actitud de su padre y de la suya con relación a mi persona, ¡ay de mí, me llenan de indignación. Es preciso que le vea: la espero esta noche, a las diez, en el jardín, junto a la puerta medianera. Si no acude usted, ya no respondo de mí. Su desesperado, HUBERT DE LAURIAC.»

—¿Comprendes ahora?—exhaló Juan acongojado—. Te juro que no es preciso andar a gatas para comprender. Odette recibe la carta, quiere evitar una desgracia. Acude al jardín. El miserable la arrastra hasta su casa. La infeliz grita. La oye su padre, descuelga la trailla—y

Juan pone ante las narices del repórter el látigo del señor Lavardens, que acababa de recoger también en casa de Hubert—y se abalanza contra el miserable. ¡Terrible escena! Quiere recuperar a su hija... La escena continúa en el jardín..., en el parque, y no retrocede ante el crimen con tal de hacerse con Odette... Y ahora, ¿dónde está ella, Dios mío? ¿Adónde correr para salvarla?

Rouletabille estuvo mordiendo los labios hasta derramar sangre por no interrumpir a Juan. Sabía que su amigo, blando ordinariamente como una chiquilla, pero impulsivo como un artista y testarudo como un poeta, no atendía en las primeras descargas de su charla sino a los latidos de su corazón... Era menester que se desahogase primero para que en él hiciera huella el frío lenguaje de la razón... Rouletabille, tomándole amistosamente las dos manos, que eran brasas, le dijo:

—Querido Juan, te lo ruego: no perdamos el tiempo en divagaciones de este jaez.. Repara en que no es Odette la que primero fué a casa de Hubert...; fué el señor Lavardens... Y la carta que acabo de leer me lo prueba y viene a corroborar lo que voy columbrando del drama...

—Pero ¿olvidas que la carta va dirigida, no al señor de Lavardens, sino a Odette?

—Me vas a obligar a decirte que conozco a Odette mejor que tú—replicó Rouletabille con triste sonrisa—. Estoy seguro, ¿lo oyes?, estoy seguro de que en cuanto Odette recibió la carta se la enseñó a su padre... ¿Comprendes ahora por qué el señor de Lavardens fué el pri-

mero en entrevistarse con Hubert y por qué Odette, asustada de no verle volver, marchó a reunirse con él?

—Y ¿qué me importa todo eso?—replicó Juan alucinado—. Lo cierto es que Hubert ha dado el golpe... ¡Ah! Voy a verle, a hacerle trizas... Te lo juro...

Rouletabille quiso detenerle:

—Juan, no es Hubert el que ha dado el golpe.

—Rouletabille, tú no eres amigo mío.

Y se desprendió de las manos del repórter y echó a correr como un loco en busca de los magistrados, que estaban ya llegando.

CAPÍTULO VIII

EN EL CUAL APARECE DE NUEVO EL SIGNO FATAL

EL repórter fué en busca de Estefanía, la llevó al cuarto de Odette y le dijo:

—La señorita de Lavardens recibió ayer una carta del señor Hubert y tú la trajiste.

—Juro que no he entregado carta alguna a la señorita Odette.

—No te digo que se la entregaste; digo que la trajiste.

—Yo no traje nada, no traje nada.

Y se retorció las manos con desesperación no fingida, provocada sin duda por el remordimiento del embuste. Rouletabille no se equivocaba. Se decidió a utilizar un golpe de gran efecto: le hizo ver desde la ventana a los magistrados, que empezaban las diligencias:

—Mira—le dijo—. He ahí los jueces que vienen a detener al señor Hubert, porque se le acusa del rapto de Odette y del asesinato del señor de Lavardens.

mero en entrevistarse con Hubert y por qué Odette, asustada de no verle volver, marchó a reunirse con él?

—Y ¿qué me importa todo eso?—replicó Juan alucinado—. Lo cierto es que Hubert ha dado el golpe... ¡Ah! Voy a verle, a hacerle trizas... Te lo juro...

Rouletabille quiso detenerle:

—Juan, no es Hubert el que ha dado el golpe.

—Rouletabille, tú no eres amigo mío.

Y se desprendió de las manos del repórter y echó a correr como un loco en busca de los magistrados, que estaban ya llegando.

CAPÍTULO VIII

EN EL CUAL APARECE DE NUEVO EL SIGNO FATAL

EL repórter fué en busca de Estefanía, la llevó al cuarto de Odette y le dijo:

—La señorita de Lavardens recibió ayer una carta del señor Hubert y tú la trajiste.

—Juro que no he entregado carta alguna a la señorita Odette.

—No te digo que se la entregaste; digo que la trajiste.

—Yo no traje nada, no traje nada.

Y se retorció las manos con desesperación no fingida, provocada sin duda por el remordimiento del embuste. Rouletabille no se equivocaba. Se decidió a utilizar un golpe de gran efecto: le hizo ver desde la ventana a los magistrados, que empezaban las diligencias:

—Mira—le dijo—. He ahí los jueces que vienen a detener al señor Hubert, porque se le acusa del rapto de Odette y del asesinato del señor de Lavardens.

Estefanía se irguió galvanizada:

—¡El señor de Lavardens, asesinado!—y se tambaleó. Rouletabille la sostuvo y evitó que se desplomara.

—¡Sí, asesinado! ¡Y mal lo han de pasar los que no digan toda la verdad!

—Pues bien, voy a decírsela, voy a decírsela—susurró con voz ronca la desdichada—; no debí, no, tomar dinero del señor Hubert... de haber sabido... ¡Ah, Dios mío, si lo hubiera sabido...!

—¿Por qué te daba dinero?

—Por decirle lo que hacía la señorita Odette... Si recibía cartas del señorito Juan... y hasta de usted, señor Rouletabille...en fin, todo... Fué un error... ¡Dios mío! Si hubiera sabido... A la postre no tuve más remedio que obedecerle... Ayer iba yo por la vereda, cuando él saltó el muro y me entregó una carta para la señorita Odette; yo no la admitía, pero me dijo: «No tienes más que dejar esta carta en su cuarto... no podrá averiguar quién la ha dejado allí», y me dió de nuevo dinero... En fin, hice lo que quería y dejé la carta ahí, en ese bargueño.

La desgraciada pasó un instante ahogada por los sollozos.

—Vamos... vamos...—remachó Rouletabille—. ¿Qué ocurrió después?

—Después me preguntó qué ocurriría cuando la señorita leyese la carta... ¡Dios mío! La vió por la noche al entrar en su cuarto... Yo la espí encaramada en la escalera... Leída la carta, fué al cuarto de su padre para ha-

blarle... (—¡Cáspita!—masculló Rouletabille.) Yo esperé a que me llamasen... Estaba muerta de miedo... Pero instantes después volvió la señorita a su cuarto y... ya no vi más... Entonces subí a acostarme... pero no he pegado los ojos esta noche...

—¿Qué hora sería?

—Las nueve y media, poco más o menos.

—Y puesto que no dormías, ¿no has oído nada esta noche?

—Sí—confesó—. Estaba estremecida... Oí un grito y me pareció reconocer la voz de la señorita...

—¿Y entonces...?

—Entonces... hundi mi cabeza bajo la almohada... Luego supuse que había soñado. No podía creer que la señorita saliera de su cuarto... no. Así también si esta mañana andaba azorada, se debió a que era ya tarde y la señorita no me llamaba pidiendo el desayuno... Bajé a verla, porque me angustiaba el temor por el grito de la noche... ¡Ah! Cuando vi la bufanda se heló la sangre en mis venas y bajé a la cocina. Pero mis piernas flaquearon; carecían de fuerza para volver a subir... En fin... me tranquilicé; les he visto y comprendido que todo iba a descubrirse... ¡Ah! ¡Cuando vi el cuarto vacío! ¿Cómo tuve valor para salir y para mentirle? ¡Pero era preciso! ¿No? Quería informar en secreto al señor de Lavardens.

—El señor de Lavardens ha sido asesinado a consecuencia de esta carta—exclamó Rouletabille con acento

muy lúgubre—. Y no digamos que a estas horas habrá probablemente muerto también la señorita Odette...

—*Moun Dieu, tu me fai mourì.*

—La mayor culpable de estos dos crímenes eres tú. Acuérdate, Estefanía, *que di grand crime lou sang seco pa* (La sangre de los grandes crímenes no se seca).

Estefanía le observó con hosca mirada y le preguntó resoplando:

—¿Se me va a encarcelar?

—No —repuso Rouletabille—, si continúas diciéndome siempre la verdad, sobre todo lo que te pregunte, porque no has acabado de decir la verdad...

—Pero, a los señores jueces—hipeó la infeliz—, a los señores jueces, ¿qué he de decirles?

—¡Ah! A los señores jueces no dirás palabra, porque ten por seguro que te meten en la cárcel, no lo dudes... Pero a mí, Estefanía, a mí, que no te llevaré a la cárcel si me dices la verdad, has de decírmela, vas a decírmela...

Y se inclinó hacia ella quemándola con la mirada:

—Has de decirme de dónde procede esta alhaja.

Al mismo tiempo blandía y agitaba ante sus ojos una rara joya que en las pesquisas halló en el cajoncito entreabierto de un bargeño, echada allí entre cintajos y bolsitas. Su atención, siempre en acecho, aun cuando al parecer se daba enteramente a un interrogatorio tan minucioso como el que se hacía sufrir a aquella camarera, quedó prendida en la romántica extravagancia de un ferrocarril oriental que representaba el signo fatal de los Ro-

manés, la media luna y la cruz en forma de puñal, que él viera una tarde en cierto anillo de esclava.

—Sí, ¿de dónde procede?—repitió, blandiendo el collar hallado en el cuarto de Odette, que venía a corroborar todas sus sospechas y confirmaba tan bien sus pesquisas, que ya podía decir con plena seguridad: «Calixta ha pasado por aquí...»

—Es un regalo hecho a la señorita Odette—respondió Estefanía.

—¿Y quién ha hecho este regalo a la señorita Odette?

—*El señor Hubert...*

Rouletabille se sobresaltó. No pudo disimular el azoramiento que le produjo esta respuesta.

Con esta fecha hallamos las siguientes líneas en su cuaderno de notas:

«Estefanía no me ha mentado... No puede mentirme... Pero su respuesta referente a Hubert ha echado por el suelo toda mi obra... No comprendo nada... a no ser que... Pero en ese caso, ¿dónde vamos a parar? ¡Ojo con El Pulpo!»



CAPITULO IX

HUBERT DE LAURIAC

UNA feliz casualidad quiso que los magistrados que se dirigían a Santas Marías con objeto de practicar unas diligencias, pasasen cerca del *Viei-Caston-Nou* en el preciso momento en que acababa de descubrirse el crimen. Fueron los primeros en enterarse, y apenas informados volvieron sobre sus pasos.

Cuando Rouletabille volvió a bajar al parque, se vió entre gentes que ya tenían una opinión cerrada. Como se dice en aquella comarca, ya se habían cantado las vísperas. El joven Sautierne reforzaba la convicción de cada uno, proclamando el rapto de Odette. El juez, que había encauzado diligentemente la información y ultimado las primeras pruebas, tenía entre las manos la bufanda de la señorita de Lavardens.

—Así, pues —decía— ni el señor Lauriac (Hubert), ni la señorita Odette, han dormido esta noche en su cuarto...

Esta bufanda, hallada en el jardín del señor de Lauriac, prueba que él y la señorita Odette se entrevistaron... Todo confirma que el señor de Lauriac es culpable del rapto de la señorita Odette, y todo corrobora que lo es del asesinato del señor de Lavardens. Ya no nos queda otra tarea que la de disponernos a detener al señor de Lauriac. ¿Qué piensa el señor de Rouletabille?—acabó diciendo el juez, satisfecho de exponer conclusión tan clara, basada en argumentos tan sólidos, ante el célebre repórter, hartamente conocido por todos en Arlés y en Santas Marías.

—El señor Rouletabille piensa—replicó el repórter—que usted podrá quizá detener al señor Hubert de Lauriac, pero *¡nunca detendrá al asesino!*

—¿Cómo? ¿Que no detendremos nunca al asesino?

—No, no le detendrá de ningún modo, pues de ningún modo le descubrirán ustedes.

—Según usted, ¿no lo es el señor Hubert?

—¡Usted dice que todo lo prueba! El pedazo de corbata en las manos crispadas de la víctima no prueba que el señor de Lauriac sea el asesino, como la bufanda hallada en su jardín tampoco prueba que haya raptado a la señorita de Lavardens...

—Rouletabille está loco—gritó Juan—; pero, en fin, ¿a qué defender a ese miserable, acusado por todo el mundo?

—Precisamente porque todo parece delatarle.

Pero Juan, exasperado:

—Tú—le dijo—no quieres nunca compartir el parecer

de nadie. Ello te ha dado algunos éxitos; pero esta vez el orgullo te pierde y te conviertes en defensor de un asesino.

—Y a ti, Juan, el amor y los celos te ciegan.

—Pero, en fin, explíquese usted—prorrumpió el juez—. El señor de Sautierne tiene razón; explíquese usted, explíquese.

—Las explicaciones—respondió el repórter—hay que pedirselas ¡a ése, a ése! Tras de mí, amigos, tras de mí...

Y púsose a dar grandes zancadas hacia la puerta medianera. Todos corrieron tras él y penetraron en el jardín de Hubert, y apenas llegaron vieron ya a Rouletabille enzarzarse fieramente con Lauriac, en el momento en que éste, como un ladrón, con el traje desabrochado, sin cuello y sin corbata, penetraba subrepticamente en su casa, saltando el muro por el punto en que Rouletabille, poco antes, saltara también tras el rastro que venía a parar en el camino hondo detrás de la alquería.

Juan, que fué el primero en llegar después de Rouletabille, pudo oír cómo éste decía con voz apagada a Hubert:

—Acaban de asesinar al señor de Lavardens. Sólo tiene usted un camino de salvación: decir toda la verdad.

Al mismo tiempo el repórter se echó sobre él para sujetarle. Juan se abalanzó en seguida, y a pesar de Rouletabille, le hubiera seguramente estrangulado, si los gendarmes no corren y a duras penas le separan de su presa.

Escupiales al rostro.

—Miserable, ¿dónde está Odette? ¿Qué has hecho de Odette? ¿Dónde la has escondido?

Pero los magistrados ordenaron que todos se apartasen, y se dispusieron a proceder al primer interrogatorio. Rouletabille insistió en calmar a Juan, que tras el primer choque con su enemigo, lloraba amargamente en desahogo pasajero.

—¿Por qué—decía al repórter—le haces retener? ¿Por qué tú mismo le prendes, si le crees inocente?

—Para que se justifique—respondió Rouletabille.

El juez andaba ya enzarzado con Hubert.

—Para que usted haya vuelto aquí, señor, en tal estado, cuando podía suponer que estuviese ya descubierto el cadáver del señor de Lavardens, es preciso admitir que le impulsasen muy fuertes motivos... No se los pregunto... Los conocemos ya. Son las pruebas de su crimen, que usted dejó al descubierto en el primer momento de desvarío y vino luego a buscar: este látigo, que pertenece al señor de Lavardens, y esta carta dirigida a la señorita Odette... También tenemos la bufanda de la señorita Odette... Todo ello se encontró en su casa, señor, con otras pruebas de su crimen... Confiese usted; la pasión le enloqueció, ¿no es eso?

El detenido, que presentaba el horrible aspecto de una bestia acorralada, balbuceó estas concisas palabras:

—¿Han raptado a Odette?

—¿Nada sabe usted?—subrayó el juez levantando los

hombros—. ¿Ni sabía usted siquiera que el señor de Lavardens ha sido asesinado?

—El señor me lo ha dicho—susurró Hubert, señalando con un gesto de la cara a Rouletabille, que se lo comía con los ojos...

—En fin, usted lo niega todo...

—¡Ahl, sí, ¡todo lo niego!—gritó echando literalmente espumarajos de cólera.

—¡Que se le lleve ante el cadáver de su víctima!—ordenó el juez.

—¡Señor juez, señor juez! exclamó Juan—, por favor... ¡Preocúpese ante todo de Odette! ¿Dónde la llevó el miserable? ¡Esto es lo más urgente!...

El detenido dirigió a Juan una mirada fulgurante de odio.

—No sé dónde está—expuso con voz ronca—, pero esté donde esté, ¡me alegro de que no esté a tu lado! Y si he de ser condenado por un crimen que no he cometido, ¡ojalá no se la encuentre ya más!

Tal invectiva se compaginaba bien con el carácter de Hubert, tal como Juan lo había descrito, sin omitir detalle de su salvaje rudeza, en dos frases que, moral y físicamente, pintaban el tipo auténtico del mayoral enamorado de su caballo y pica en ristre a galope tras los rebaños o en días de fiesta, *héroe del herradero*. Los Lauriac, hidalgos arruinados, vinieron a refugiarse en remota fecha en la Camargue, donde se dedicaron a la cría de caballos y de toros, destinados a las corridas que se ce-

lebraban todos los domingos en la Provenza hasta los confines del Languedoc. Hubert, padre, logró reunir una pequeña fortuna y se retiró cerca de Arlés, a Lavardens, a *Lou Cabanon*, que decía el viejo Alari, dejando a su hijo la dirección del «mas», que erguía allá abajo, en el confín del término y de las lagunas, sus muros blancos, que se veían de lejos como imagen fantástica, como falaz espejismo en la transparencia del aire.

Los Lauriac y los Lavardens intimaron como vecinos: el castellano era muy aficionado a la caza y a la pesca y pronto trabó amistad con el joven Hubert, que aprovechó toda coyuntura propicia para ir a buscarle...

Odette, criada muy libremente (la señora de Lavardens murió siendo muy niña aún su hija), sufrió también el influjo rústico de aquel corpulento mozo que le dió las primeras lecciones de equitación; los domingos, en la temporada de las corridas, la joven aplaudía frenéticamente cuando Hubert, con sus formidables brazos, asía los cuernos del toro, retorció a la bestia, y con titánico empuje le hacía morder el polvo...

Ahora bien; Hubert se encariñó pronto con la niña. Nada había en Camargue comparable con Odette. *¡O! n'ero qu'uno enfant, e n'ero que mai bella.* Aunque parecía muy frágil, nada más intrépido que aquella niña.

Esta contradicción era constante en ella y en toda su manera de ser. Ya tenía la altivez y arrogancia de una pequeña reina, ya era familiar y gustaba, sobre todo, al

parecer, de mezclarse con las niñas aldeanas, cuyos juegos dirigía...

Era rubia como el trigo y la única que en la comarca tenía ojos glaucos como el mar, cuyos párpados, además, cuando sonreía o guiñaba, alargaban de modo raro, dándole, de pronto, el aspecto de muñeca oriental... *Mai l'enfant venié filho, e chasque an, chasque jour, la fasié pu grande e pu gento...* (Pero la niña se hacía moza, y cada año, cada día, crecía en estatura y en gracia.) Hubert no esperó más, y como su padre acababa de morir, pidió, sin más preámbulos, al señor de Lavardens la mano de su hija. El señor Lavardens, que no esperaba ni remotamente tal propuesta, no supo al principio qué contestar. Se echó a reír al ponderar los pocos años de Odette (que acababa de cumplir los catorce).

—¡Oh!—repuso el mocetón—, dígame usted que espere diez años y esperaré diez años y aún más. Lo importante es que sepa que será para mí.

—Sí que eres atroz, buen muchacho, pero yo lo voy a ser tanto como tú... No creo que convengas a Odette ni creo que Odette piense jamás en ti.

—Consúltela usted—replicó Hubert.

El señor de Lavardens se fué levantando los hombros y refunfuñando:

—A lo más, serviría para ser su criado.

Pero él cambió de tono cuando refirió a Odette este raro cuento. La joven contestó inmovible:

—Preciso será que un día me case y Hubert es el más

valiente de la Camargue: no hay mayoral que con él compita en las herradas, ni toro que pueda con él.

Cuando el señor de Lavardens volvió a ver a Hubert, le dijo:

—Nada has hecho por merecer a Odette, y... eres pobre.

—¿Es preciso que me haga rico?—replicó Hubert.

—En Camargue no harás fortuna—dijo el señor de Lavardens—. Es mejor que la intentes en otra parte, después de lo que acabamos de hablar.

—Y si vuelvo rico ¿me concederá la mano de Odette?

—Si vuelves rico y Odette consiente en ello, serás el marido de Odette...

—¡Está bien! No pido otra cosa. ¿Me permite despedirme de Odette?

—Sí, hijo mío.

El día de su partida hasta los dejó solos un momento. Odette lloraba. El joven exigió su palabra.

—Papá me ha hecho jurar por las Santas de no dársela, Hubert; pero vea usted mis lágrimas... Hay que esperar al regreso.

Hubert partió animoso, dispuesto a amasar una fortuna cuanto antes y por todos los medios.

Ahora bien; Odette no amaba, no podía amar a Hubert. Todo lo que había en ella de delicado, su fino espíritu, insospechado por Hubert, fueron apareciendo a compás de la mocedad, esto es, después de la partida de

Hubert; y en ese momento apareció Juan de Sautierne en las Camargues.

Vástago de antigua familia provenzal, acababa de heredar extensas heredades colindantes con el pequeño Ródano y en los alrededores de Santas Marías y prodigó las visitas atraído por el encanto de Odette. Rouletabille, como amigo de su confianza, le acompañó muchas veces y fué también, como él, comensal del señor de Lavardens. Este veía con alegres ojos el sentimiento de amor que empezaba a brotar entre Juan y su hija.

Aquél, poeta y artista, pronto logró que Odette se descubriera a sí misma. Esta se sentía transportada. Hubert se había limitado a mostrarle proezas; Juan le trajo el soplo que transforma a un ser y le revela un mundo más allá de las cosas visibles. Y, además, le hablaba como a nueva Mireya, ¡mirándola tan tiernamente! «Alegre el sol abrió el capullo—su rostro lleva en las mejillas dos hoyuelos—y en su mirada rocío que el dolor ahuyenta—mirada retozona y vivaracha—y un poco bravia—¡Ah! si vierais tanto encanto dentro de un vaso de agua—al punto lo sorbierais.»

Hubert apuró las heces del dolor cuando volvió rico. Para el padre Lavardens, que conocía el carácter del mozo, la vuelta fué una centella, y con razón temía cualquier catástrofe. En cuanto a Odette, no experimentó emoción alguna. Le había casi olvidado al cabo de cuatro años, y, además, adoraba a Juan, prometido suyo hacía poco.

El señor de Lavardens rogó a los jóvenes que ocultasen momentáneamente el noviazgo...; pero ya estaba informado Hubert por toda la comarca.

También él apeló al disimulo: hizo algunas visitas correctamente, reanudó sin segunda intención, al parecer, la vida de antaño, y hasta invitó a pasar a su masía a los novios y a Rouletabille.

Pero cuando Sautierne y el repórter regresaron a París, él empezó su ataque. La embestida fué brutal como siempre. La fortuna no le había cambiado al parecer. Tanto como cazurro se mostrara durante la estada de Juan, se reveló sin tapujos después de su partida. Hubert averiguó la vida de Juan.

Habló a Odette con desprecio de aquel joven de costumbres fáciles, que en París vivía con una bailarina llamada Calixta. Odette, enloquecida, se separó de él. Dejó a su padre, que le era ya insoportable la presencia de Hubert, y le suplicó que la dejase ir con la antigua criada a Aveyron, a casa de una de sus tías. El señor de Lavardens acogió con júbilo la idea, y aquella misma tarde Odette tomó el tren. Dos días después, con gran asombro de su padre, volvió, acusándose de haber procedido como una tonta. Ya había reflexionado, daba como explicación. No quería que Hubert se imaginase que le tenía miedo. La misma tarde del regreso, después de una conversación que el señor de Lavardens tuvo con la antigua criada que había acompañado a Odette, la doméstica fué despedida y marchó a Beaux, su país.

Todo ello fué tan inesperado que nadie en el *Viei Caston-Nou* se explicó la partida. Y denso misterio flotó sobre este singular viaje.

Días más tarde, Hubert se dió a cometer extravagancias. Poníase a beber en medio de un corro de guardas por él convidados en la hospedería de las Santas, y vociferaba que Odette de Lavardens sería su mujer o bien pronto habría novedades en Camargue. Tales murmuraciones llegaron a oídos de Odette y motivaron sus cartas, sus misivas angustiosas a Juan.

Decidido a echarlo todo a rodar, la antevíspera del crimen, Hubert se presentó en casa del señor Lavardens, y aquí entramos de lleno en el drama, y hay que ceder la palabra al acusado.

Digamos antes que la confrontación de Hubert ante el cadáver del señor de Lavardens no alteró un ápice la manera de ser del mocetón. Contempló secamente, y hasta con hostilidad, aquel cuerpo ensangrentado, reconoció sin dificultad su corbata en el trozo de tela de color ave llana, pero declaró que era inocente.

—Voy a contarles—dijo—todo lo que ha pasado hasta donde llega mi conocimiento. Cuando acabe, sabrán tanto como yo..., pero no aquí. Aunque permaneciera mil años ante este cadáver no diría que he sido yo el autor de su muerte. Les repito que soy inocente; sépase esto para siempre.

Instantes después relató al juez, en un cuarto del castillo, adonde fué trasladado, lo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—Anteayer vine al *Viel Caston-Nou*; me entrevisté con el señor de Lavardens y la señorita Odette. La señorita Odette quiso retirarse. Le rogué que se quedara, porque traía una cosa para ella, y le pedí que tuviera a bien aceptar un recuerdo de mis viajes... Era una joya bastante rara, un collar de motivo oriental que suscitaría la admiración del señor de Lavardens y de su hija. Pero no me incitó a venir esta fruslería.

»Ha cuatro años dije al señor de Lavardens, cuando le pedí la mano de la señorita Odette: «Me dijo usted que ella era muy niña y yo muy pobre; pero, después de consultarla, acabó usted diciéndome que si en el término de cuatro años volvía rico y la señorita Odette me aceptaba, sería mi mujer. Los cuatro años han pasado..., he vuelto rico... Estoy dispuesto a demostrar mi fortuna, y amo a la señorita Odette como nunca.»

»Al oírme hablar con tal franqueza, la señorita Odette no esperó señal alguna de su padre para levantarse y desaparecer, pero oyó lo que yo quería que oyese, esto era lo principal, y me quedé solo con su padre, que empezó a echar mano de evasivas. «Nos ha sorprendido su brusca intimación... Usted comprenderá que el asunto exige alguna reflexión... tiempo», y otros titubeos por el estilo. No era la primera vez que se trataba así después de mi regreso; yo no estaba satisfecho del modo como nos dejó la señorita de Lavardens, teniendo en cuenta lo que tratamos en otro tiempo. Yo no tengo la costumbre de andarme con rodeos; así le confesaré de plano que

mi paciencia se había agotado... Y le dije al viejo resueltamente: «Me he expatriado..., he hecho fortuna..., exijo lo que se me debe...» Se irguió el padre con mal talante y me manifestó:

»—Nada se le ha prometido a usted; debo decirle que mi hija es novia del señor de Sautierne.

»Fué aquello una estocada en el pecho. Era duro... Aunque no esperaba otra cosa hacía tiempo. Saludé y lavanté el campo. No quiero decirle las horas que pasé luego...; bástele saber que no estaba dispuesto a continuar arriba...; entonces se me ocurrió enviar a Odette la carta que usted conoce. Me enloquecía pensar que acudiría a mi cita. La esperé un rato, y luego entré en mi casa. De pronto oí un ruido en el jardín... Sacudieron la puerta..., la abro, y me veo ante una auténtica bestia salvaje.

»El señor de Lavardens—continuó diciendo Hubert—llevaba mi carta en la mano. Me la echó al rostro y me dijo, echando espumarajos:

»—¿Usted se ha atrevido a escribir esto a mi hija? ¿Por quién ha tomado usted a Odette?—Y salpicó esta pregunta de villanas injurias. Viéndole en tal estado, me esforcé cuanto pude en conservar mi sangre fría, y le contesté al punto:

»—Mal hice, en efecto, en pedirle una cita... Pero hay que disculpar a un mozo que ustedes han exasperado, que adora a su hija y a quien ustedes no han cumplido a palabra.

»Me replicó que debí haber comprendido desde el primer día que no me concedería jamás la mano de Odette, de la cual era indigno, pues yo era tan sólo un palafrenero, etc. En una palabra, fué tan lejos en este género de lindezas, que no pude contenerme más tiempo, y me abalancé contra él para echarle de mi casa. Él vino provisto de una trailla con la cual pretendió herirme; en seguida vinimos a las manos del modo más salvaje. En ese momento debió arrancarme la corbata. En fin, yo tenía razón y le eché al jardín con violencia, pareja del furor con que se arrojó sobre mí.

»En seguida cerré mi puerta. Le vi cómo se alejaba, sin cesar de injuriarme; en cuanto a mí, estaba abrumado, deshecho, menos por la brutalidad de esta escena que por la certeza de haber perdido a Odette para siempre. Quedé largo rato inmóvil. Al salir de esta especie de letargia, que duró horas quizás, salí veloz de mi casa como un loco y eché a correr por la campiña. ¿Cuánto anduve? ¿Adónde fui? ¿Por dónde pasé? Me sería imposible decírselo. Al amanecer empecé a recuperar la razón, a darme cuenta del estado lamentable en que me hallaba, y así me iba ocultando de cuantos hallaba al paso para ahorrarme explicaciones, y traté de entrar en mi casa sin que nadie me viera para cambiarme de ropa y meditar sobre el acuerdo que habría de tomar. En ese momento usted me detuvo, y me enteré del asesinato del señor de Lavardens y del rapto de Odette.

Hecha esta confesión, calló y no pudo el juez arrancar-

le ese día una palabra más. En vano se intentó que se contradijera; en vano se le subrayó que, a pesar de la habilidad de su relato, los hechos le desmentían de la manera más evidente; si, por ejemplo, el señor de Lavardens, después de aquella acalorada discusión, hubiese directamente ido al Antiguo-Castillo-Nuevo, no hubiera dejado de cerrar tras sí la puerta del parque; ahora bien, la llave estaba aún en la cerradura y ello probaba que el señor de Lavardens fué herido en casa de Hubert y a rastras y de prisa fué hacia su casa, para pedir auxilio. En el trayecto sucumbió, sin duda, mientras que Hubert raptaba a la señorita de Lavardens, desvanecida, sin duda, y en todo caso reducida a la impotencia y ¡quién sabe si herida también!—agregó el juez.

—¡Porque, en fin, ya que usted se empeña en no decirnos dónde se halla, nos vemos obligados a imaginar lo peor! ¿Se llevó usted a la señorita de Lavardens muerta o viva?

Hubert se limitó a contestar a esta pregunta que obstinadamente le repetía el juez, alzando los hombros y espetándole una mirada diabólica.

Aquella misma tarde se le llevó a la cárcel por atajos, con propósito de hurtarle a la ira del populacho, muy conmovido y excitado contra él. Hubert se había creado en Camargue numerosos enemigos, que, desde su regreso, propalaron malévolos rumores acerca de él y del origen de su nueva fortuna.

Lo cierto era que en cuatro años nada se supo de este

mozo; él mismo hablaba con vaguedad de un comercio de cabotaje por el extremo Oriente y desviaba la conversación cuando se intentaba encarrilarla hacia este asunto. Se limitaba a decir que los primeros tiempos fueron muy duros y hubo de sufrir no poco.

Cuando se vió encerrado en el calabozo, como término y postre de tantos esfuerzos, sacudióse bravamente las espaldas, como si quisiera descargarlas del peso de su infortunio, y su garganta enronquecida susurró un resoplido de bestia acorralada. No probó bocado de la comida que se le llevó, pero de un trago apuró un botijo de agua. Luego se sentó en el taburete, apoyando los codos en las rodillas y en las manos la cabeza.

De pronto, despertó su atención un ruido insistente que venía de fuera, un sordo rumor que culebreaba al pie de los muros que le retenían prisionero. Hasta pudo percibir algunas palabras de aire extranjero... Se levantó e irguió la cabeza: por encima de ella, desde la altura, el descolorido cristal de estrecha ventana le enviaba reflejos de la macilenta noche; puso el taburete sobre el catre y así pudo izarse hasta llegar al vano cruzado por una reja.

La vidriera no estaba cerrada con llave: la abrió; entonces las voces de fuera llegaron más claras. Entre chasquidos de látigos y crujidos de sandalias volaron hasta él palabras finales de frase, que no eran provenzal, sino puro romance de Valaquia... Así la voz de un niño gimoteando fuerte repetía el estribillo: *Mec naxim*

tegalitsia (yo no he comido) y su *raya* (su madre) enviábalo al *Beka*, esto es, al diablo. Luego se sucedieron cantos, una dulce invocación a *debla* (al sol) y, por fin, injurias entre las cuales mezclaba una voz iritada: *¡Ushela, ushelal* (perra, perra). Hubert comprendía este lenguaje. Al mismo tiempo su mirada se perdía en la lejana carretera blanca de luz de luna, salpicada de sombras de la caravana andrajosa que se dirigía hacia el Norte en carretas chirriantes tiradas por caballos éticos, nunca fatigados, muchedumbre hecha a andar por todos los caminos del vasto mundo... Más cercanas, sombrías siluetas volvían el rostro por última vez hacia Santas Marías (de donde procedían) impelidas por un sueño quizás realizado y tan cercanas, que se percibía el negro fulgor de sus ojos de jade y a Hubert pudo parecer que no desconocía aquellas caras...

Una palabra repetida con alegría le sumió de nuevo en el lóbrego abismo de su cárcel:

—*Lever-Jurn.*

Entonces sobre el muro opaco que había levantado con obstinada voluntad entre el pasado y el porvenir, empezaron a correr rasgos, rasgos azufrados que pergeñaron imágenes de desgracia, de ruina y de devastación, entre las cuales se arrastraba una condensada sombra, que se parecía a Hubert como su hermano... Al fondo, las ruinosas torres de una ciudad maldita devastada por catástrofes seculares..., invasiones, peste, cólera... *Lever-Jurn, Lever-Jurn...*

Después de la ruina de Babilonia, el pueblo gypsio (así en egipcio se llamaba), el más antiguo del mundo, fugitivo de la prehistórica Atlántida, y regresando a Occidente, de donde había partido, halló un refugio en Lever-Jurn; pero a partir del primer desastre que sufrió la ciudad en los días de la Egipta y por el cual los gypsios huyeron llenos de espanto, ya no hallaron en la tierra techo que los abrigase, siendo llamados despectivamente por los demás países pueblo bohemio, cuando jamás habitaron la Bohemia.

Si los bohemios, incesantemente despedidos de unos pueblos a otros, no saben en vida dónde reposar la cabeza, puede preguntarse igualmente dónde descansan sus muertos, pues jamás se vió tumba de bohemio, si bien cuenta la leyenda que desvían el curso de los arroyos para sepultar en el cauce los cuerpos, que quieren hurtar a la profanación de los rumies.

A través de los siglos, los mayores siempre sostuvieron que tantas desdichas eran el castigo de su cobardía... Jamás debieron abandonar la ciudad sagrada; allí solamente, allí radica aún la salvación! Por lo demás, algunas familias permanecían a la sombra del templo, en aquel país tan desolado y malsano, que nadie soñaría más en disputárselo. Otras, creyentes en los augurios, volvieron allá y así vióse a comienzos de siglo la reconstitución de este patriarcado de Transbalkania, que al margen de todos los grandes caminos del mundo y encerrado entre abruptas montañas, ha conservado hasta

nuestros días leyes y costumbres, cuya antigüedad puede compararse a las de la misteriosa Albania, patria primera de los Pelasgos...

¿Qué hacía aquella condenada sombra de Hubert arrastrándose a través de aquel país asolado una vez más por la peste, en estado también lamentable, devorado por la fiebre y disfrazado de bohemio para escapar a la ira de aquel pueblo que en su desgracia acusa a los extranjeros? Veámosle como él se ve a dos años de distancia, sacando fuerzas de flaqueza para montar un caballo robado y huir de aquel país de la muerte. Pero de pronto un brazo se yergue en el camino, un brazo que le llama... Es de un viejo ricamente vestido, como van los sacerdotes que offician en los templos ortodoxos o bizantinos, que allí agoniza, víctima de la peste. Se tiende encerrado en funda de cuero un objeto que llevaba guardado en el pecho. Recoge su último soplo para decirle:

—Tú eres de la raza; baja y toma: éste es el *Libro de los Antepasados*.

Según práctica antigua, un viejo al efecto designado solía llevar el *Libro* a las tribus vecinas para hacer frente al contagio por medio de fervorosas plegarias... Y el viejo, antes de expirar, expuso a Hubert:

—El mal me ha herido de muerte. Es preciso llevar el libro a cuatro verstas de aquí, al jefe del próximo pueblecillo.

Hubert tomó lo que se le daba. Cuando vació el libro de la funda, vióse en posesión de un verdadero tesoro.

Cuanto el arte de los monjes del monte Athos pudo agregar a un misal o a un icono— toda la ciencia y toda la riqueza bizantinas transmitidas a los joyeros de Lever-Jurn— se puso a prueba para hacer de aquel libro una maravilla. Las joyas que lo decoraban eran preciosísimas, sobre toda ponderación. Ya era rico Hubert, o más bien tenía lo preciso para llegar a serlo. Se apresuró, pues, dueño de aquel tesoro, a abandonar un país, verdadera plaga enraizada en el planeta.

¿Cómo fué a parar allí? Su padre le había dicho en otros tiempos que los Lavardens no fueron siempre tan ricos; que el viejo Lavardens había realizado numerosos viajes en su juventud antes de topar con la fortuna, cuya base, según rumores, fué la compra de unos terrenos petrolíferos colindantes con el patriarcado de Transbalkania. A una pregunta que en cierta ocasión hiciera el padre de Hubert al de Odette contestó vagamente que se limitó a atravesar el país, pero que el aislamiento de aquella comarca, la dificultad de los transportes y la hostilidad de los habitantes hacían la explotación casi imposible...

Hubert, que, agotados casi los recursos y en todo fracasado, acababa de atravesar Hungría, se desvió para ir a comprobar sobre el terreno lo que hubiera de cierto en el rumor general que pintaba esta silvestre comarca rezumante de nafta a ojos vistas. Mas para penetrar en la zona vedada, le fué preciso vivir en el país meses y meses, adaptarse a las costumbres de los antiguos zingaros

de la montaña, aprender su lengua... y, por fin, hubo de renunciar a la empresa por el azote de la peste y escapar, como hemos visto, de aquella tierra maldita. Pero ¿se llevó el Libro de los Antepasados!

¿En qué estado se encontraba ahora este libro, odiosamente despojado de su antiguo esplendor?

En las tinieblas de la cárcel Hubert le veía resplandecer, tal como lo recibiera antaño, como ígneo libro. Las amatistas, los topacios, los berilos, los crisoberilos, las esmeraldas, los rubíes, de que estaba sembrado el libro y como salpicado de sangre, chispeaban hasta quemarle la piel.

Lo que le deslumbraba más en esta fantasmagoría evocadora no era precisamente la magnificencia del ropaje del texto, sino más bien las primeras líneas que se leían al abrir la cubierta:

Todo el que respete este libro

Se salvará si corre algún peligro.

Volverá al buen camino, si anda descarriado.

Alcanzará envidiable recompensa...

El que le robe

O le destruya,

Será castigado con pena de muerte!

Supersticioso como todo buen mayoral que se respeta, Hubert no había podido lograr el olvido de estos versículos. A veces, cuando menos lo esperaba, brotaba el recuerdo de estas líneas del fondo de su memoria harto

tenaz, y al conjuro de una fuerza sobrenatural salían como lanzadas de su espíritu, para que las viera con mayor brillantez, y danzaban, como aquella noche, ante sus ojos deslumbrados y *el espanto de su rostro*; porque aquella noche había oído el nombre de la ciudad maldita, había visto de nuevo a la gente de «Lever-Jurn», sus caras sombrías, sus ojos de jade, sus gestos de maldición y acaso aquella noche se estaba ya cumpliendo la profecía? ¿Acaso caminaba ya por la senda del castigo, cuyo término sería *la muerte*?

Ciertamente, ciertamente esa tropa había suscrito un pacto con el diablo... ¡con su *debla!*

Todo lo que le había ocurrido no tenía nada de natural, nada ciertamente...

Primero le habían cambiado a su Odette. No la conocía. ¡Era suya cuando se fué, «suya»! ¿Por qué maleficio no puso en él los ojos después del regreso? ¡Y cuánto luego hubo acontecido! ¡Todo se revolvía contra él de modo extraño! ¡Y esta noche condenada en que en vez de Odette apareció el padre! ¡El padre, hallado muerto al día siguiente! Asesinado, ¿por quién? ¿Por quién? ¿Por quién? Por él... por él quizás... ¡*No sabía de ello nada!* Negaba con toda la fuerza de su ser, negaba con todo su deseo que hubiese matado, pero no con toda su convicción... ¡*Nada sabía de ello!*...

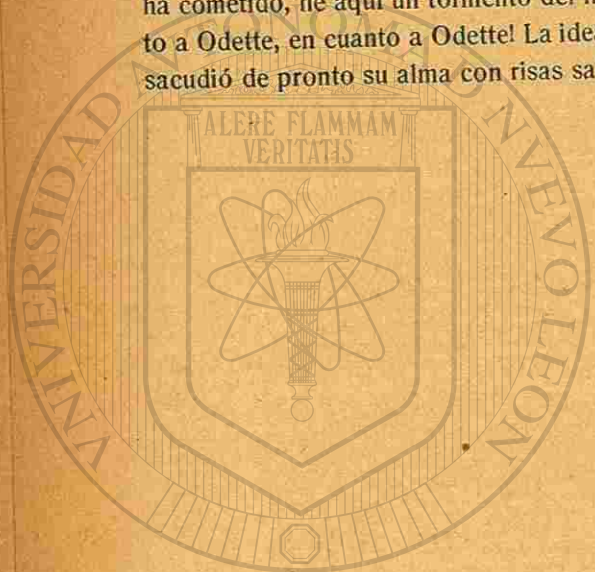
Él, tan listo, tan astuto, que a fuerza de manía tranquila y modosa llevó a no pocos al atolladero, veíase de pronto como poseso. Y vió visiones... esto es, no vió

nada de nada... ¿Cómo pudo olvidar que, a pesar de todo, no debió nunca levantar la mano contra el padre de Odette? Y se cegó e hirió ¡y quién sabe si mató! Y cuando su contrincante echó mano del látigo, quién sabe si él no cogió de su mesa-escritorio un puñal que le servía de cortapapeles... pero Hubert no acostumbraba a leer. Ese puñal servía sólo de ornato ridículo, si bien con *su puño podía seguramente matarse una persona...* ¿Qué hizo con ese puñal?... *Nada sabía de ello...* Su memoria quedaba al margen de todo... A partir de cierta hora, se hundió en negro abismo, y al salir vióse errante como un loco por la campiña, al clarear la aurora. ¿Qué fué de aquella chuchería de bazar, de aquel insignificante cortapapeles con forma de puñal? ¿Qué hizo de él? ¡Nadería y maleficio! Nada. *Mai chaurico* (pero presta atención). ¡Ah! ¡venganço! (¡Ah! ¡venganza!). ¡Orro enjanço! ¡orro enjanço! (¡Horrible raza, horrible raza!).

Así, en su monstruosa confusión, Hubert revolvía con sus catástrofes actuales la «mala suerte» de que a su antojo disponía el pueblo a que pertenecía aquella caravana, para vengarse de un *rumi*, que posó su mano criminal sobre el *Libro de los Antepasados*.

Su tosquedad, ya audaz, ya medrosa, hízole siempre creer que aquel libro, base de su fortuna, se revolvería fatal contra él, acarreándole males sin cuento. Los que sufría ahora servían de patrón. Pudo esquivar los otros golpes con el talante del señor que desprecia indigna acusación, pero ante sí mismo y *ante el Libro de los An-*

tepasados no era más que bestia acorralada por el feroz destino. ¡Ser acusado de un crimen y no saber si uno lo ha cometido, he aquí un tormento del infierno! ¡En cuanto a Odette, en cuanto a Odette! La idea de no verla más sacudió de pronto su alma con risas salvajes...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X

OJO A «EL PULPO»

EN este lapso de tiempo, ¿qué hacía Rouletabille? Está fué la primera pregunta que se formuló Juan a raíz de quedar encarcelado Hubert. Mientras permaneció allí Hubert, hubiérale sido a Juan imposible salir del *Vie-Caston-Nou*. Esperaba la palabra reveladora de la traición de su rival, quizás la confesión del crimen, y en todo caso, el indicio que le pusiera sobre la pista de Odette. Después de la partida de Hubert, Juan reparó en que Rouletabille estaba ya ausente varias horas. El repórter hecha rápida pesquisa en Lavardens, subió al auto que trajo a los jóvenes desde Aviñón, y se encaminó hacia Santas Marías. Juan, sabido esto, echó mano del torpedo del castillo, y al azar se fué al encuentro de Rouletabille.

La marcha fué lenta: a cada momento se detenía a preguntar a los aldeanos, a husmear con la mirada en inmenso círculo del horizonte de la Camargue. ¿Dónde estaba Odette? ¿Dónde estaba Odette?

Si Hubert no la había matado, como mató al padre, ¿dónde la dejó oculta? ¿A qué choza resguardada por la ciénaga llevó a la pobre niña? ¡Ah! Hubert conocía todos los rincones de la Camargue; la comarca tan bella como traidora, por momentos había servido de cómplice a aquel miserable. Hubert había husmeado todos los torbellinos tras los sauces de altos tallos y de lisos troncos, recorrido surco por surco el terreno, por la parte del Ródano sembrada de islotes. ¡Ay, pobre de mí! ¿Por dónde buscarla?

Pocas veces se vio atardecer tan bello entre Arlés y la costa. Las aguas reflejaban la placidez del crepúsculo que descendía sobre la tierra envolviéndola en dorados vapores. A lo lejos, las campanas de Santas Marías desparramaban su tañido por la campiña aquietada tras la gran fiesta. Más cerca, los hortelanos en rápido vuelo huían lanzando alegres trinos... Juan, de pie en el carruaje parado en una encrucijada, se planteaba una vez más el problema de su alma tendiendo al horizonte desesperadamente los brazos y gritando: «¡Odette, Odette!...», y se desplomó echándose a llorar...

Luego Juan se avergonzó de su debilidad. Con lágrimas no iba a hallar o a vengar a Odette, y lanzó a toda velocidad el auto camino de Santas Marías.

Pronto surgió la antigua basílica de la laguna, irguiendo sus ennegrecidos torreones al borde del mar, recorriendo en el horizonte sus almenas y su camino de ronda cual una fortaleza; su ábside es una verdadera torre-

cilla que pudo antiguamente resistir el asalto de los sarracenos. Ahora cobija bajo su sombra a la turba andariega de los bohemios...

Juan vio de pronto en la carretera y en dirección contraria a la suya el frente de la caravana. Eran zingaros que vinieron de Alemania y zingaros que vinieron de Puertas de Hierro y ahora son los primeros que regresan a su lejano país. Este año los *misterios* se efectuaron muy de prisa. Hay años como éste en que los romanchos dejan el país antes de que empiecen las fiestas provenzales, años en que no quieren para nada mezclarse con los rumies, y al salir de la cripta, cumplidas sus extravagantes devociones a Santa Sara, huyen como si hubieran cometido un crimen.

Estos son más alegres que feroces. Se canta en todas las carretas; muchachas con ojos de cigarra y viejas con facha de brujas saludan gesticulando alegremente. Juan se dice: «He aquí la turba de donde salió Calixta y entre la que debí dejarla. ¿A qué volvió a mezclarse con esta horda? Rouletabille tiene quizás razón para preocuparse de ello.» Pero como este pensamiento le alejaba de Odette en alas de la lógica que le conducía a Hubert, Juan presto dejó de pensar ya en Calixta.

Llegó a Santas Marías cuando empezaba la danza al son de guitarras y acordeones. La calle Mayor, tan estrecha que no permitía el paso simultáneo de dos carros, estaba iluminada con lamparillas. Toldos extendidos de techo a techo y que durante el día habían cobi-

jado bajo su sombra aquel pasadizo, ahora pesaban inmóviles sobre la densa atmósfera empapada de vapores del vino que las criadas iban escanciando por todas las mesas colocadas en la acera.

Doquiera reinaba la alegría y excelente buen humor. Mucha algazara y pocas disputas. Carcajadas, bromas de paso, música, y de vez en cuando el estrépito atronador de algún petardo que los muchachos arrojaban solapadamente a las piernas de los comensales.

Pocos bohemios había en esta calle; los que no se habían marchado aún acampaban en los aledaños, en las dunas y hasta en la playa; además, entre aquella muchedumbre de marineros, guardas y tenderos, discurrían hermosas señoritas, ataviadas con el majestuoso traje de las arlesianas. A su paso todos se deshacen en cumplidos, pues son harto conocidas sus virtudes domésticas y su intrepidez de Amazonas.

En los mesones, los corros comentan en voz baja el atroz acontecimiento del día. Las siniestras nuevas venidas de *Viei-Caston-Nou* han arrugado más de un ceño. El suceso es tan raro que a duras penas alguno se atreve a aventurar algún comentario. Y, además, Hubert, si tenía pocos amigos, era, en cambio, temido por todos.

Juan se apeó del auto y penetró en la calle. Todos se descubren sin decirle palabra: le compadecen. Se le abre paso para que llegue al vestíbulo del hotel de Santas Marias. El dueño, un viejo lobo de mar convertido en posadero, le acoge con tristeza; pero tiene buen cui-

dado de no dirigirle la menor alusión. Juan le pregunta:

—¿Ha visto usted a Rouletabille?

—Sí, señor; hace un momento estuvo aquí.

—¿Dónde podría hallarle?

—A fe mía, no lo sé, señor; supongo que se ha vuelto a marchar ahora mismo.

—¿Qué le hace suponerlo?

—Pues véalo. Al llegar me preguntó si le esperaba una señora... Le digo esto a usted, porque sé que son ustedes carne y uña. Le contesté que no había venido nadie... Salió hacia allá y volvió al poco rato. Parecía muy preocupado; me preguntó de nuevo si la señora ya estaba aquí... Le respondí que no. Entonces se puso a escribir unas líneas, las metió en un sobre y me dijo: «Ya no creo que venga ahora; pero si viniere le entrega usted esto.» Salió hacia allá arriba y no le he vuelto a ver; esto me ha incitado a decirle que ha debido de marcharse ya de Santas Marias.

—Y esa señora, ¿no ha venido?—preguntó Juan.

—Sí, señor; vino al poco rato y le entregué la carta... Pareció muy contrariada porque no la esperó Rouletabille.

Juan pensó: «Ha querido entrevistarse con Calixta.» En el fondo se hubiera él alegrado de verla siquiera para disipar en parte la incertidumbre. Después de la última entrevista que tuvieron, en la cual Calixta se manifestó muy resignada con esa especie de fatalismo común a todos los de su raza, no podía abrigar la idea de atri-

buirle la comisión de un atentado tan odioso como el que Rouletabille por sospechas le achacaba. No era posible que olvidase cuanto Juan hiciera por ella, y, en suma, después del último regalo que le aseguraba el porvenir, y que *había aceptado*, ya no tenía de qué reprocharle. Calixta vino a Santas Marías sin ocultarlo y comunicando de antemano a sus criadas el objeto de su viaje. Cuanto Rouletabille se imaginaba era pura novela. Juan hizo la descripción de Calixta al hostelero, el cual repuso a Juan, dejándole asombrado, que aquellas señas concordaban con las del visitante. En primer lugar, la señora de que hablaba era morena, y la que había venido, rubia.

Juan, pasmado, se abstraigo un momento, y súbitamente pasó un pensamiento cual rayo por su espíritu.

—¿Esa señora tiene los cabellos cortados y caídos sobre la frente?

—Sí, señor; esta vez acierta.

Juan se aproximó al hostelero.

—¿Llevaba la carta sobrecrito?—preguntó.

Como el posadero parecía acogerse a la discreción, Juan le dijo de rondón:

—¿Esa carta iba dirigida a la señora de Meyrens?

El hostelero dijo con un gesto que sí.

Salió de allí Juan con el espíritu cada vez más perturbado.

—¿No es posible ya zafarse de esta terrible mujer?—se decía—. ¿Qué podemos esperar de ella en tales

momentos? Y ¿cómo piensa en citarla si no la quiere, como dice?

Dejando este asunto, fué a buscar a los guardias habituales compañeros de Hubert, pues llevaba su idea; pero al salir de la gran claridad de la calle e internarse de repente en la semiobscuridad de la duna, atrajeron de pronto su atención dos siluetas que pasaron no lejos de allí, y que no le parecieron desconocidas.

Un hombre y una mujer se deslizaron a lo largo del muro, y luego atravesaron rápidos un espacio yermo, emborronado de sombra, y reaparecieron en la claridad oscilante del fuego que ardía ante una carreta.

A lo largo del arenal brillaban numerosos fuegos que formaban como un semicírculo en torno de Santas Marías; los encendían las tribus de bohemios venidos de Beziere y de Pézenas, que permanecían en Santas más tiempo que las demás, porque al cabo estos zingaros estaban en su país, y era corto el camino para volver a sus habituales hogares.

La mayor parte de estos vivaques estaban solitarios; los jóvenes se marcharon a danzar, y cocía la cena bajo los auspicios de algunas viejas con facha de aquelarre...

Juan no pudo contener una sorda exclamación al reconocer en las dos sombras, que seguía avizor, a Olajai y a *El Pulpo*. Ambos fueron a sentarse al lado de una vieja, que al verlos se levantó, mirando hito a hito a *El Pulpo* con cierto recelo.

Pero Olajai habló, la vieja meneó la cabeza y pudo

verse que ahora acogía con agrado a la recién llegada.

Los tres se agruparon, y la conversación entablada en voz baja les tenía de tal modo suspensos, que Juan pudo acercarse algunos pasos sin llamar su atención.

Le hubiera gustado oír lo que allí se decía, pero ello le fué imposible.

Después de esta carreta, Olajai y *El Pulpo* visitaron otras, y luego, de repente, desaparecieron como por encanto, y Juan ya no volvió a verlos.

Muy pensativo y emocionado regresó de aquella aventura a la luz de la calle Mayor, y allí se le avisó que los mayores acababan de reunirse en el hotel del Pequeño Ródano.

Cuando entró en él, el grupo, que al parecer mantenía animada conversación, calló de repente.

La mirada de Juan revisó atenta aquellas rudas caras de frente estrecha y ojos hostiles, y les dijo:

—Ya sabéis lo que ha ocurrido. ¿Creéis que ha sido Hubert el asesino?

—¡Ah, no, no!—respondieron unánimemente—. No lo creemos.

—Pues se le ha encarcelado por eso. Si alguno de vosotros le ha visto la pasada noche, esto puede aprovecharle... hay que decirlo...

Todos guardaron silencio.

—No veo aquí a *Lou Rousso Fiamo* (La Roja Llama)—dijo Juan—; quizás pudiera darnos algunos informes...

Lou Rousso, un lebrél con cabellos encendidos, fué en

otros tiempos jefe de los mayores de Lauriac... Harto conocidas eran su fuerza, su brutalidad y su ciega adhesión al joven.

Uno contestó:

—*Lou Rousso Fiamo* marchó anteayer con cuatro toros a la herrada de Beaucaire...

—Es la primera vez que *Lou Rousso Fiamo* no asiste a la fiesta de las Santas...

—Estará enfermo—observó Juan.

Y se fué, no insistiendo más al ver que todos se reprimían y no podría sacarles nada. Su viaje a las Santas, sin embargo, no había sido inútil; no le urgía volver a ver a Rouletabille.

Hora y media después, le encontró en Lavardens.

—Y ¿qué?—le preguntó.

—Pues que—contestó Rouletabille—, a pesar de los consejos de Olajai, quise ir a las Santas, y apenas llegué, Olajai me atisbó, y en una rinconada de nuevo me dió a entender que la Camargue era muy malsana para mí. Pretendí que me diera una explicación, pero me dejó apresuradamente, diciéndome: «Ya he charlado con exceso.»

—Y ¿volviste?

—Claro que sí; ¡con la tarea que por aquí aun me queda!

—Luego no encontraste allá—repuso Juan con intención que no escapó al repórter—a la que esperabas...

—Veo que te han informado bien—replicó Rouletabille, frunciendo el ceño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—Al menos sé una cosa—repuso Juan con voz apagada—, y es que *mientras Olajai obtenía de ti que marcharas de Santas Marías, él permanecía allí con El Pulpo*, que tú fuiste a ver y no viste; pero yo, sí; yo les he visto a los dos entregados a no sé qué labor misteriosa, que no puede ser de tu agrado ni del mío, pues se previenen para ocultárnosla.

—Nada temas, Juan—dijo Rouletabille cada vez más sombrío—; concédeme veinticuatro horas más y ni Olajai ni *El Pulpo* me impedirán salvar a Odette...

—Yo traigo de allá abajo detalles que pueden servirnos—dijo Juan deteniendo al repórter, a punto ya de marcharse—. Si Hubert ha sido el asesino, como creo ahora más que nunca, ha tenido cómplices, ciertamente, al menos un cómplice... Pues bien: acabo de saber que *Lou Rousso Fiamo*, su maldito brazo derecho, está ausente de las Santas hace cuarenta y ocho horas.

—Lo sabía—dijo Rouletabille.

Y se alejó velozmente de Juan, dejándole con la palabra en la boca, como suele decirse.

Sautierne no insistió; echó mano al volante y lanzó su torpedo camino de Beaucaire. Quería saber con certeza los motivos de la ausencia de *Lou Rousso Fiamo*.

Cuaderno de Rouletabille en esta fecha.—Olajai: *El Pulpo*... Es posible que Juan tenga razón. No he desconfiado bastante de *El Pulpo*... No puede servirme para nada. Sólo puede perjudicarme... y más sabiendo por ella

que la policía nada hizo con relación al saqueo de mi cuarto, y luego de lo ocurrido en Santas Marías, debiera romper enteramente con ella. No es la primera vez que esa idea se me ocurre, pero creo que es cuestión de oportunidad realizarla. En cuanto a Olajai, momentos hay en que rozo el borde de su secreto, y al ir a profundizar caigo en las tinieblas... Los peligros que me delata y de los cuales, según dice, quiere librarme, casan tan bien con el saqueo de mi casa en París, que es inverosímil no exista entre éste y aquéllos estrecho lazo. Esta relación o enlace se me escapa completamente. ¿Qué se quiso hacer en mi casa? Esta es la incógnita. Y es seguro que Olajai podría descifrarla. Pero dijo: «he hablado en demasía» y me aconseja que huya, como me aconsejó que no saliera de Lavardens.

Todo ello ha sucedido, y sin embargo, es incomprensible en cuanto a mí concierne. Sólo es cierta una cosa: *que la amenaza me circuye*. Percibo que estoy vigilado en cuantos pasos doy en Lavardens y fuera de Lavardens... y me zafo de esta misteriosa vigilancia con las mayores dificultades y desplegando increíble astucia. Sea de ello lo que sea, he logrado rehacer casi paso a paso la trayectoria de Calixta desde su llegada a Santas Marías, y sé cuanto ha hecho hasta que se esfumó *no lejos del Viei Castou Nou*.

Bajó como nosotros en Aviñón, pero veinticuatro horas antes, y como nosotros, en auto, fué a Arlés, pero allí dejó el auto, atravesó a pie la ciudad y fué a tomar

el primer tren en el apeadero de Arles-Turiquet y bajó en Santas Marías a las nueve cincuenta. Iba vestida sencilla, pero elegantísima, con traje de terciopelo negro con adornos de castor y tocada con un sombrero esférico guarnecido de pelo de mono, tal como iba ataviada la última vez que salió con Juan y conmigo, días antes de la ruptura. Bien claro está que no se ocultaba. Se dirigió inmediatamente a la iglesia y empezó sus devociones. Visitó en seguida al cura y le pidió una tarjeta para la ceremonia de la tarde: el descendimiento de las reliquias. Luego paseó por el pueblo sin fin visible, atraída por las abigarradas vistas que a sus ojos brindaban los campamentos.

Se acercó a un grupo que al principio no le prestó más atención que a los demás viandantes. Un niño le pidió limosna. Ella le habló. Al punto un hombre que estaba sentado de espaldas a Calixta volvió el rostro, le vió, y súbitamente se irguió ante ella. Miróla con aire hostil, reparó en su ropaje y empezó a vomitar en su lengua, y con voz queda y apretando los dientes, las más groseras injurias.

Ella no se alteró, murmuró unas palabras en el mismo lenguaje y se alejó. Apenas se fué, aquel hombre y cuantos con él estaban escupieron sobre sus huellas. Calixta, sin aparente emoción, dejó tras sí las Santas y todo el bullicio bohemio, sórdido cinturón del pueblecillo. Por el paraje más desierto ganó la playa y penetró en una choza medio desnuda, de donde al poco rato salió casi

desnuda, dispuesta al baño. Después del baño, se excluyó sobre la arena como bestezuela fatigada.

De pronto, sintió un brinco a su vera. ¡Era aquel hombre! Le esperaba, a pesar de las injurias. Se echó a reír al verle. El cerró sus labios estampando en ellos un beso salvaje. Aquel hombre era Andrés, el que la persiguiera dos años antes y del cual Juan, para su desgracia, la libró. Si fueron los oropeles de mujer rumí con que ha poco se ataviaba Calixta los que motivaron la furiosa acogida de Andrés, éste ahora, al mirar a Calixta, no podía ver cosa que ofendiesen sus ojos. Todo ello fué bien calculado. Ella encontró a su hombre. El la quiso coger. Ella le rechazó, pero ¿qué hubo de prometerla, cuando él en seguida se manifestó sumiso? Entró a vestirse, y a poco se separaron como los mejores amigos del mundo.

Calixta no asistió a la ceremonia de la tarde; subrepticamente abandonó el pueblecillo montada en una cale-sa guiada por un bohemio, que la dejó cerca de Lavar-dens, donde perdió su pista. Andrés también desapareció de las Santas. Perdió su pista en Maguelonne-le-Sauveur, pero no dudó en encontrarla en las huellas del *esquilador de perros* de que me ha hablado Esteve.

En Maguelonne-le-Sauveur, Andrés iba a pie.

Hay que advertir que ni uno ni otro tomaron el tren, en el cual su presencia hubiera sido indudablemente notada por los empleados, pues ese tren de vuelta a Arlés suele ir vacío a esas horas. Juan acababa de dejarme y partió hacia Beaucaire, sin duda a la busca de *Lou*

Rouso Fiamo. Su viaje, a la postre, quizás no resulte inútil. Es preciso no perder cabo, y más, descubierta por mí la marca de los bohemios en casa de Odette; *regalo ofrecido por Hubert...* Y ahora voy a interrogar a Estefanía. Hay mucho que averiguar por esta parte. He pedido a Juan veinticuatro horas para salvar a Odette, si aún hay tiempo.

CAPÍTULO XI

EN EL CUAL ROULETABILLE EXPRESA CONCRETAMENTE SU
OPINIÓN ACERCA DEL ASESINO

CON fecha de 27 de mayo. *Cuaderno de Rouletabille.*
Ya sospechaba que Estefanía sabía mucho más de lo que me dijo. Acabé por arrancarle la confesión de que el mes pasado acompañó a Odette en las numerosas escapadas que hizo al bosque de Lavardens, en el cual, a hurtadillas, se entrevistaba con un raro personaje, con el cual, en cierta ocasión, su padre, el señor de Lavardens, la vió con harto asombro s yo. Trátase de una vieja que no es del país, que vive como salvaje, alejada de todo el mundo, y tiene su albergue en no sé qué madriguera.

Odette dijo confidencialmente a Estefanía que sentía conmiseración por esa mujer, que gustosa le hacía alguna limosna, correspondida por la vieja con una especie de adoración a su protectora. Frecuentemente esta vieja le decía la buenaventura, le predecía altos destinos, de

los cuales la joven se reía a carcajadas. También quiso decir la buenaventura a Estefanía; pero Estefanía, que es muy supersticiosa y cree en maleficios, se opuso a ello siempre. Tampoco pudo comprender, pues la vieja tenía espantosa facha, que su joven ama pudiera gustar de la compañía de esta bruja, que se llamaba, según decía, Zina.

Por la descripción que me hace Estefanía, Zina debe de ser bohemía. Solían casi siempre verse entre Lavardens y Albaron, cerca de la encrucijada de La Fuente. Ahora bien; yo he logrado precisar que el auto en el cual se llevaron a Odette se dirigió a Albaron y no se le vió más allá de Albaron. Siento que ando cerca de la llama y que la red de mis pesquisas va envolviendo a los principales personajes que intervinieron en el drama.

¿Cuál ha sido el papel de Hubert en el rapto de Odette? Este es el problema. ¿Sabe dónde se halla la joven? Es posible que lo sepa, y así lo deseo, pero no estoy muy seguro de ello. ¿La ataron él y Calixta y así se la llevaron? La creencia en su complicidad brotó en mí en cuanto descubrí entre él y los bohemios ese punto de contacto delatado por la joya que ofreció a Odette, pero no me seduce esta idea. Me era tan precisa (y se adaptaba tan bien a mi sistema) que no podía aceptarla saltando por encima de todo espíritu crítico. En efecto; por este lado nada se comprueba. Los bohemios pudieron, para llevar a cabo su propósito, pasar por la propiedad de Hubert sin estar en connivencia con éste. Les

era mucho más fácil, en efecto, pasar por esa propiedad al *Viei-Caston-Nou* que penetrar directamente en el parque de Lavardens, defendida, como tiene éste, por altos muros, la parte recayente a la campiña. Y, además, si Calixta, ayudada de Andrés, dió el golpe, tuvo bien en cuenta las amenazas que públicamente profiriera Hubert para desviar las sospechas hacia la cabeza de éste.

Es muy difícil desembrollar el enredo por este lado, ya que Hubert es capaz de todo. ¿Sabía que se apoderaban de Odette, mientras él se enzarzaba con el señor de Lavardens? Nada pude leer en su diabólica faz, sesgada con fiero rictus, cuando Juan le habló de Odette, y *tanto menos comprendí cuando su mirada era a mí a quien se dirigía...*

Cuaderno de Rouletabille: 27 de mayo, a las diez de la noche.

Acontecimiento transcendental. He obligado a Esteve a que me acompañase a Albaron en las primeras horas de la tarde. De allí, subimos hacia Lavardens y nos internamos en el bosque. Tengo aterrorizada a Esteve. A cada momento la amenazo con denunciarla como cómplice del asesinato del señor de Lavardens. Me ha llevado a los diferentes parajes en que Odette solía entrevistarse con Zina.

Hallándonos en la plazoleta de *la Font*, oí a mis espaldas bullicioso vaivén del ramaje. Salté hacia la maleza. *Demasiadas cosas se mueven en torno mío desde que es-*

toy en Camargue: bien quisiera ver su facha. Empuñé el revólver. Estaba decidido a todo *para saber...*

Pero reinó de nuevo profundo silencio y en vano busqué la huella de la persona que hacía un momento andaba entre la maleza...; no descubrí absolutamente nada. Y, sin embargo, tan rápidamente me volví, que pude aún ver cómo el ramaje se abría y de nuevo se cerraba...: sacudí las ramas, examiné los árboles del pie a la copa... Nada; y, sin embargo, mi sensación no fué sueño... Esteve había oído también algo, pero no vió más que yo: «Volvamos — dijo, dando diente con diente —; tengo miedo.» Le respondí en alta voz: «Sí, volvamos: nada tenemos que hacer ya aquí»; y empezaremos a subir por estrecho atajo hacia el *Viei-Caston-Nou*.

Pero a los pocos pasos, en la primera revuelta, la detuve con el gesto y le dí a entender que era preciso estar quedos un momento y escuchar...

Súbitamente, ante nosotros surgió de nuevo el vaivén del follaje, y esta vez mi mirada se cruzó con otra; dí un brinco, gritando: «Detente, o tiro»; pero huyó entre la maleza y a fe mía que tiré. Oí un grito, una especie de gemido, y luego nada... Esteve no se movió, medio muerto de espanto... Avancé unos pasos y busqué a la persona que me había mirado y había gritado... No dí con ella ni con vestigio alguno. La tierra, blanda en aquel sitio, debió conservar la más tenue huella como retenía las mías. ¡Había para volverse loco!

Sin preocuparme de Esteve, que dejé a mis espaldas,

seguí avanzando a la ventura, cuando de pronto percibí la causa de mi espanto fugitiva ante mis ojos a locos saltos. Lancé un grito y a mi vez corrí dando brincos.

¡El osezno! Vi al punto que era el osezno de Calixta.

Tras él me interné en el soto y vi cómo desaparecía entre el ramaje, metiéndose en una cueva tallada en la roca. Le seguí y me hallé al punto ante una, al parecer, guarida troglodítica, que merced a unas tablas, creaba la ilusión o suscitaba el recuerdo de una habitación humana. Henchíala densa penumbra y a duras penas pude al cabo de un rato discernir algunos objetos insignificantes: un lecho, un taburete y el hogar con visibles señales de fuego recién apagado.

En fin, algo se movía en el fondo lanzando un gemido que yo conocía bien. ¡Era el osezno! ¡Era *Balogard!*, como Calixta le llamaba con esta palabra bohemia que significa «el ladrón». Avancé hacia él, hablándole con afecto. Temí haberle herido, pero afortunadamente nada tenía y me acogió bastante bien, aunque nunca fuimos muy amigos en la vida civilizada... Observé que *Balogard* se había revuelto sobre prendas que no me eran desconocidas. Allí estaba la guardairopía parisién de Calixta. Su traje de terciopelo de topo con guarniciones de castor. Deduje que, al menos por el momento, Calixta había vuelto a su vida bohemia y no me costó gran trabajo imaginar que me hallaba en la guarida de Zina, a la que condujeron primero a la joven Odette. ¿Qué drama había ocurrido allí entre Calixta, la pobre niña y la vieja Zina?

Las notas de Rouletabille no dicen más con relación a este día. Sin embargo, aquella tarde, a las seis poco más o menos, ocurrió en Lavardens una de las escenas más importantes, acerca de la cual no hallamos la menor alusión en el cuaderno del repórter. La Sala volvió a reunirse en el lugar del crimen para ampliar la indagatoria e hizo traer a Hubert al *Viei-Caston Nou*.

Rouletabille llegó cuando se interrogaba de nuevo a éste en el mismo sitio donde se encontró el cadáver del señor de Lavardens. El tío Javán estaba allí presente.

Después de reparar en los circunstancias, el repórter preguntó directamente a Hubert.

—Sé—le dijo—quién ha raptado a Odette, y usted también lo sabe.

Hubert se echó a reír de modo siniestro y dijo asintiendo:

—Ya lo creo que lo sé; *aunque no tan bien como usted.*

—El señor de Sautierne anda tras la pista de *Lou Rousso Fiamo*—continuó diciendo Rouletabille con voz súbitamente alterada—; diga usted toda la verdad y podrá usted aún zafarse de este asunto.

—Será mejor—redarguyó Hubert—*ir tras la pista de Olajai... de Olajai, que pasó por aquí veinticuatro horas antes que usted.*

—No sé lo que quiere usted decir—repuso Rouletabille palideciendo.

—¡Oh! sí, señor, sí; usted me comprende perfectamente.

Y continuó riéndose con sorna y alzando los hombros.

El juez, harto ya, exclamó:

—¡He aquí un conciliábulo insoportable! Y la conducta de usted, señor—dijo volviéndose hacia Rouletabille—, no tiene excusa. Se complace usted, al parecer, en hacer imposible, cuando no ridícula, nuestra tarea. Dice usted que sabe quién ha raptado a la señorita de Lavardens. Pues bien; su deber es denunciarnoslo.

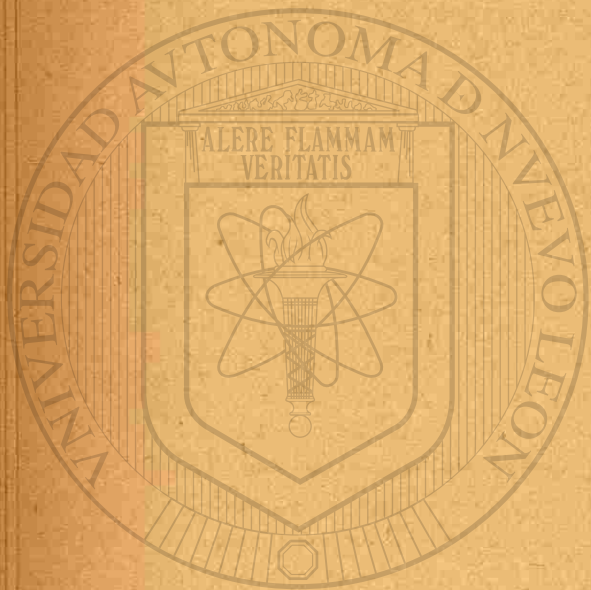
—¿Nombrarle a usted los culpables?—replicó Rouletabille, recuperada toda su calma. No, señor Coussillat... no quiero que los «marre».

—¡Señor!

—Prefiero, señor, traérselos atados de pies y manos, y esto se lo prometo a usted.

—¡Jactancia!—repuso el juez de instrucción visiblemente exasperado—. Jactancia como los artículos que usted ha teleografiado a París y que acabamos de leer. Manía de apostar... ¿Por qué sostiene usted que no capturaremos nunca al asesino? ¿Usted lo conoce? ¿Puede darnos un atisbo? ¿Es moreno? ¿Es rubio? ¿Es gordo? ¿Es delgado?...

—Delgado, señor—respondió Rouletabille sin pestañear—, ¡delgado como un clavo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XII

ROULETABILLE, AL ACECHO

CUADERNO *de Rouletabille*.—Este Hubert es un infame bobalición. Su actitud durante el último interrogatorio me dejó hecho de piedra. A ratos no veía nada, ni siquiera reparé en que Juan estaba detrás de mí y mirándome. Debía ser muy singular mi facha. Recuperé los bríos y contesté al juez como convenía *por el momento*. Entonces advertí la cara que ponía Juan.

Cuando se llevaron a Hubert y el juez de instrucción señor Crousillat y su inenarrable escribano señor Bartholasse, literalmente rabiosos contra mí, salieron del *Vieil-Caston-Nou* cerrando con ímpetu las puertas, me acerqué a Juan y le pregunté noticias acerca de su viaje a Beaucaire. Me contestó, mirándome de modo raro, que había visto a *Roussio Fiamo* y que este modelo de «guardas» no se había separado de sus bestias durante el período del drama.

—Pues bien—le repuse—, ¿continúas persuadido de que Hubert es el autor del crimen?

—Y tú—me replicó—¿sigues convencido de lo contrario?

Le respondí que por el momento era imposible afirmar ni negar su complicidad. Entonces me lanzó en tono de desaliento, sin duda excusable, pero que me *desgarró el corazón*:

—En fin, ¿sabes o no dónde está Odette?

—Si lo supiera, estaría ya aquí.

Me miró como a un enemigo, cerró los puños y se libró de mí como de persona cuya presencia se ha hecho ya insoportable.

En este pasaje del cuaderno hay una media docena de líneas muy tachadas, como si se hubiera querido que nada quedase de ellas. Sin embargo, puede adivinarse más que distinguir, bajo la capa de la tachadura, tres palabras que hemos ya destacado: *querida, adorada Odette*, y a continuación de estas líneas tachadas, la siguiente reflexión:

«Tengo aquí muchos enemigos, y el peor acaba de presentarse; ¡es la sospecha!, la sospecha que primero me espiaba de lejos y acaba de cernerse sobre mí con sus ojos helados, incapaces de reflejar por muy abiertos que estén, sobre los objetos exteriores más que la misma sospecha que los anima...»

Pero yo he reparado en otras... No nos impresionemos... No es el momento de...

Rouletabille pensó con lógica que si Calixta había de volver a la choza de la vieja Zina para recoger sus vestidos, no se arriesgaría a tales andanzas sino de noche. Y he aquí lo que relata el cuaderno en punto a este acecho:

Serían las diez cuando Calixta, en traje de bohemia, apareció en la senda que va a la guarida de la bruja. Se la reconocía perfectamente a pesar de sus pingajos. Tenía aquel aire de reina ultrajada que solía tomar en París, cuando Juan o uno de sus amigos se permitían tratarla con negligente familiaridad... Ya cerca de la roca, mansión de la Zina, se volvió bruscamente... la luz de la luna dió de lleno en su rostro, visiblemente irritado.

En alta voz, «de nuevo tú, Andrés»—dijo. Pero no fué Andrés, sino una silueta femenina lo que se dejó ver en el sendero.

Calixta fué a hundirse en la maleza, pero no tuvo tiempo; la recién llegada habló y Calixta quedó inmóvil y estupefacta.

Oí que dijo:

—Señora de Meyrens.

Era, en efecto, *El Pulpo* la que se acercaba.

—¿Cómo usted aquí?—preguntó anhelante Calixta—, ¿qué le trae?

—Verla a usted—respondió la señora de Meyrens—. ¡Ah!, no sabe usted la que la he buscado. Olajai es el que ha poco me dijo que podría quizás hallarla a usted en la choza de Zina, y me guió hasta aquí...

—¡Olajai!—susurró Calixta furiosa—; ¿dónde está? Es preciso que le hable.

—¡Oh!, no le verá usted más en Camargue; no quiere arriesgarse a sufrir su cólera. Pero yo le he prometido que apaciguaría a usted... Calixta, ¿somos o no somos dos buenas amigas?

Dicho esto, penetran ambas en la cabaña de Zina. A los diez minutos salen, puestas, al parecer, de perfecto acuerdo. Calixta llevaba en las manos un lío (supuse que era su ropa).

La bohemia iba diciendo a *El Pulpo*:

—No... no me pregunte usted más... Ya nos volveremos a ver. Por ahora le he dicho cuanto podía decirle. Esté ya para siempre tranquila como lo estoy yo: *ni su Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette*.

—Yo no puedo tranquilizarme—expuso ferozmente *El Pulpo*—, si usted no me dice que esa mujer acabó.

Entonces Calixta levantó los hombros y repuso con siniestra mofa:

—La digo a usted que nadie la verá ya más.

Ambas callaron. En cuanto me percaté del silencio en la senda, di un brinco y penetré en la cueva, desierta completamente. Ni el osezno siquiera estaba. Densa obscuridad reinaba allí dentro; afortunadamente, me traje la linterna, y a su luz me dediqué a minuciosas pesquisas, que no pude realizar en mi primera visita, malograda por extraño ruido que vino de fuera.

Calixta, tal como yo lo supuse, se había llevado su

ropa. Lo que yo perseguía no era precisamente este o el otro objeto, sino la huella del drama mortífero quizás allí desarrollado. Las últimas palabras oídas de la propia boca de Calixta me llenaron el corazón de espanto. Todo podía esperarse de una mujer de tal fuste: «*Ni Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette*.»

No me costó gran trabajo ¡ay! hallar en torno mío huellas de la lucha, de la resistencia indudable y hasta desesperada repentinamente fenecida. Como andaba a gatas, cerca del hogar mi mano se mojó en un pequeño charco obscuro, rielante a la luz de mi lámpara. Sangre, y en el charco de sangre un cuchillo. ¡Habían matado a Odette!

¡Ah! Entonces no pude contener un grito de rabia y fuertes sollozos conmovieron mi pecho.

Pero de pronto rompí a reír a carcajadas salvajes, insensatas... Lo que tomé por sangre era sencillamente tinta.

Y descubrí, además, junto al taburete volcado, un tintero roto y una pluma vieja hecha trizas... Ahora comprendía el intencionado silencio de Calixta como contestación a algunas preguntas de *El Pulpo*..., y salté de alegría. No, no; nada había perdido. No había sangre en el suelo y el cuchillo estaba sólo empapado en tinta. Y de haber matado a Odette, ningún sitio más propicio que aquél, pues les ofrecía cuanto necesitaban: el cuchillo y el silencio.

¡Ah! ¡La valiente Odette! ¿Qué intentaron que escribiera? ¿Y que firmara? Pero no se veía rastro de sangre en

parte alguna. No la transportaron, pues, cadáver a la carretera cuyas huellas vi cerca de la choza y reaparecen uniendo la carretera de Arlés con Santas Marías, en donde se esfuman confundidas con las de otros cien carromatos en dirección a los cuatro puntos cardinales del planeta. ¿He hecho bien o he hecho mal en no espolear a los magistrados a husmear de todos los bohemios procedentes de Santas Marías? ¿Quién ponderará nunca bastante el espanto de tal responsabilidad? Pero ¿no equivalía esto a advertir a los fugitivos que su crimen se había descubierto, cuando lo conveniente era sorprenderlos? Con su astucia milenaria, apelarían a sus inagotables recursos para no entregarnos a Odette. ¿No debí tener en cuenta que el golpe se dió, sin duda, horas antes de nuestra llegada a Lavardens, y que esos miserables, por tanto, dispusieron de sobrado tiempo para urdir la coartada? No, no. Razón tuve para no entregarme a una problemática persecución, indudablemente prevista por los raptos. Por Calixta debía recuperar a Odette *si aún había tiempo*. Y lo había, pues vivía Odette. Pero Calixta se esforzó cuanto pudo en hacer creer a *El Pulpo* en su muerte. ¡Ah! ¡*El Pulpo*!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPITULO XIII Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

EXPLICACIONES

TRANSPORTADO de júbilo, que quiso al punto comunicar a Juan, Rouletabille se apresuró a ir al castillo. Halló a su amigo allí, echado en un canapé, durmiendo, vestido, agitado sueño en constante pesadilla.

Se despertó bruscamente.

—¡Odette vive!, estoy de ello seguro.

Juan le miró huraño.

—Si de ello estás tan seguro, ¿por qué no nos la traes? Rouletabille oyó la frase sin inmutarse; se sentó al lado de Juan y, asíéndole de las manos, le dijo:

—Veo que las palabras de Hubert te impresionaron mucho ayer tarde. Ahora, ya no es Hubert el miserable, *sino yo*. Vamos, Juan, mírame y dime todo lo que encierra tu corazón.

Juan no pudo contener las lágrimas.

—Perdí la cabeza, es cierto—repuso—; perdóname, ya

parte alguna. No la transportaron, pues, cadáver a la carretera cuyas huellas vi cerca de la choza y reaparecen uniendo la carretera de Arlés con Santas Marías, en donde se esfuman confundidas con las de otros cien carromatos en dirección a los cuatro puntos cardinales del planeta. ¿He hecho bien o he hecho mal en no espolear a los magistrados a husmear de todos los bohemios procedentes de Santas Marías? ¿Quién ponderará nunca bastante el espanto de tal responsabilidad? Pero ¿no equivalía esto a advertir a los fugitivos que su crimen se había descubierto, cuando lo conveniente era sorprenderlos? Con su astucia milenaria, apelarían a sus inagotables recursos para no entregarnos a Odette. ¿No debí tener en cuenta que el golpe se dió, sin duda, horas antes de nuestra llegada a Lavardens, y que esos miserables, por tanto, dispusieron de sobrado tiempo para urdir la coartada? No, no. Razón tuve para no entregarme a una problemática persecución, indudablemente prevista por los raptos. Por Calixta debía recuperar a Odette *si aún había tiempo*. Y lo había, pues vivía Odette. Pero Calixta se esforzó cuanto pudo en hacer creer a *El Pulpo* en su muerte. ¡Ah! ¡*El Pulpo*!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPITULO XIII Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

EXPLICACIONES

TRANSPORTADO de júbilo, que quiso al punto comunicar a Juan, Rouletabille se apresuró a ir al castillo. Halló a su amigo allí, echado en un canapé, durmiendo, vestido, agitado sueño en constante pesadilla.

Se despertó bruscamente.

—¡Odette vive!, estoy de ello seguro.

Juan le miró huraño.

—Si de ello estás tan seguro, ¿por qué no nos la traes? Rouletabille oyó la frase sin inmutarse; se sentó al lado de Juan y, asíéndole de las manos, le dijo:

—Veo que las palabras de Hubert te impresionaron mucho ayer tarde. Ahora, ya no es Hubert el miserable, *sino yo*. Vamos, Juan, mírame y dime todo lo que encierra tu corazón.

Juan no pudo contener las lágrimas.

—Perdí la cabeza, es cierto—repuso—; perdóname, ya

no sé adónde volverme; me circuye el desastre... no creo ya en nada.

—¿Sigues creyendo en el amor?

—Sufro demasiado para no creer en él—respondió el desgraciado Juan.

—¿Pero dudas de la amistad?—preguntó en voz baja Rouletabille.

—Te pido perdón—repitió Juan ocultando el rostro con las manos.

—Vamos, vamos, Juan; sé que desde nuestro último viaje a Lavardens, abrigas contra mí un mal pensamiento, mal pensamiento que has intentado arrojar, pero que no se fué enteramente. Y voy a decirte por qué no se fué enteramente. Un día en París, al despedirme de ti y de Calixta, oí, pues tengo el oído muy fino, lo que me ahorra en ocasiones el trabajo de escuchar por las rendijas, que Calixta te decía: «Está visto que no puedes ir a Camargue sin que te acompañe Rouletabille. He ahí un país realmente encantador para los jóvenes.»

—Cierto—declaró Juan—. Calixta no te ha querido nunca, y no ha perdonado medio ni ocasión para separarme de ti... Te juro que no lo ha logrado... ¡abracémonos!

Se abrazaron efusivamente.

—Ahora—exclamó Juan suspirando—, dime lo que sepas de Odette.

Rouletabille le contó entonces el descubrimiento de la choza, su último ojeo y la conversación que sorprendió en labios de Calixta y *El Pulpo*.

—¡*El Pulpo!*, ¡a todas horas *El Pulpo!*—exclamó Juan—. ¡Dios mío!, ¡tanto como te previne! ¡Y conocía a Calixta! Ambas debían de entenderse en contra nuestra ya en París.

—Es muy probable, en efecto—expuso calmoso Rouletabille—, que Calixta, maestra en el arte de despertar celos...

—¡Ah!, no hablemos de esto—suspiró Juan—. Sólo te pido que de hoy en adelante detestes a la señora de Meyrens como yo odio a Calixta, y así andaremos mejor los dos, te lo aseguro... Entonces, pues, ¿las seguiste?

—No.

—¡No seguiste a Calixta!—exclamó Juan.

—No; porque sé dónde hallarla—respondió el repórter—. Después de oír aquellas palabras, ¿no interesaba, ante todo, saber si Odette vivía o había muerto?

—¿Y la choza te reveló esto?

—Esto y otras muchas cosas.

—Pero en fin, si te entiendo bien, la prueba de la existencia de Odette me parece muy precaria. Pudieron llevarse para matarla en otra parte.

—¿En dónde?—preguntó Rouletabille obligando a sentarse a Juan, que se había levantado con los ojos agrandados por visiones de horror—. ¿En dónde? Pero ¿no dices que se la llevaron en un carronato?

—Y lo repito. Primero e inmediatamente después del atentado se la llevaron en un auto, y precisamente para despistar; los bohemios que acuden a Santas Marías no

acostumbran a viajar en auto... ¡Del auto se llevaron a Odette a la choza y de la choza la trasladaron a una carreta!...

— Te comprendo bien; pero escúchame a la vez, Rouletabille... ¿No dijiste que esta carreta, según las huellas, siguió el derrotero de Arlés a Santas Marías, y precisamente en la noche en que esta raza maldita celebraba la fiesta de Santa Sara?

—¿Un crimen ritual?—repuso muy tranquilo el repórter.

—¿No viste como yo al viejo Alari? No se sabe lo que ocurre en la cripta en esta abominable noche...

—Cálmate, te lo ruego; en este orden de ideas he pensado, en efecto, que todo era posible...; así, lo primero que hice en Camargue fué cerciorarme de que no había por qué tomar en cuenta tan horrible hipótesis...

—Y tú, ¿sabes lo que ha ocurrido en la cripta? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Pero ¿cómo? ¿No has dicho tú mismo que el hecho de aparecer en Santas Marías te ponía en trance de no salir de allí?

—Sí; pero yo no he parecido por allí, querido Juan. Basta a veces que se me crea muy lejos cuando estoy cerca, muy cerca... ¡Confiemos en que muy pronto estaré cerca de Odette!...—añadió con amable sonrisa y despidiéndose de Juan.

—Pero ¿adónde vas? Te acompaño.

—No; duerme, que ya hace cuarenta y ocho horas que no duermes.

—¿Y tú podrías decirme cuánto has dormido en tres días?

—Pero, querido, si he dormido a mi placer. Aquí, un cuarto de hora; allá, media hora... Ya sabes que esto es mi costumbre.

—Mientes, Rouletabille: no has pegado los ojos.

—Pues bien, ello es cierto. Hasta ahora «no me he estirado a mis anchas»; pero vas a ver cómo conservo todo mi buen humor. Ese bueno de Crousillat y su epiléptico escribano el señor de Bartholasse no saben los pobres a qué atenerse... Vamos a reirnos y a divertirnos un rato.

—Déjame ir contigo, Rouletabille.

—No—replicó el repórter—. Quiero que permanezcas en *Viei-Caston-Nou*, o al menos que no te alejes, porque...

—¿Por qué?

—Porque es preciso que se sepa dónde podré hallar...

—¿Quién?

—Uno que te traerá seguramente noticias de Odette...

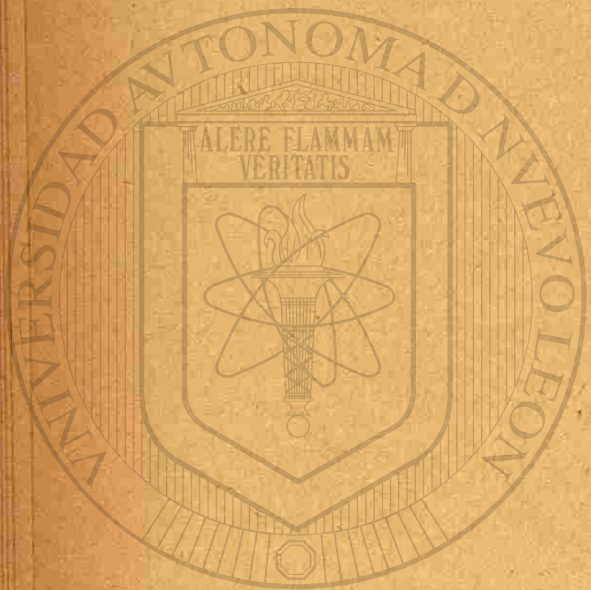
—Pero ¿eres brujo?

—Quizás... Adiós, Juan...

Juan le detuvo aún asiéndole de la chaqueta:

—Pero, en fin, a mí, Reuletabille, a mí, si realmente sabes quién es el asesino, bien puedes revelarme su nombre.

El repórter, tras un momento de fluctuación, se acercó a Sautierne y le murmuró al oído unas palabras, y a continuación huyó, dejando a Juan completamente abobado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XIV

EL SUEÑO DEL GENDARME

Complicidad? He aquí la palabra que iba masculando Rouletabille, cuando se vió en la propiedad de Hubert, escalado el muro que separaba al *Vie-Caston-Nou* de la «Cabaña», pues los magistrados habían condenado el postigo. Hasta este momento no había perdido un solo minuto, apresurado en realizar cuanto juzgaba de mayor urgencia. Pero al cabo de una hora pensó que una indagación seria en la casa de Hubert, aunque éste fuera inocente, podría ser de gran provecho.

Además, tenía motivos para apresurarse. El juez de instrucción, señor de Crousillat, movido por su escribano Bartholasse, que execraba profundamente a Rouletabille en particular y en general a los periodistas, se había opuesto a que aquél entrase en la casa. Se había sellado la puerta de la casa, que había sugerido tantos cargos contra aquel Hubert, defendido por Rouletabille con asombro de todos... Además, el señor Crousillat ha-

bía apostado allí a dos gendarmes con orden de impedir a todo el mundo el acceso y de vigilar la casa...

Ya una vez Rouletabille había visto surgir a los dos cancerberos cerrándole el paso... Y no insistió. Quiso que se confiaran y aun avivasen la vigilancia. En fin... Aprovechó para entrar en casa de Hubert al amanecer, pues había observado que el gendarme de guardia en aquel momento cedía a la fatiga y al sueño. En una palabra, considerando propicia la coyuntura, husmeó la casa y, sin ser sorprendido, llegó a un respiradero por el cual se deslizó. Del respiradero saltó a un ventanuco y de aquí a un tragaluz, viéndose al cabo de cinco minutos no más en el despacho de Hubert.

A través de la puerta sellada percibió un ronquido sonoro y regular. Era el gendarme, allí de guardia.

Seguro de no ser estorbado, Rouletabille se puso a registrar los muebles con el tacto que ponía en todas sus cosas. Vació los cajones de una pequeña mesa de despacho y examinó detenidamente uno por uno todos los papeles que contenían. No descorazonó al repórter, sino todo lo contrario, el hecho de haber pasado por allí la justicia. Solía decir que ésta siempre le facilitaba la tarea dejando a su cargo cuanto podía importar al asunto en tramitación y reservándose ella lo demás.

Sin embargo, esta mañana no topaba con nada que concerniese directa o indirectamente a los acontecimientos que habían revuelto tan trágicamente aquel rincón de Camargue, y se preguntaba si no había completa-

mente malbaratado el tiempo, cuando columbró entre los libros alineados en muebles y estanterías un enorme volumen que le llamó la atención por su aspecto vistoso.

No era Hubert, ciertamente, un bibliófilo. Su biblioteca era bien pobre: se reducía a unas cuantas novelas de aventuras últimamente publicadas, a relatos de viajes y a algunas revistas de *sport*. La venerable obra, cuya encuadernación delataba abundantes estragos del tiempo, constituía una anomalía en aquel marco moderno, refugio de un arte a la vez pretencioso y simplista, que con harta frecuencia vemos en las casas de los jóvenes hechos a vivir en un ambiente de elegancia a la moda.

Daban cierta originalidad al aposento algunos objetos raros traídos de lejanos viajes, como carátulas de bronce, cuyo rictus salvaje sorprendía al visitante no prevenido; pieles de fieras que hacían pensar en grandes carcerías, compradas quizás en los bazares... Pero ¿cómo se hallaba este libraco en la mansión de Hubert? Rouletabille no dejó de interrogar al propio libro; lo manoseó y vio que parecía un antifonario sin serlo realmente. Al entreabrirlo cayó en el suelo, de entre las hojas, un cuchillo apuñalado. Rouletabille se inclinó, lo recogió y al punto comprendió que más que arma era un cortapapeles.

En realidad, el repórter comprobó que estaba cortada una página, o más bien arrancada del mismo sitio por donde el libro se abrió. La página faltaba; ¿con qué ob-

jeto se arrancó aquella página? Y, ante todo, ¿qué libro era éste? Los caracteres eran extraños, parecidos a los griegos, bizantinos o eslavos... Rouletabille reconoció algunas letras. Los vió muy semejantes en su último viaje a los Balkanes, pero no sabía leer una sola palabra completa y mucho menos descifrar el sentido.

Aquel libro encadenó su interés. Su valor debía de ser no escaso. ¿Por qué se le mutiló? ¿Y por qué se había estropeado la cubierta, que al tacto y a la vista ofrecía grandes hoyos?

Por lo pronto Rouletabille dejó estas mutilaciones a cargo del tiempo, si bien no se le escapó al examinar la obra de cerca que eran relativamente recientes.

El joven guardó en el bolsillo el cuchillo-puñal, puso una señal de papel donde se abrió el libro, luego lo cerró y miró la cubierta por arriba y por abajo. Prestamente dedujo que debió de haber tenido incrustadas piedras de alto valor, pues el libro era realmente suntuoso. Decoraban sus páginas magníficas iluminaciones y viñetas toscamente dibujadas, pero de efecto seductor, siendo, sin duda, por los coleccionistas muy apreciado el conjunto. Era, indudablemente, un libro *ritual*, pero faltaba por determinar a qué religión concernía.

De pronto, atrajo su atención un hoyo de la cubierta en que debió encajar o quedar montado el herraje de en medio y febrilmente rebuscó en uno de sus bolsillos interiores y sacó la joya que había hallado en casa de Odette y juzgó conveniente apropiarse. Esta joya, o más

bien el motivo central de este colgante, encajaba exactamente en el hueco del herraje del libraco.

El signo fatal, la cruz y la media luna, el *signo* sagrado de los bohemios, *cerró en otro tiempo el libro*.

—¡Uf!—dijo respirando con fuerza Rouletabille—, es muy posible que mi pábilo por la casa del señor de Lauriac no haya sido enteramente inútil.

Cinco minutos más tarde abandonaba *Lou-Cabanon*, dormido aún el gendarme.

En Arlés, el señor conservador de la biblioteca municipal, apenas llegó a su despacho y sin tiempo para sacar las gafas del estuche, vió que corría hacia él como un vendaval y jadeante un joven que traía bajo el brazo imponente envoltorio, del cual sacó, sin decir oste ni moste, uno de los más antiguos ejemplares de la bibliografía ortodoxa que en toda ocasión pasaron bajo la nariz de aquel honorable funcionario.

—Señor conservador—le dijo el joven—, he aquí un objeto que deseo someter a su sabio criterio. Nadie ignora su incomparable competencia, sobre todo tocante a lenguas orientales...

—Las leo todas—interrumpió modestamente el señor conservador—y hablo algunas...

—Pues bien; vea usted este mirlo blanco. Dígame usted lo que opina acerca de «mi pobre mamotreto».

El señor conservador no se dignó ni siquiera sonreír. Estaba ya en éxtasis.

Sus ojos, de par en par abiertos tras los gruesos cris-

tales; la carrera temblorosa de los recios dedos por la preciosa obra, todo delataba en él un entusiasmo que no por ser concentrado era menos inmenso.

—¿Es hermoso, hem?—dijo Rouletabille.

No obtuvo respuesta.

Ya podía hablar el repórter. El señor conservador no tenía oídos. Toda su vida se reconcentró en la mirada y en el tacto.

—Pues bien; le escucho—exclamó el repórter.

El señor conservador seguía leyendo. Había empezado por la primera página y acababa de «encetar» la segunda. Y no parecía dispuesto a saltar ni una soía línea.

Rouletabille se sentó decidido a revelar, por mucho que le costase, paciencia y buena voluntad... Sabía que los sabios tienen sus pequeñas manías, y, sobre todo, no toleran que se les atropelle.

Esperó, pues era forzoso esperar. Y más sabiendo que algunos de estos señores, bajo la máscara de infantil sencillez, suelen ocultar diabólica malicia y se burlan cuanto pueden y sin parecerlo de las entendederas de los demás.

Entretanto, el señor conservador, leída ya la segunda página, empezó la tercera. Entonces, Rouletabille se levantó muy tranquilamente, se acercó suavemente al señor conservador, sacó del bolsillo del chaleco su enorme reloj y lo colocó en la tercera página casi rozando con la nariz del señor bibliotecario.

El funcionario contempló un momento aquel cuadrante

cual si fuese una bestia monstruosa de especie enteramente desconocida, y luego levantó la cabeza, espetándole al joven sombría mirada de asombro y de inquieta interrogación. La mirada parecía decir: «¿Qué pretende este gahnápiro?» o «¿quién ha dado permiso a este señor para entrar aquí sin llamar?»

Rouletabille dirigió al sabio la más simpática de las miradas:

—Quiero advertirle, señor, que este libro tiene cuatrocientas páginas y le he enseñado mi reloj para recordarle que son las nueve y media de la mañana. ¿A qué hora confía, señor, acabar la lectura? Tengo varias cosas que hacer en la ciudad: ¿cuándo he de volver?

—Dentro de ocho días, señor; vuelva usted dentro de ocho días. Este libro es una maravilla, señor. Quiero leerlo y releerlo. Si fuera bastante rico para comprárselo, no lo vería usted más.

—Y si me perteneciese, señor, se lo regalaría a usted.

—Por esta galantería, señor mío, ¿qué desea usted de mí?

—¿Es un libro romanche? ¿No es eso?

—Veo que está usted informado. ¿Es usted acaso «de la partida»?

—No, señor—respondió Rouletabille, que por nada del mundo hubiera revelado su profesión de periodista a un funcionario, sabiendo que todos los funcionarios detestan naturalmente a todos los periodistas—; no, señor, pero yo he viajado mucho y he dicho al amigo que me

ha prestado este libro: puedo equivocarme, pero me parece que éste es un libro rom.

—¿Qué dijo su amigo?

—Que viniera a consultarle a usted, señor.

—Hizo bien. Pues sí, señor; este libro es muy antiguo y está escrito en la lengua tradicional de los gitanos... Vea usted lo que se lee apenas se abre. Leo en la cubierta esta frase curiosa.

—Traduzco—dijo el señor conservador afianzando los lentes:

Este es el libro de los antepasados. El que respete este libro, lo salve en caso de peligro, lo devuelva si se extravía, merecerá envidiable recompensa.

Y más abajo:

El que lo robe o lo destruya será castigado con pena de muerte.

—¡Demonio!—dijo Rouletabille—. Severos son los antepasados. Afortunadamente, murieron antes que el que los robó.

—¿Su amigo, pues, ha robado este libro?—preguntó el bibliotecario mirando a Rouletabille por encima de los cristales.

—¡Caramba! Se le olvidó decírmelo—replicó el repórter riendo de buena gana—; pero que esto quede entre nosotros, señor conservador: le creo muy capaz de ello.

—Tiene usted, señor, amigos muy singulares—murmuró el honorable funcionario pellizcándose los labios.

—Sepa usted, señor conservador, que mi amigo es un

empedernido bibliófilo y la bibliofilia permite excusar muchas cosas.

—Señor—exclamó el bibliotecario, rojo como la grana apenas oídos apotegmas tan peligrosos para la moral pública como para la privada—; señor, no creo que haya en Francia, ni quizás en Europa y hasta me atrevo a decir en todo el mundo, bibliófilo más empedernido que yo. Sin embargo, no he robado a nadie, señor.

—Y lo creo sin dificultad, señor. Tiene usted todas las cualidades de un hombre honrado. Y en cuanto a este libro, ya descubriré la incógnita... Ya me dirá mi amigo cómo ha ido a parar a sus manos la procedencia y si se lo ha apropiado honradamente. Y si no contesta decorosamente a estas preguntas, le amenazaré con denunciarle al procurador de la República, a no ser que...

—¿Cómo?

—A no ser que lo regale a la biblioteca de Arlés.

De pronto, la fisonomía del señor bibliotecario empezó a distenderse poco a poco hasta la sonrisa.

Tendió su zarpaza a Rouletabille, diciéndole:

—Es usted un hombre genial, señor.

—Y usted, otro—replicó el repórter sacudiéndole la mano con efusión afectuosa—; pero yo no soy un sabio, no lo soy; ¿puede decirme qué más hay en este libro?

—Textos sagrados, señor; enseñan los ritos usados en la consagración de ciudades, templos, altares, *acampamientos*.

Iba, conforme hablaba, volviendo las páginas.

—He aquí un capítulo que trata del arte de tomar los augurios, de interrogar al porvenir... La raza romancha ha gustado siempre mucho de este linaje de ejercicios... Este libro data seguramente de la época en que este pueblo nómada se estabilizó durante algunos siglos en el cercano Oriente... No me asombraría, por lo que puedo conjeturar a primera vista, que tengamos en la mano el libro ritual ortodoxo de los romanchos, que fugitivos de Asia se establecieron en Europa y cuyos descendientes fundaron el Patriarcado de Transbalkania...

—¡Lo que me está usted diciendo es muy interesante, señor conservador!

—¡Ah! Dios mío—exclamó de súbito el bibliotecario, como si acabase de recibir doloroso golpe en mitad del pecho.

—¿Qué ocurre, señor, qué pasa?

—¡Ay!, falta una piedra en este monumento, quiero decir, una página en este libro... ¿Qué vándalo, qué miserable ha arrancado esta página? Y es tanto más lamentable, señor, cuanto la falta de esta página interrumpe una curiosísima profecía, que acabo de leer en la página precedente...

—Una profecía—subrayó Rouletabille, dejando de bromear y cambiando de pronto el semblante, como si repentina idea hubiese pasado por su cerebro constantemente en brega—; ¿podría usted traducirme el texto auténtico de esta profecía?

—Así dice lo más fielmente traducido:

«Tiempo vendrá en que nacerá para la raza una reina, que llevará sobre la parte izquierda de la espalda la señal de la corona...»

«Nacerá esta niña de una bohemia y de un extranjero...»

«Y en su reinado, la raza recuperará la antigua prosperidad.»

A medida que el bibliotecario iba leyendo, el rostro de Rouletabille se iluminaba con sorprendente fulgor... Ya el repórter, antes que el señor conservador acabase de leer la última palabra de la profecía, a duras penas dominaba su emoción...

—¡Ah! Ahora comprendo, ahora—exclamó.

Y con gestos insensatos sacudía la gorra.

—¿Se vuelve usted loco?—preguntó el conservador—. Creo que usted lo entiende, pues yo lo traduzco.

—¡Ah, señor!, no sólo comprendo esto, sino que comprendo también cosas que antes no comprendía.

—Pues yo no le comprendo a usted.

—Sepa usted, señor conservador, *que ahora comprendo por qué fui saqueado...*

Y sin más preámbulos, Rouletabille arrancó el precioso libro de las garras del bibliotecario. Este, despavorido y sobresaltado, exclamó:

—¿Pero ha sido usted saqueado, usted?

—Quiere usted decir que más bien soy yo el que tiene fama de salteador. Pues bien: voy a llevar este libro donde me lo encontré. Quema... quema... No me avengo a sufrir la muerte decretada por los antepasados, no.

Y Rouletabille escapó más que de prisa, volando. Y no sabiendo ni lo que hacía ni lo que decía, el señor conservador levantó los brazos desesperado y gimió:

— ¡Al ladrón!

Le pareció, en efecto, que se le acababa de robar. Aquella maravilla, tan pronto vista como desaparecida, le dejó desconcertado. Lamentaba haber dejado escapar aquella obra magistral, *si bien no le pertenecía*. El señor bibliotecario comprendía ahora todos los crímenes.

Una hora después, Rouletabille estaba ya en *Lou Cabanon* sin más tropiezos a la vuelta que a la ida. Colocó el *Libro de los Antepasados* en el mismo sitio donde lo había descubierto, metido previamente con sumo cuidado el cuchillo de forma de puñal o cortapapeles en la página indicada por la señal que puso, y ahora omitió. Y ya libre de aquella carga murmuró, henchida la frente de hirvientes pensamientos:

— Sí, este libro quema... este libro es la clave de todo, de él viene todo, todo ocurre por él. Hacia él se vuelven todos los gestos, y en torno suyo giran sin saberlo Hubert, Juan, Odette, Calixta, Olajai, Rouletabille y hasta *El Pulpo*. Este libro sabe más, mucho más que todos nosotros. ¡Y hablará! ¡El me dirá si Hubert es cómplice de Calixta! Este libro es una desdicha y quizás nos haya salvado.

Después de este conciso monólogo, Rouletabille salió del despacho filtrándose por la claraboya, de la claraboya se escurrió a la repostería, de la repostería...

Entretanto, el gendarme en el pasillo seguía roncando.

CAPITULO XV

LA INFORMACIÓN DEL GENDARME

El gendarme no tardó, sin duda, en despertar, pues momentos después, y no lejos de allí, se vió en el campo a este honorable representante de la justicia interrogando a un pastorcillo. Se quería saber del pastorcillo lo que le había dicho el gendarme. El gendarme le había preguntado si había visto al clarear el día a una bohemia salir del bosque y dirigirse a un sotillo de tamarindos que bordean la carretera de Arlés a Lavardens. El pastorcillo contestó:

— Me hallaba yo a la sombra de los tamarindos. La bohemia vino allí y se entrevistó con un bohemio que hacía poco rondaba por el contorno. Hablaron unos minutos, y luego la bohemia se marchó, diciendo:

— A las tres de la tarde en la Roche d'Ozoul.

Allá arriba, el gendarme se despidió del pastorcillo, diciendo:

— Perfectamente: esto marcha.

Sin duda, el gendarme realizaba una indagación decretada por el juez, pues se le vió media hora después en Arlés ir preguntando a gentes que charlaban en el dintel de las puertas. En fin, a mediodía, se presentó en el despacho del notario señor Camousse.

La notaría del señor Camousse era sin disputa la primera de la ciudad. De padres a hijos, los Camousses fueron extendiendo las actas de matrimonio y habían redactado los testamentos de las más encopetadas familias de la región. De honorabilidad en cierto modo hereditaria, los Camousses pasaron a sus cajas fortunas considerables, de las que fueron largo tiempo fieles depositarios. En fin, se les confió secretos de familia, y su conciencia fué, por lo menos, tan fiel como sus cajas de caudales. Los Camousses vinieron siendo durante más de un siglo notarios de Lavardens.

—*Me trae el asunto de Lavardens...*—expuso en seguida el cabo de gendarmes interponiendo su puño entre la puerta y el cerco en el preciso momento en que ya estaba el pasante cerrando el despacho.

A esa hora ya no quedaba en la primera sala más que los amanuenses, los cuales, suspendiendo el trabajo, se disponían a almorzar.

—¡Atíza! Otro cabo...—exclamó el pasante, abriendo la puerta a pesar de las protestas del personal.

Pero los escribientes al ver un gendarme se callaron y esperaron los acontecimientos.

—*Queguido tonante*—dijo el gendarme al oficial—, ve

a buscarme a tu *guese* y no te *vayas aggastrando como un cagacol*.

El pasante contestó que el señor Camousse iba a almorzar, pero que el primer pasante o pasante liquidador estaba aún allí y podían despacharle.

—*¿Qué's aço? (¿qué es esto?). Yo no te exigo tantaz cossaz: quiero veg al propio señor Camousse en presona y con mayog gapidez, hem...*

En este momento, el señor Camousse, hombre respetable, frisando en los cuarenta, cuya faz rubicunda encuadraban patillas de pimienta salpicada de sal, salió de su gabinete, pidió explicaciones y ordenó que el gendarme pasase al despacho.

—*Me envía el seeñoor juuez de instrucciónn.*

—¿El juez de instrucción? repitió el notario estupefacto.

—Sí, el propio señor Crousillat, que está de trabajo hasta la coronilla con esta historia de Lavardensse, y me ha encargado que le ayude en la sumaria, y a este efecto le pregunte a usted algunas cosillas...

—Le escucho a usted, cabo. Ruégole se siente.

—Pues se trata de esto... ¡Me trae el asunto de Lavardensse, hem! El señor juez desea saber en qué fecha el señor de Lavardensse contrajo matrimonio... Usted puede decírmelo... hem, me parece... ¿No ve usted en ello inconveniente?

—Señor, yo no puedo negar nada a la justicia de mi país: constituye para mí un deber ayudarle en la medida

de mis recursos; si puedo serles útil en algo y, naturalmente, siempre que no se me pida que viole el secreto profesional...

—*Mu justo, mu justo...* Dise usted biennn...

—Usted, cabo, ha debido de aprender a hablar en el Rosellón, si no me propaso...

—Señog notaguío, no se le escapa nada... Lo ha adivinado usted. Yo nasí en los alrededores de Perpiñán, para servir a usted. En cuanto al secreto profesional... como gendarme sé bienn lo qu'es, y no seré yo quien le pida jamás que *traisione* una *coosa* que me atrevo a desir tie-ne cagácter sagrado!

—Le digo esto, brigadier, porque no ha más de una hora se ha presentado en mi despacho un joven que me ha hecho precisamente preguntas que me ponían en trance de olvidar mis deberes...

—Ah, sí... ¿un joven?

—Sí, y que se decía periodista...; su nombre es Rouletabille.

—¡Rouletabille! ¿Ha venido Rouletabille y le ha hecho prrreguntas?

—Me atrevería a decir completamente indiscretas.

—Seguramente usted lo habrá barrido hacia la calle...

—Casi, pues sabe usted que en nuestra profesión se guardan siempre las formas. ¡Ah!, es un muchacho que no carece de chispa. Y se cree célebre. Nunca, sin embargo, oi hablar de él.

—¿No lee usted, *puues*, nunca diarios?

—Lo menos que puedo. Vea usted, cabo: o no traen nada o traen algo. Si no traen nada, no vale la pena leerlos, y cuando traen algo, siempre son relatos de crímenes y de catástrofes, esto es, cosas desagradables, que es preferible ignorar el mayor tiempo posible... pero usted debe de conocer a ese Roule... Rouletabille.

—¡Ah!, señor notario, si le conozco... Si es una plaga ese... ese periodista. El señor Crousillat huye de él como de la peste... Y a mí, a mí no me deja un instante. Acecha todos mis pasos. Apuesto que ha venido a hablar *aserca* de este asunto de Lavardensse...

—Ha ganado usted, cabo; pero él... él ha perdido completamente el tiempo.

—El señor Crousillat se alegrará mucho cuando le cuente todo esto. Decíamos, pues, que el señor de Lavardensse contrajo matrimonio...

—Aguarde—dijo el notario compulsando unos legajos—; aquí está la copia del acta matrimonial archivada en el Consulado de Francia en Odessa; puede usted copiarla...

—Justo: no es lo que me han dicho. Se casó en Odessa con una joven francesa, de la que tenía una hija, que legitimó por subsiguiente matrimonio...

—¡Cuidado! Rozamos ya el secreto profesional, brigadier. Razonablemente no puedo negar a la justicia de mi país el conocimiento de una pieza que le sería ahora quizás difícil procurarse.

—Sí, está muy *leejos* Odessa, y además están allí los bolcheviques...

—Usted comprenderá que no es preciso que todo el mundo sepa que la señorita de Lavardens nació antes del casamiento de su madre...

—Eso está bien, y no tema usted; no seré yo quien se lo vaya a decir a Rouletabille...

—Usted me ha entendido, brigadier.

—No es que quiera *alatabarme*, pero todo el mundo está de acuerdo en decir que tengo mucho talento... Ahora... otra cosa... ¿Tiene usted quizás, ¡hem!, copia del acta del nacimiento de la niña?

—No, Dios mío—respondió el señor Camousse frunciendo el ceño y cerrando la carpeta.

—¿No está ahí, hem?

—No está, no.

—Es un contratiempo, pues los datos del lugar del nacimiento de la niña, como ha debido usted de advertir, dicen muy poco en cuanto al azto de la legitimación... y si tuviésemos copia del acta de nacimiento, quizás...

—¿Qué?—preguntó el notario, que nervioso golpeaba ya la mesa del despacho...

—Pues... que nos sería fácil en ese caso acallar malas lenguas...

—¿Qué malas lenguas?

—¡Ah!, las que dicen, por ejemplo, que esta francesa no era la verdadera madre de Odette...

—Señor—exclamó el notario levantándose—, nunca he

oído decir tal cosa. Y me complacería saber de qué labios lo ha oído usted.

—¡Ah!, pues de labios de alguno tan curioso como usted, seguramente. De labios del mismo juez, y traigo el encargo de parte de este honorable magistrado (que está convencido, entre paréntesis, de que usted sabe completamente a qué atenerse en los asuntos de allí arriba) de preguntarle si la señorita de Lavardens es realmente hija de la señora de Lavardemense.

—Y el señor juez de instrucción—exclamó el señor Camousse enrojecido—¿le ha encargado que me pregunte esto?

—Se lo juro por mis galones.

—Y yo también le juro que si hubiera sido el señor Crousillat y hubiera de preguntar al señor Camousse tales cosas, hubiera citado al señor Camousse en mi despacho y mantenido con él una conversación de magistrado a magistrado y nunca se me hubiera ocurrido enviar a un cabo de gendarmes... Por lo demás, voy en seguida—expuso el notario calándose el sombrero.

—¿Dónde, pues, va usted?

—Con usted a casa del señor juez de instrucción.

—¡Ejem! Iré mejor solo... no se interrumpa usted. ¡Dios mío, cómo se sube usted, cómo se sube! ¡Ni el humo! Le pregunto y se *safa* usted de contestarme; ¡qué diablos!, el secreto profesional ante todo. ¡Que no haya dicho más, santo *sielol*...

Pero hiciera o hablara lo que quisiera el gendarme, el

señor Camousse se empeñó en seguirle hasta la casa del señor Crousillat. Bajó tan de prisa como él la escalera y fué tan de prisa como él por las calles. Apenas llegaron, el cabo consultó su reloj, su inmenso reloj, y expuso que tenía que evacuar urgentemente una diligencia y por ello dejar que el señor Camousse fuera solo a casa del juez. Ya había dado unos pasos aceleradamente, cuando dos agentes vestidos de paisano surgieron de repente y se echaron sobre el gendarme gritando:

—No se resista y síganos de grado.

—¿Quiénes son ustedes?—espeté el notario a los dos agentes.

—Somos guardias de Seguridad, señor Camousse, y tenemos el encargo de detener al señor Rouletabille.

—¿Cómo?, ¿a este gendarme?

—Sí es Rouletabille...

El señor Camousse, todo sofocado, hubo de apoyarse en el muro para no rodar por el suelo. Se le oyó susurrar:

—Este es, ciertamente, el mayor acontecimiento de mi vida.

En esto, por todas partes venían corriendo los curiosos para ver pasar al gendarme, detenido por los dos agentes.

Y ¡qué cara ponía Rouletabille!

Realmente esta última escena de la comedia que acababa de representar con tal desenvoltura, no figuraba en el programa. De pronto perdió el acento de Rosellón y

preguntó con la pronunciación ligada y glotal de los vecinos del barrio de Poissonnière:

—¿Me llevan ustedes a la Comisaría?

—No, joven; le llevamos a usted a presencia del señor Crousillat.

—¡Ahl, bueno, me tranquilizo—expuso Rouletabille—; entonces vamos al café.

Todos, agentes y la muchedumbre que les seguía se echaron a reír. El señor Crousillat, seguramente el juez más entero de Francia y de Navarra, al menos por la corpulencia, era célebre por su sed insaciable; el menor esfuerzo físico y hasta intelectual le bañaba en sudor; así se le veía con frecuencia proseguir los sumarios en las terrazas de las cervecerías, entre dos dobles muy frescos y rebosantes. Por lo demás, esta conducta ponía de un humor de mil diablos a su escribano el diminuto Bartholasse, delgado y amarillo como el limón, cuyo estómago delicado sólo toleraba la manzanilla familiar.

Como este final de aventura esparcía al fin y al cabo no poca alegría en torno de Rouletabille, y el periodista era un carácter poco propenso a formar rancho aparte, púsose en seguida al unísono y se echó también a reír. En resumidas cuentas; ¿no había logrado lo que quería? ¿lo que quería saber? ¿Podía decirle más el señor Camousse, y no le había informado suficientemente la emoción que no pudo disimular el notario cuando el falso gendarme le preguntó finalmente con brutal intención: ¿la señorita Odette de Lavardens es realmente la hija del

señor de Lavardens? En todo caso, la actitud del notario de la familia daba ahora a Rouletabille margen para figurarse no pocas cosas después de la lectura o, mejor dicho, de la traducción que se le hizo del libro de los Antepasados y comprobaba la amplitud del drama, cuyo protagonista era la señorita Odette, amplitud sólo por él entrevista.

CAPITULO XVI

ROULETABILLE CUENTA HISTORIAS

ESTARÁN echando fuego el juez y el escribano?—preguntó a los agentes.

—Reconozca usted, señor Rouletabille, que hay motivos para ello—respondió uno de ellos.

—El que está más rabioso aún es *Lou Fineto*—expuso el otro—; chilla como un diablo.

—¡Ah! ¡Conque *Lou Fineto* chilla como un diablo! Y ¿quién es *Lou Fineto*, amigo?

—Es un apodo que se gasta aquí, como si dijéramos *Camiseta*, y que se ha dado al gendarme aligerado tan prestamente por usted de túnica y kepis.

—Se había hecho con el kepis y la túnica tan blanda, tan muelle almohada este bueno de *Camiseta*! repuso Rouletabille recuperando todo su buen humor—, que tuvo remordimientos al ir a quitárselos, lo cual hice con el mayor cuidado posible para no interrumpir su ensueño; pero ¿qué quieran ustedes? Los negocios son los ne-

gocios. ¿Por qué se despertó tan pronto *Camiseta*? Suya es toda la culpa. Si llega a dormir una hora más, se encuentra con la almohada devuelta y ni siquiera se hubiera dado cuenta. Y ahora, el bueno de *Camiseta* vocifera! Pues bien, cuando acabe de chillar se callará. Seguramente no piensa en condenarme a trabajos forzados para toda la vida.

—¡Oh!, señor Rouletabille, no crea usted que va a salir así como así de este asunto... Es grave *sustraer* un uniforme de gendarme.

—Sepa usted, buen amigo, que nada hay grave en la vida—contestó filosóficamente Rouletabille—, nada grave en la vida, más que la muerte... Y no nos damos cuenta.

Platicando sobre el trance, llegó el tropel al despacho del señor Crousillat, establecido, como previó el repórter, en una fresca terraza de café, en la cual se distraían los señores togados murmurando injurias contra la prensa en general y contra Rouletabille especialmente, cuando éste apareció encuadrado como es sabido.

—Helo aquí—exclamó hostil el diminuto Bartholasse, mientras volaban todos sus papeles, que tenía expuestos sobre un velador de cinc.

—¡Ah! ¡Usted aquí, usted!—aulló el señor Crousillat después de apurar lentamente el doble que acababan de servirle.

—¡Así parece, sí!... Aquí está el coco—repuso Rouletabille con modesta sonrisa—. ¿Cómo va eso esta maña-

na, señor Crousillat? ¿Y usted, señor Bartholasse? ¡Este querido Bartholasse! Leo en su cara que se equivocó usted anoche al comer ya con champagne...

El escribano sufrió como un amago de epilepsia... Su altura de hacecillo le obligó a erguirse sobre la punta de los pies para meter sus puños por las narices del repórter, pronosticándole desastroso fin.

—¿Ha avisado usted a Deibler, el verdugo?—preguntó tranquilamente Rouletabille.

Entonces oyéronse gritos de cólera y vióse aparecer en la ventana de la cervecería a un hombre en mangas de camisa que literalmente babeaba de ira.

—¡Ah! ¡si es el bueno de *Camiseta*! Sólo faltaba él en esta fiestecita... ¡pero sí, sí! Comprendo perfectamente que usted no esté satisfecho. Dispénsame usted, señor *Camiseta*. Por lo demás, haría muy mal en no reconocer mis yerros! Lo que he hecho no está bien y le prometo, señor juez, no reincidir en la vida. No soy testarudo, no... Ciertamente me he propasado, sí; me he propasado..., lo exige la profesión...

—¿Sabe usted adónde le llevará esa profesión u oficio?

—Sí, señor juez... A impedir que haga usted una tontería.

—¡Señor!

—Le pido, señor, perdón... no he querido, no, faltarle al respeto. Quise decir que mi profesión, de la cual tiene usted tan mala opinión, puede quizás impedir que cometa usted un error, y tratándose de la cabeza de un hom-

bre, a trueque de salvarla, ¿no es eso?, vale la pena de perdonar al pobre Rouletabille la mala pasada que jugó al bueno de *Camiseta*!

—¡Oh, señor mío!, no me conmoverá usted, y le digo a mi vez que su profesión, por lo pronto, le lleva a la cárcel y a prisión correccional después...

—Bueno—repuso tranquilamente el repórter—, veo que esto es ya monomanía... no insisto... Mozo, un bock. Y se sentó.

—Le han de matar—dijo la voz de carraca del señor Bartholasse.

—A usted, buen amigo—expuso Rouletabille mirándole con frío talante—. Hay que proceder con tacto. Tiene usted todas las características del asesino. En cuanto a usted, señor Crousillat, que *es aquí el más razonable*, pues a la postre, con los puños de que la generosa naturaleza le ha dotado, si abrigase en el corazón la cuarta parte de rabia que ahoga al señor Bartholasse, hubiese saludado mi llegada con un capón, y ya no quedaría más problema que el de escribir mi epitafio... Es usted bueno, como generalmente lo son los hombres corpulentos. A usted, pues, quiero contar esta historieta.

»Nuestra profesión, si es útil, como me comprometo a demostrárselo antes que Febo termine su carrera, no es siempre divertida; pero en lo posible, cuando se ofrece coyuntura, tratamos de hacerla chusca. Es chusca, por ejemplo, cuando cometido un asesinato en una casa y habiendo jurado el portero no decir una palabra a los

periodistas, nos presentamos como ganchos o espías de la prefectura, o fingimos que somos guardias de Seguridad, y obtenemos de las doncellas informes, merced a los cuales damos con el asesino en donde nunca a la policía se le hubiera ocurrido poner los pies.

»Esto me ha ocurrido, señor, a mí en persona, y la policía, que a la postre es excelente muchacha, con la cual hacemos casi siempre buenas migas, me lo ha perdonado... Pero he aquí un alto funcionario que ha querido toser fuerte... un hombre para quien nada supone el resultado y la forma es todo... se empeña en hacer daño al gran repórter Rouletabille... Hay que creer que los dioses miran por Rouletabille... pues ese alto funcionario ha sido arrojado de la cúspide de su soberbia y ahora... escarda cebollinos... ¿Es usted aficionado a los cebollinos, señor Crousillat?

»Otra historia. Un día había de reunirme con el ministro de Marina, que a la sazón hacía un viaje costero estudiando problemas de defensa móvil. Llegué tarde a una gran revista y ya se habían dado todos los pases. De nada me sirvió mi tarjeta. Perdida toda esperanza, fui a ver al subprefecto, que estaba ya arreglándose, empaquetándose... Encargó a su ayuda de cámara que me recibiera... Como gallina en corral ajeno... De pronto veo en una silla el uniforme de gala que el criado dejó allí... Me incrusté en él como el ratón en un agujero y subí en un carruaje que me llevó hasta el puerto. Diez minutos después me presentaba ante el ministro, reci-

biendo a mi paso los honores correspondientes a mi rango.

»Eh, ¿qué dice usted de esto? ¿Que el uniforme de subprefecto no vale el de un gendarme? Pues bien, cuando el ministro me vió con aquel boato, como buen parisién de nacimiento o de adopción, pues era ministro, rió a su placer... Pero el subprefecto tenía motivos para no reírse. Se querelló, se querelló en toda regla. Pues bien, hoy..., señor mío, este subprefecto... continúa siendo subprefecto. Pero usted, señor Crousillat, lleva trazas de morir siendo nada menos que presidente de Audiencia.

El señor Crousillat, que en la primera historia había empezado a rascarse el cráneo con aire de profunda preocupación, al oír la segunda se puso a reír sin rebozo.

—Vamos—dijo—, váyase usted y no reincida.

Rouletabille dió un brinco, consultó el reloj, y exclamando en voz baja «voy a hacer tarde», salió corriendo más veloz que una liebre.

En seguida *Camiseta* empezó de nuevo a gritar y a su vez Crousillat gritó también desesperado:

—Al menos entréguenos el uniforme.

CAPITULO XVII

UN GOLPE TEATRAL

ERAN más de las dos y media cuando Rouletabille dejó veloz la compañía del señor Crousillat, y cerca de las seis cuando de nuevo apareció en Lavardens. Su cuaderno de notas, sin embargo, no indica en qué o cómo empleó ese tres horas; pero las declaraciones del pastorcillo al fingido gendarme nos permiten fácilmente suponer que hubo en la Roche d'Ozoul en esas horas de la tarde dos oídos y dos ojos con los cuales no se contaba ciertamente.

Tenemos, pues, a Rouletabille en Lavardens. Como siempre llevaba prisa al parecer, entró como una centella en el *Viei-Caston-Nou*, se plantó de un brinco en el vestíbulo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al primer piso; atropelló a unos cuantos enlutados, lejanos parientes del señor de Lavardens, puestos ya en acecho de la herencia desde la desaparición de Odette, y, finalmente, topó con la persona

biendo a mi paso los honores correspondientes a mi rango.

»Eh, ¿qué dice usted de esto? ¿Que el uniforme de subprefecto no vale el de un gendarme? Pues bien, cuando el ministro me vió con aquel boato, como buen parisién de nacimiento o de adopción, pues era ministro, rió a su placer... Pero el subprefecto tenía motivos para no reírse. Se querelló, se querelló en toda regla. Pues bien, hoy..., señor mío, este subprefecto... continúa siendo subprefecto. Pero usted, señor Crousillat, lleva trazas de morir siendo nada menos que presidente de Audiencia.

El señor Crousillat, que en la primera historia había empezado a rascarse el cráneo con aire de profunda preocupación, al oír la segunda se puso a reír sin rebozo.

—Vamos—dijo—, váyase usted y no reincida.

Rouletabille dió un brinco, consultó el reloj, y exclamando en voz baja «voy a hacer tarde», salió corriendo más veloz que una liebre.

En seguida *Camiseta* empezó de nuevo a gritar y a su vez Crousillat gritó también desesperado:

—Al menos entréguenos el uniforme.

CAPITULO XVII

UN GOLPE TEATRAL

ERAN más de las dos y media cuando Rouletabille dejó veloz la compañía del señor Crousillat, y cerca de las seis cuando de nuevo apareció en Lavardens. Su cuaderno de notas, sin embargo, no indica en qué o cómo empleó ese tres horas; pero las declaraciones del pastorcillo al fingido gendarme nos permiten fácilmente suponer que hubo en la Roche d'Ozoul en esas horas de la tarde dos oídos y dos ojos con los cuales no se contaba ciertamente.

Tenemos, pues, a Rouletabille en Lavardens. Como siempre llevaba prisa al parecer, entró como una centella en el *Viei-Caston-Nou*, se plantó de un brinco en el vestíbulo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al primer piso; atropelló a unos cuantos enlutados, lejanos parientes del señor de Lavardens, puestos ya en acecho de la herencia desde la desaparición de Odette, y, finalmente, topó con la persona

que iba buscando, esto es, con la camarera, a la cual llevó a empujones a una salita que, dentro ya los dos, cerró con presteza.

Esteve no podía ya ver a Rouletabille sin ponerse a temblar como un conejo. Cruzando las manos le dijo:

—Le juro, señor, que se lo he dicho ya todo.

—Escucha — repuso Rouletabille ajándole las manos—; voy a hacerte una pregunta a la que no te va a ser difícil contestar y cuya gran importancia no puedes sospechar siquiera...

—¡Dios mío! ¿Qué podrá ser ello?—gimió la pobre Esteve.

—Vas a decirme—repuso Rouletabille, abalanzado sobre la camarera, que le miraba con creciente espanto—. Vas a decirme... Pero no me mires así... Es una nonada lo que voy a preguntarte... Vas a decirme si la señorita Odette tiene una señal en la parte izquierda de la espalda.

—¿Una señal en la parte izquierda de la espalda?—repitió la criada abriendo unos ojos enormes—. ¡Vaya una pregunta!

—No te exijo que juzgues mi pregunta; exijo que la contestes. ¿Tiene una señal en la parte izquierda de la espalda?

—De seguro que no... no tiene señal alguna ni en la parte izquierda de la espalda ni en la derecha...

—En fin, entiéndeme bien — insistió Rouletabille—; hay personas que tienen en la piel eso que llamamos un

deseo o antojo... Tú has desnudado a veces a tu amita y has podido reparar en ello...

—¡Caray si he podido verlo!... Nada, no tenía nada... Siempre vi su piel limpia como un espejo.

—¿Nada? ¿Ni una peca?

—Nada, como se lo digo a usted.

—¿Ni un pequeño lunar, cáspita?

—Era hermosa de pies a cabeza; pero no, no tenía ningún lunar...

—¿No me engañas? No tienes motivo alguno para engañarme...

—¡Eh! ¿Qué ardite quiere usted que me importe el que tenga o no tenga un lunar?

—Bien—repuso Rouletabille pensativo ; esto es todo lo que quería saber...

Y, como de costumbre, la dejó bruscamente.

—El sí que tiene lunares—murmuró, ya ido, Esteve.

El repórter, recién salido de la casa y a la entrada del pueblecillo de Lavardens, divisó a Juan, que se dirigía hacia la verja del *Viei-Caston-Nou*. Le llamó. Juan se vino corriendo hacia él.

—Por fin te veo—exclamó Juan—. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—¿Qué te dije?

—Que tendría noticias de Odette.

—En efecto, recuerdo haberte dicho algo parecido a eso.

—Pues bien; figúrate que he tenido un encuentro ex-

traordinario. Hallándome en el campo, a dos pasos de aquí, muy cerca del *Caston-Nou*, como tú me habías recomendado...

—¿Qué?

—Pues estando sentado en un ribazo, rumiando cuanto me dijiste, y muy abatido, a pesar de tus alientos, y preguntándome cómo podías hablar con tal seguridad de un asunto que parece cada vez más embrollado, más atrozmente misterioso, y en cual percibo, sin ver la razón, a tanta gente coaligada contra nosotros... veo que se me acerca una chiquilla andrajosa, una gitanilla que llevaba unas canastas y haces de tiernos mimbrés... Miró en torno suyo, como si quisiera cerciorarse de que nadie la veía, y luego, inclinándose hacia mí, me dijo:

—¿Es usted el señorito Juan?

—Sí—le dije—; ¿qué quieres de mí?

La niña respondió a mi pregunta preguntándome a su vez:

—¿Se alegraría usted de tener noticias de la señorita? Figúrate el efecto que me producirían estas palabras, y más después de lo que me dijiste...

—Sería—le dije—el colmo de mi felicidad.

La chiquilla volvió a mirar en torno suyo.

—Sobre todo, no diga usted nunca que me ha visto, porque me matarían...

Le dí mi palabra.

—Pues bien—me espetó con voz baja—, alguien puede informarnos. Vaya usted...

—*Vaya usted a las siete*—dijo interrumpiéndole Rouletabille—. *Vaya usted a las siete al llano de las Cañas.*

—¿Cómo?—exclamó Juan estupefacto—, ¿lo sabes?

—¿No he de saberlo todo?

—Y se alejó la chiquilla, no sin antes aconsejarme que fuera solo, pues en otro caso no encontraría a nadie.

—Lo creo.

—Y sabiendo que se me daba esta cita, ¿has venido para acompañarme?

—Muy lejos de eso. No quiero que te falle la cita. Debes ir completamente solo. Vete enteramente solo.

—¿Y nada más me aconsejas?

—Nada más. ¡Ah, sí! Te aconsejo que no desperdicies palabra de lo que se te diga. Adiós, Juan, y buena suerte. Juan miró el reloj.

—Voy—dijo—. No está muy cerca el llano de las Cañas, pero quiero ir a pie para no llamar la atención de nadie.

—Andando y buena suerte. Mientras bajas allá, aquí no perderé yo el tiempo, te lo prometo.

—Te espero en el *Viel-Caston-Nou*.

—Pero vete, charlatán. ¿No ansias saber dónde está Odette?

Juan se fué en seguida. Rouletabille tomó la dirección contraria. Andaba, al parecer, muy preocupado, cuando al pasar por delante del café de Lavardens atrajo su atención estrépito de voces: eran las del juez de instrucción y del escribano, sentados allí. El repórter se asomó

y columbró al fondo del establecimiento, bajo la rotonda, a los gendarmes sentados a la mesa ante una botella y entre ellos a *Camiseta*, que les estaba contando cómo el canalla del periodista se le había llevado la túnica y el kepis, prodigándole las *gracias*. «Pues bien; otra vez que le tenga a mano, ya verán ustedes si le *agrasiol*!»

Rouletabille vió allí... la bicicleta del señor Crousillat posada en la acera. Aquel descubrimiento le incitó, al parecer, a realizar nueva hazaña. En cuanto le vió, subió de un salto, y a ojos vistas, en el preciso momento en que el señor Crousillat salía del café para sentarse en la terraza, empezó a pedalear, a pedalear...

—¡Mi bicicleta!— aulló el juez—. ¡Ah! Esta vez sí que *propaassa*.

Y llamó a los gendarmes que allí tenían también sus bicicletas, y echaron a correr tras de Rouletabille gritando como locos. El repórter se volvía de vez en cuando y con gestos les ponderaba su buena amistad, divirtiéndose en moderar la marcha cuando se distanciaba de ellos demasiado trecho; en una palabra, gozaba, al parecer, extraordinariamente viendo desplegado tras sí aquel vulgar cortejo de gendarmes aullando y gesticulando como energúmenos. *Camiseta* era, naturalmente, el más virulento.

—¡Tatel! ¡Tatel! Lo que es esta vez no se me escapa. Rouletabille le enviaba besos...

Dando las siete, Juan penetró en el llano de las Cañas. Este terreno—si tal nombre puede darse a un suelo

extremadamente movedizo y que cuando menos se esperará cede a los pies—se extendía entre el río y los diques y suelen ser los terrenos de esta clase sumamente peligrosos en esta época del año, pues verdean como inocente pradera y atraen por su frescura. Circuían el llano altas cañas enraizadas en la charca...

No tenía por qué amedrentarse de aquel terreno Juan, harto conocedor de todos los encantos y de todas las perfidias de la Camargue. Por lo demás, la siguiente frase absorbía enteramente el pensamiento del joven: «tener noticias de Odette».

Lo primero que vió fué a la gitanilla que, después de dirigirla con el gesto la expresión de su buena amistad, desapareció, sin que el joven sintiera ya por ella el menor interés; seguía sin cesar andando... reinaba profundo silencio y ya empezaba a impresionarle tanta soledad, cuando de pronto, delante de él, las cañas se separaron y vió salir, recorrida esta cortina, a otra gitana, que al principio no reconoció. Entonces la mujer dió unos pasos más y lanzó a sus ojos miradas de fuego.

—Calixta—exclamó retrocediendo instintivamente—. ¡Tú aquí! ¡Y con ese traje!

—Sí, soy yo—contestó desafiándole—. ¿De qué te asombras? ¿No soy zingara? Si lo hubiera olvidado, ¿no has hecho todo lo posible para recordármelo? Me cogiste al pasar... y yo vuelvo, puesto que tú me rechazas. Sólo he querido, antes de partir, verte por última vez, amor mío.

Y prorrumpió en carcajadas salvajes.

Juan vió ante sí algo que no conocía, que no sospechó nunca siquiera...

Calixta fué siempre con él, ya apagada, ya tierna o simplemente arisca, ya a temporadas ingenuamente orgullosa como niño estragado por la soberbia.

Y ahora se enfrentaba él ¡con el odio! ¡Ah! le bastó verla una sola vez para comprender que ella era el origen de todas sus desdichas. Y a su vez sintió que en el corazón se le agolpaban también feroces sentimientos. La cogió brutalmente de la muñeca, espetándole, mientras ella gritaba:

—¡Odette!... ¿Qué has hecho de Odette?

La gitana se retorció para desasirse, pero sin dejar de reír espantosamente, y repitió:

—¡Odette! ¿Quién es Odette? ¿Quién ha visto a Odette? El señor busca a Odette.

Esta burla feroz, mucho más que las injurias, desencadenó la cólera de Juan, que empezó a sacudir a la gitana hasta hacerla un guiñapo. Entonces, babeando de rabia, ella exclamó:

—¡Pues bien, sí! Es cierto. Yo rapté a tu Odette. ¡Y no la volverás a ver jamás, jamás, jamás!

No respondió Juan a ninguno de estos espantosos *jamás* que le herían como otras tantas puñaladas, sino que golpeaba brutalmente a aquella mujer, a la cual tantas veces estrechó entre sus brazos y ahora quisiera ver muerta para no oirla. La gitana parecía recobrar a cada

golpe alientos para atormentarle más, y así se entretenían en destrozarse ambos, cuando Juan vaciló, cayendo de rodillas, pareciéndole que una alimaña, un león, se abalanzaba sobre su dorso, porque al mismo tiempo que se hundía en la arena, sintió a sus espaldas una especie de rugido... Y Calixta permanecía callada, mientras Juan y Andrés, trabados como dos furias, parecían cumplir el juramento de morir ahogado uno de ellos entre los brazos del otro... De ataque en ataque fueron acercándose a la tersa superficie de agua titilante entre las altas cañas... Ambos cuerpos rodaron allá, esperanzados uno y otro en hundir en el agua al enemigo.

Calixta, anhelante, les seguía, inclinado el cuerpo por la atención. Ya estaba Juan debajo. Calixta lanzó un grito, no se puede decir si de triunfo o de dolor al verle ya a punto de ser precipitado...

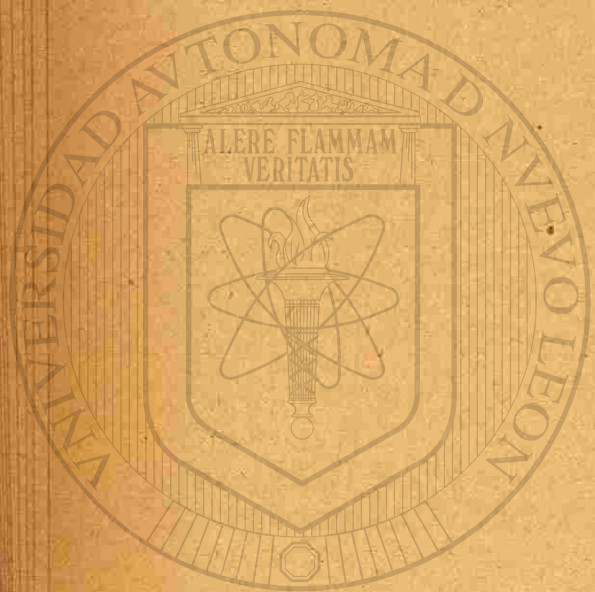
Pero cuando todo parecía que iba a terminar en trágico desenlace, la escena cambió de aspecto.

Un nuevo personaje saltó a la arena. Era Rouletabille... Lanzó agudo silbido y al punto surgió un tropel de gendarmes que se arrojaron sobre Andrés y Calixta y lograron prenderles...

Fué tal la sorpresa de los dos bohemios, que sin protesta se dejaron maniatar.

—¿Qué te parece?—dijo Rouletabille a Juan—, creo que era hora de presentarme, ¡hem!

—Tú llegas siempre a punto...—contestó Juan a Rouletabille abrazándole.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVIII

EN EL CUAL EL SEÑOR CROUSILLAT DESCUBRE QUE LOS PERIODISTAS A VECES «SIRVEN PARA ALGO»

EL señor Crousillat entró en Arlés a pie, sudando, jadeante, y en el estado de espíritu que puede suponerse; tras él iba triunfante su escribano el señor Bartholasse, que no perdonaba al jefe de ningún modo la paciencia que tenía con Rouletabille.

—Nada se gana halagando a esta ralea (que pronunció ralea). Cuando se les da un dedo, cogen el brazo. Vea usted ese bufón que se ríe de nosotros. Empezó echando mano a un uniforme de gendarme... ¡Ya verá usted por dónde acaba!

Como se recordará, Rouletabille acabó por coger la bicicleta del señor juez.

—Voy a meterle en chirona—expuso el señor Crousillat.

—Usted dice eso—replicó el escribano—. ¡Ya sabrá él enredarle en sus tretas!

Cuando el señor Crousillat fué a entrar en el Juzgado, donde iba a buscar la sumaria para trabajar en su casa toda la tarde, pues este asunto le traía atareado día y noche, lo primero que vió delante de la portería fué su propia bicicleta. No daba crédito a sus ojos.

— ¡La misma! — dijo Bartholasse.

— ¿Quién trajo aquí mi bicicleta? — preguntó el juez.

— Ahora mismo la trajo el señor Rouletabille — contestó el portero —. Dijo que usted se la prestó, y me ha recomendado que tenga buen cuidado de ella. Me rogó también que dijera a usted que él vendría a dar a usted personalmente las gracias.

— Continúa la farsa — masculló el señor Bartholasse con mofa tal que sacaba al juez de sus casillas —. ¡Oh! aun no hemos acabado.

El señor Crousillat, furioso, subió más que de prisa a su despacho: apenas el señor Bartholasse podía seguirle.

— ¡Uff! — exclamó el escribano —: se está aquí mucho mejor que en el café.

— ¿Dice usted eso por mí, señor Bartholasse?

— ¡No por usted, señor Crousillat, sino por Rouletabille, que nos hace cada pasada!

En este momento, el ujier anunció al señor *Rouletabille*. Juez y escribano se sobresaltaron.

— ¡Que pases! — exclamó en tono terrible el señor Crousillat.

— Es que el señor Rouletabille no viene solo.

En esto, irrumpió el señor Rouletabille.

— Sí, señor juez: *henos* aquí. Celebro mucho encontrarle aquí; como ya sé que ésta es su hora de comer...

— ¡Basta de *zalamerías*! (El señor Crousillat cuando se enfadaba no sólo echaba mano a las palabras del señor Bartholasse, sino además las pronunciaba como él.) Voy a enseñarle a usted lo que cuesta burlarse de la justicia.

— Pero yo... — interrumpió Rouletabille poniendo cara de la mayor inocencia —. ¿Yo me he burlado de la justicia?

— ¿De quién se ha burlado usted, pues, al coger en mis propias narices mi bicicleta?

— De la justicia no, seguramente, pues yo la cogí de prestado para servir precisamente a la justicia.

— ¡Ea! ¿Qué le dije a usted? — exclamó el señor Bartholasse —. Ya le tiene usted aquí con sus tretas... Óigale, óigale usted.

— Si, óigame — repuso acorde Rouletabille —; y acepte mis gracias, señor Bartholasse, pues es la primera vez que dice usted hoy algo razonable.

— ¡Aguarde! Prefiero irme — repuso éste —, pues veo que voy a hacer un disparate.

— Dejemos que este hombre vaya a tomar su manzanilla — ordenó el repórter desentendiéndose del escribano —; pero usted, señor Crousillat, ¿usted recuerda lo que le prometí para la hora de su comida?... ¡La detención de los culpables! ¡No se desazone usted! ¡El señor juez de instrucción queda servido!

Y con un gran gesto, que le hubiera envidiado un jefe de servidumbre del gran siglo, enseñó al señor Crousillat el banquete que le había preparado; a Andrés y a Calixta entre dos gendarmes, llenando la puerta que Rouletabille acababa de abrir.

Los dos bohemios, empujados por *Camiseta*, avanzaron.

Andrés iba cruzados los brazos y mirando con indiferencia despectiva a cuantos allí le rodeaban. Era un bravo mozo. Al franquear el dintel del despacho, espetó al rostro de Rouletabille esta frase: «*Quai te faqué, fan l'estoufer* (hay que ahogar al que te engendró); luego pareció que no concedía importancia alguna a cuanto pasaba en torno suyo. Con las espaldas mal protegidas con un jirón de camisa que dejaba al descubierto su pecho casi desnudo, parecía hermoso como un dios de bronce. Calixta se sentó, sin que nadie la invitase, en la primera silla que estuvo a su alcance, y se miraba las uñas, que desde su salida de París habían perdido algo de lustre.

—Usted busca a los que han raptado a la señorita de Lavardens—expuso Rouletabille—; aquí los tiene usted.

—*Señor juez*—dijo a su vez *Camiseta*—, no lo desmienten; nos lo han confesado... ¡Miserables! Y aun se alaban. ¡Ah!, hay que *desir* también que ese mochacho, ése (y señalaba a Rouletabille) ha dirigido bien la *espedición*...

El señor Crousillat miró uno por uno a los detenidos,

al repórter y a *Camiseta*. La emoción paralizaba su lengua. *Camiseta* insistió:

—Es una buena redada, ¿eh?

—Pero, cicatero—exclamó el señor Crousillat golpeando con su manaza la espalda de Rouletabille—, ¿por qué, si usted iba a dar este golpe, no me lo avisó? Ello hubiera sido mucho más sencillo que ro... que ro..., que llevarse de prestado la bicicleta... Yo le hubiera facilitado todos los gendarmes que le hubieran hecho falta...

—No, señor juez, no me los hubiera facilitado. Ya se habría dado buena maña mi querido Bartholasse para impedirselo a usted. Era mucho más sencillo tomárselos. Al llevarme la bicicleta de usted, contaba ya con ellos, pues habían de venir tras de mí adonde fuera.

El señor Crousillat no insistió. Volvióse hacia los detenidos y dijo:

—Entonces estos vagabundos son los autores. ¡De pie, la señorita!

Calixta se levantó dócilmente, sin aparente emoción.

—Saben ya ustedes dos de qué se les acusa: de haber asesinado al señor de Lavardens y raptado a su h... señorita. ¡Y dice usted, *Camiseta*, que lo han confesado! Escriba, secretario.

—No hemos asesinado a nadie—declaró friamente Calixta.

—Ante todo—repuso el juez—, ¿qué son ustedes? ¿Qué ha de ser esta gentuza? Bohemios, claro está.

—El señor le puede contestar—dijo Calixta completa-

mente tranquila, y señalando a Rouletabille—; él me conoce.

Rouletabille se adelantó hacia ella, le levantó la manga de la blusa y vió en su brazo ambarino el arete de oro que un día le enseñara...

—Sí, conozco a usted—dijo—; es usted la que lleva en el brazo el signo de la venganza. Quiso usted vengarse del señor de Sautierne, y para ello raptó a su prometida.

—¡Ah, caramba! ¿Qué quiere decir todo esto?—exclamó el señor Crousillat—. ¿De modo que usted conocía a esta mujer?

—¡Oh!—repuso Calixta con extraña sonrisa—. El señor Rouletabille y yo somos antiguos amigos. Ha comido muchas veces en mi casa.

—Pero ¿en su casa se recibe y se come?—exclamó el juez paseando la mirada por los andrajos que cubrían a aquella singular beldad.

—La señora—dijo Rouletabille—tiene una excelente cocinera, y mora en lujosa casa de uno de los barrios más elegantes de París.

—¿Cómo? ¿Esta mujer parisién?

—No; la señora es bohemía, pero merced a Juan de Sautierne, que un día la libró de las brutalidades de este hombre, hoy su cómplice, se trocó en una de las más seductoras parisienses que se hayan conocido, y me guardo muy mucho de olvidar la hospitalidad que me otorgó ha pocos días en compañía de su amante, de su loro y de su osezno... y lamento que dejara la capital para ves-

tir de nuevo estos despojos; pero, como dijo aquél, «la cabrita al monte» o «se vuelve siempre al primer amor». Por mí, que vuelva, pero que nos diga ahora qué ha hecho de la señorita de Lavardens.

—Eso, nunca—exclamó Calixta en tono tan salvaje que todos los allí presentes sintieron calofríos de espanto.

—Señora—repuso Rouletabille—, usted olvida sin duda que se ha asesinado al señor de Lavardens.

—Nada tenemos que ver con ese asesinato.

—Tenga la bondad de explicarlo—dijo a su vez el señor Crousillat, que había oído el coloquio sin intentar interrumpirlo, pues le informaba de modo singular—. Se cometió el asesinato al mismo tiempo que el rapto.

—Y nadie podrá dudar—arguyó Rouletabille—de que ustedes mataron al señor de Lavardens porque éste acudió en socorro de su hija. Y ustedes pretenden ser inocentes de tal crimen! Pues bien: sólo una persona puede comprobar esa inocencia, y esa persona es la señorita de Lavardens.

—Eso es claro como la luz del día—subrayó el señor Crousillat—. ¡Si ustedes no nos devuelven a la señorita de Lavardens, ello prueba que ustedes han asesinado a su padre!

—¿Lo entiendes, hombre, lo entiendes?—acabó diciendo Rouletabille y abalanzándose contra Andrés—. ¡O la señorita Lavardens o la muerte los dos!

Andrés continuó con los brazos cruzados. Miró a Rou-

letabelle por encima del hombro, señaló a Calixta con el gesto y dijo:

—Si yo no pido otra cosa que morir con ella.

—Más codiciable sin duda es vivir con ella—replicó tentador Rouletabille.

Calixta lanzó fulgurante mirada al repórter y volvió a sentarse, declarando tranquilamente que ese intento de soborno para la declaración del asesinato no estaba mal urdido, pero que de nada servía: podían hacer de ellos lo que quisieran, que no lograrían saber más.

El señor Crousillat no existía al parecer sino como satélite de Rouletabille, al cual desde aquel momento y sin darse bien cuenta abandonó la dirección del sumario. Representaba este papel muy al natural el repórter, acostumbrado ya a hablar cuando la justicia nada tenía que decir.

—¡Calixta!—repuso Rouletabille con dulzura y amainando las amenazas—: no sé cómo inducir a usted a comprender mejor sus intereses. Nunca le he dado un mal consejo. Si me hubieran hecho caso usted y Juan, no estaríamos donde estamos unos y otros. Me hago cargo de su resentimiento y ya usted me pronosticó cualquier ruín venganza... Por mi parte, no creo que ustedes llegasen hasta el asesinato del señor Lavardens, pero éste es un hecho real, con el cual deben ustedes contar. Y les aseguro que no saldrán del atolladero sin previa devolución de esa joven que no conoce a ustedes y a la que tanto han hecho ya sufrir. ¿A qué obstinarse? Aunque us-

ted no diga una palabra, yo recuperaré a Odette. Devuélvanosla en seguida.

—Nadie tiene poder bastante para devolverles ahora a Odette.

—Sé lo que quiere usted decir.

—No, usted no lo sabe.

—Para probar a usted que lo sé, ¿quiere que le diga lo que pasó en la cueva de la vieja Zina?

Calixta se estremeció sin poder remediarlo.

—¿Lo que usted hizo y lo que dijo?

—¡Ah! sí; le desafío a que lo diga.

—Bueno—repuso Rouletabille—; secretario, escriba que la señorita Calixta conviene en que fué a la choza de la vieja Zina.

—Pero, señor—protestó el señor Bartholasse, irritado ya por la desenvoltura del repórter—, no estoy aquí para acatar sus órdenes...

—Mis órdenes, no; pero sí las del señor Crousillat, y el señor Crousillat le ordena que escriba...

—Secretario, escriba—repuso el señor Crousillat.

—¡Oh! ¡oh!—zumbó el señor Bartholasse.

—Si usted no quiere escribir, escribiré yo y la señora firmará—expuso Rouletabille.

El señor Bartholasse, humillado, caló la pluma en el tintero con movimiento tan brusco que a poco vuelca el tintero.

«Una vez llevada la señorita Odette de Lavardens—dictó el repórter—casi desvanecida al antro de una vieja

hechicera zingara llamada Zina, me acerqué a ella... (Es la señora la que habla—explicó Rouletabille—y si en algo me equivoco, ya tendrá la bondad de advertírmelo.) Conmigo estaba allí mi cómplice Andrés.

»En cuanto la señorita de Lavardens nos vió se puso a temblar, pues le causaba espanto este hombre que la había raptado, llevado en sus brazos y en el cual reconoció al esquilador de perros que la víspera le habló junto a la verja del *Viei Caston-Nou*. Con un gesto ordené a Andrés que saliera y me quedé sola con la señorita de Lavardens.»

A medida que Rouletabille avanzaba en el relato, Calixta, que al principio se dió aire de escucharle con desprecio, iba ya mirándole con cara de espanto.

«A solas, pues, con la señorita de Lavardens—continuó diciendo el repórter—, pues para mí la vieja Zina no suponía nada, mucho menos que una criada, era más bien mi esclava.

»—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?— me preguntó con voz desfallecida la señorita de Lavardens.

»Le contesté que podía llegar a ser su amiga y salvarla, si tenía a bien escucharme. Agregué que corría los mayores peligros, que ciertas personas que no habían retrocedido ante nada para prenderla, no titubearían en deshacerse de ella por completo... sí a ello les obligaba. Al principio no respondió a mi propuesta más que con gemidos: «¡Dios mío! voy a morir aquí», mientras sus ojos espantados recorrían la mirada por las paredes tachona-

das por la vieja Zina de mochuelos y murciélagos. De la chimenea colgaba un buho y en el rincón se mecía sin cansancio un osezno. La convencí de que la librería de aquel infierno. Acabó por abandonar sus manos, urentes de fiebre, entre las mías, pues para inspirarle confianza me valí de las palabras más halagüeñas. Temblorosa, me dijo:

»—*Esto es nada; pero la noche, las ratas* que habrá aquí.»

Calixta, cada vez más azorada, con brusco movimiento empujó hacia atrás la silla, alejándose de Rouletabille, y muy pálida, murmuró:

—¡Es la Bekal (Es el diablo).

—*Meria schaita* (hermana mía)—repuso en voz baja Andrés, y farfulló velozmente unas palabras zingaras que al parecer reconfortaron a la bohemia; pero el repórter, dispuesto a no perder ventaja, reanudó autoritariamente su relato, imponiéndose al señor Bartholasse con un gesto decisivo.

»Pregunté a la señorita de Lavardens si tenía enemigos. Me contestó que no.

»—Pues bien: tiene usted una enemiga terrible; se llama Calixta...

»Apenas hube pronunciado este nombre, la señorita de Lavardens empezó a sollozar tapándose el rostro con las manos. Entonces me decidí a dar el golpe final:

»—Esa enemiga estaba decidida a matarla a usted—le dije—; pero logré disuadirla con la condición de que usted hará cuanto voy a decirle...

»La joven me miró con angustia a través del velo de sus lágrimas.

—Va usted a escribir lo que yo le dicte.»

Tenía a prevención papel de escribir *comprado en Arlés*, y le puso sobre las rodillas una tablilla. ¿No es así? —preguntó Rouletabille mirando de hito a hito a Calixta.

—¡Brujo! —le espetó la detenida, retrocediendo aún más la silla.

—Secretario, escriba usted que la reo ha calificado de brujo a Rouletabille, lo cual equivale a una confesión.

Sobre la tabla, Zina colocó un sórdido tintero, llenado recientemente de tinta, y dicté lo siguiente a la señorita de Lavardens:

«Juan, no te amo. Sé ya que Calixta es tu querida. He preferido huir a casarme contigo. Adiós, ya no me verás jamás.»

¿No es éste el texto? —subrayó Rouletabille.

Calixta sólo envió como respuesta el frío resplandor de su mirada.

—Continúo, pues nada se me contradice. La señorita de Lavardens, que parecía hasta aquí medio muerta, e incapaz del menor esfuerzo, apenas oyó lo que de ella pretendía, se irguió de un salto, volcando el tintero, rompiendo la pluma e inundándose los pies de tinta.

»Enseñe usted los pies —exclamó el repórter—, enseñe los pies, señora. El pueblo andariego no se lava los pies todos los días, y si usted se trajo el osezno, hubo

de dejar su pedicuro en París. ¡No! ¡Usted se resiste a enseñar los pies! ¡Secretario, escriba!, escriba que la señora se resiste a enseñar los pies al citado Rouletabille, lo que equivale también a una confesión. Y sigo:

»La señorita de Lavardens, a raíz de su estallido, me declaró muy conmovida que jamás escribiría palabra que indujera al señor de Sautierne a creer que ella no le quería... *«Antes me cortan la mano»*, y le respondí textualmente, sacando un cuchillo: *«Pues bien, querida: te la cortaré.»* ¿Niega usted estas palabras? ¿Niega usted que sacó el cuchillo? No; pues las palabras fueron textualmente pronunciadas como yo las repito, y en cuanto al cuchillo, *aquí está.*

Y Rouletabille, arrojando el cuchillo con mango de asta sobre la mesa del juez, agregó:

—Lo compró usted el día 23 por la tarde en el establecimiento de Bonnafons, en Santas Marías.

—Lo compré para amedrentarla —susurró Calixta, jadeante como alimaña cercada y sin tiempo para darse cuenta de dónde y cómo se le ataca.

—¡Quizás! ¡Es posible que si ella firma, usted no la hubiera matado!

—¡La han matado, pues! —exclamó el juez, que parecía allí tan sólo un espectador que con angustia seguía las incidencias del drama evocado ante su presencia.

—¡No!, pero quiso matarla.

—Eso no es cierto.

—¿Dice usted que está no es cierto? He aquí lo que

pasó con todo detalle. Viendo la actitud decidida de la señorita de Lavardens, usted le dijo: «*Calixta soy yo. Tu novio es mi amante. Escoge: o no sales de aquí viva, o renuncias a Juan.*» Siguió a esto feroz escena, y, en efecto, del trance no hubiera salido con vida la señorita de Lavardens, si...

—¿Si?—preguntó el juez.

—Si en ese momento no hubiera ocurrido algo raro...

Al oír estas últimas palabras, Calixta reveló tal emoción que fué menester nada menos que una nueva intervención de Andrés para calmarla. Pues mientras Rouletabille, atento sin perder detalle a los menores gestos que entre sí cambiaban los bohemios, urdía su relato, la joven tenía clavados los ojos en la faz diabólica del gitano.

—Sí... algo raro, ciertamente—contó el repórter—. Podía ya darse por muerta a Odette, si un ser insignificante, un viejo trasto, en quien nadie reparaba más que para echarlo a puntapiés, o a un rincón, en el cual casi siempre vivía agazapado, en una palabra, la vieja Zina, no se interpone entre Calixta y la joven. Andrés acababa de reaparecer en escena dispuesto a ayudar a su cómplice en la horrible venganza... Ahora bien: ni uno ni otro insistieron *ante un gesto de Zina y ciertas palabras* que la vieja pronunció muy bajo, muy *bajo, tan bajo*—agregó Rouletabille—, que sólo pudieron oírlas Calixta, Andrés y... Rouletabille.

Calixta y Andrés palidecieron ahora horriblemente.

—Mientes—dijo aquélla—; estabas muy lejos para po-

der oír esas palabras; de haberlas podido oír, hubieras salvado a tu *Odette*.

—Zina, que es bruja—le replicó el periodista—, te dirá que un hechicero puede oír cosas dichas en el extremo del mundo y hasta... en el otro mundo. Sé tan bien lo que la vieja Zina dijo, que lo que os llena de terror es que yo repita esas palabras... *porque podría creerse que me las hablais transmitido vosotros, y eso no os lo perdonaría ningún zingaro de la tierra.*

—¡Ah!, bajáis la cabeza. Pues bien, tranquilizaos: no repetiré las palabras que se pronunciaron en el antro de la vieja Zina, y comprendo cuán difícil es ahora vuestra posición en el caso de querer devolvemos a Odette...; así, pues, os propongo un arreglo. Dadme un indicio provechoso, y cargo con todo... *caiga todo peligro sobre mí*; de vosotros sólo se sabrá que os habéis negado a hablar, *hasta para salvar la cabeza*; yo solo seré el que haya salvado a Odette y de rechazo a vosotros, si realmente no sois culpables del asesinato del señor de Lavardens.

La dialéctica de Rouletabille, y al mismo tiempo el sentido recóndito de estas palabras, conturbaron de nuevo profundamente a Calixta; pero Andrés la miró de cierto modo, y al punto espetó la gitana estas palabras con maligna sonrisa:

—Ya que eres brujo, sabrás muy bien hallar a Odette, prescindiendo de nosotros.

—Indudablemente—exclamó Rouletabille desesperado

al ver la inutilidad de sus esfuerzos—; pero con una sola palabra tuya, hija del diablo, he querido ganar tiempo en favor de ella y en favor tuyo. *¡Bien sabes qué preciosos son los minutos!*

—Los pierdes aquí—replicó friamente Calixta.

Rouletabille se levantó.

—Señor juez, ordene usted que los bajen al calabozo; nada nos queda por hacer hoy con ellos.

El juez tenía mucha prisa de hallarse a solas con el repórter para hacerle varias preguntas que no fueron inmediatamente contestadas. Con un gesto ordenó a *Camiseta* que se llevase a los detenidos.

—Guárdelos bien—le espetó Rouletabille.

Camiseta sonrió, retorciéndose el mostacho.

A sus ojos no había, evidentemente, cosa más chusca que se le pudiesen escapar los detenidos. Sin embargo, tomó sus precauciones, para que a todo evento nada tuviera que reprocharse.

Cerrada la puerta, el juez volvióse hacia Rouletabille, diciéndole:

—¿Qué fué lo que la vieja Zina le dijo?

—¡Ahl, señor juez, este secreto no me pertenece.

—¿Cómo? ¿No quiere usted decírmelo?

—Ni a usted ni a nadie.

—Respete usted los secretos de esos bandidos.

—Esto no es secreto de Andrés, ni Calixta, ni aun de la vieja Zina—respondió pensativo el repórter.

—¿De quién, pues? ¿Puede saberse, señor?

—Sí, señor juez; el secreto es del muerto.

—¿El secreto del señor de Lavardens? ¿Entonces el secreto murió con él?

—No, señor; no murió, sino que procede de ahí.

—¿Todo el mal?

—Todo el bien, señor, todo el bien. Recuerde usted que si Zina no habla, matan a la señorita de Lavardens.

—La hubieran asesinado como asesinaron al padre.

—No; no asesinaron al padre.

—Han raptado a la hija; pero no asesinaron al padre. ¡Dios mío, habrá que creerlo, puesto que usted lo dice!

—Esto parece afligirle a usted—dijo sonriente Rouletabille.

—Lo que me aflige—respondió el señor Crousillat con harta razón—es que se pavonee usted de saberlo todo y nada me diga. Pues bien: por lo que a mí toca, voy a ser menos reservado y misterioso que usted: por lo pronto, si no es Andrés el asesino del señor Lavardens, hemos de volver sobre Hubert, y ya en este punto tiene alguna importancia lo que voy a decirle... Hubert solía tener, al parecer, sobre la mesa de su despacho una especie de cuchillo en forma de puñal, muy afilado, cuchillo que no parece por ninguna parte...

—Porque usted lo busca mal, señor juez. Se lo vuelvo a repetir, señor juez; no es Hubert el asesino.

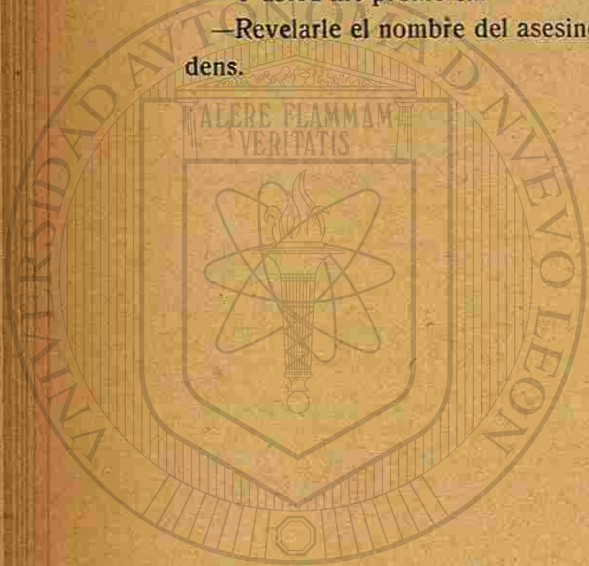
—En fin... si no es el uno ni el otro, ¿me quiere usted decir quién lo es?

—Lo sabrá usted mañana por la mañana... Vaya usted

al *Cabanon*, ordene que lleven allí a Hubert y cite usted a los médicos forenses...

—Y usted me promete...

—Revelarle el nombre del asesino del señor de Lavadens.



CAPITULO XIX

EL ASESINO

Al día siguiente, por la mañana, conforme a los deseos del señor Rouletabille, el Juzgado acudió al *Cabanon* con Hubert. Mientras se aguardó al repórter, sometió el señor Crousillat al presunto reo a un nuevo y minucioso interrogatorio. Tuvo la satisfacción de ver palidecer a Hubert en cuanto le mencionó el cuchillo de forma de puñal; pero en cuanto supo éste que el arma no parecía por ninguna parte, quedó tranquilo. Su cambio de actitud fué de tal modo visible, que el juez se mordió los labios y lamentó no haber dicho antes al presunto culpable que no se había hallado el arma del crimen. «Acabo de hacer una gran tontería, que seguramente no hubiera cometido Rouletabille», se dijo. En todo caso, sintió que el repórter no hubiera llegado y asistido a las primeras fluctuaciones de Hubert.

Por fin se le avisó que Rouletabille había llegado con los forenses, y le esperaba en el parque del *Viei-Caston-*

Nou, y en el mismo sitio donde se halló el cadáver del señor de Lavardens.

El señor Crousillat, seguido de lejos por el señor Bartholasse, que iba sin cesar refunfuñando contra las exigencias de Rouletabille y las complacencias del juez, acudió más que de prisa. Al fondo podía verse a los gendarmes, que traían a Hubert.

—Bueno, pues—preguntó el señor Crousillat apenas atisbó de lejos al periodista...

—Pues bien: estos señores exponen en su informe...

—No se trata del informe de estos señores, que nada nuevo nos pueden aportar. Su informe no puede evitar que el señor Lavardens haya sido asesinado...

—¡Perdón, señor juez! Estos señores deducen que el señor de Lavardens murió de un ataque cardíaco...

—¡De un ataque cardíaco!... señores...—exclamó el juez paseando la mirada por estos señores y Rouletabille—; pero ¿cómo explican ustedes la herida en las sienes?...

—Esa herida no deshace—respondió uno de los médicos—que el señor Lavardens muriera de un ataque cardíaco...

—Sí, comprendo—repuso el señor Crousillat, que hacía enormes esfuerzos intelectuales para conciliar la idea del asesinato con las conclusiones de los médicos—. Sí, comprendo. El raptor de la señorita Odette atacó e hirió al señor de Lavardens. La emoción mató a éste, y el asesino transportó el cadáver aquí.

Y encarándose con Hubert, agregó:

—El asesino debió de tener sus motivos para no dejar el cuerpo del señor de Lavardens en la finca del señor Hubert.

—No, señor juez, no acierta usted—expuso Rouletabille—; y voy a decirle cómo ocurrió la cosa.

Rouletabille estaba con la cabeza descubierta, y habló como transportado por la inspiración. Su palabra precisa y segura, sin un titubeo, no delataba la improvisación del relato, sino que *vela* lo que iba diciendo. Todo el drama se desarrollaba ante él, como si lo hubiera presenciado.

—Cuando el inculpado—empezó diciendo—arrojó de su casa al señor de Lavardens después de la escena brutal que nos contó, el señor de Lavardens fué a chocar contra la balastrada de la gradería exterior de la casa del señor Hubert, la bajó y dió unos pasos.

Ya debió de sentirse indispuerto, pues se paró, apoyándose en el muro antes de entrar en su casa por el postigo.

En fin, recogiendo sus fuerzas, echó a andar hacia el *Vieí-Caston-Nou*. No quiso llamar. Sólo le preocupaba, al parecer, evitar todo escándalo. Sin embargo, al atravesar su parque, recordó que se había olvidado de cerrar el postigo, en cuya cerradura dejó puesta la llave. A pesar de que se sentía desfallecer, tuvo el valor de volver sobre sus pasos (Rouletabille con el gesto fué indicando el camino que recorrió el señor de Lavardens)...

Próximo ya a ese árbol, su corazón se paró, y el señor de Lavardens cayó desplomado, y entonces... intervino el asesino...

Le dije a usted, señor juez, *que el asesino era delgado como un clavo*. Aquí lo tiene usted.

Y Rouletabille, quitando su gorra de un clavo incrustado en el árbol, y del cual la había colgado, mostró al culpable.

—El señor Lavardens, al caer, dió contra el clavo, que le desgarró brutalmente la sien. ¡Así fué asesinado el señor de Lavardens!

Ya estaban el señor Crousillat y los forenses al pie del árbol, examinando «el arma del crimen». Rouletabille, al mismo tiempo, les fué mostrando vestigios de sangre en el tronco contiguos al clavo:

—Un atento examen les hará ver qué herrumbre cubre el clavo.

Se llamó al tío Javán, que a la sazón pasaba por allí, atisbándolo todo por el rabillo del ojo; le pidieron los alicates, y la indagación se enriqueció con la mejor pieza de convicción. Ya no era posible dudar desde este momento (y los forenses proclamaban en alta voz su parecer) que el suceso ocurrió tal y como acababa de contarlo Rouletabille.

—Pues bien—exclamó el señor Bartholasse—; nos ha tomado el pelo.

—¿Quién?—preguntó el señor Crousillat enjugándose la frente.

—Pues ¿quién ha de ser? Su Rouletabille—contestó el escribano—. *Si sabía que el clavo era el culpable, ¿por qué no nos lo dijo antes?*

—Exacto—expuso acorde el señor Crousillat encarándose con el repórter—. No merece usted perdón. Y era ocioso detener a este señor (agregó señalando a Hubert) si usted sabía que era inocente.

—Preste usted servicios a la justicia—replicó riéndose Rouletabille—, y verá cómo se lo pagan. Pero, mi querido señor Crousillat, usted olvida una cosa: usted olvida que mientras el señor de Lavardens estaba en casa del señor Hubert, se verificaba el rapto de la señorita Odette y quise saber si Hubert, inocente del asesinato del señor Lavardens, era o no cómplice del rapto de su hija. Convenía que sobre todos los que pudieran decir algo sobre el rapto de la señorita Odette pesase la amenaza de la inculpación del *asesinato* del señor de Lavardens, no sólo sobre Hubert, sino sobre los bohemios, sobre Andrés, sobre Calixta y hasta... sobre el tío Javán, aquí presente, y del cual supuse que sabía más cosas que larga es su nariz, que no se queda corta...

Hubert, que había presenciado sin abrir la boca esta escena, interrumpió la risa que le desencadenaron las últimas palabras de Rouletabille.

—Y ahora, señores, ¿qué van ustedes a hacer de mí?

—Pero, *mi querido señor Hubert*—dijo el repórter—, se le va a poner en libertad...

El escribano dió un brinco:

—Ya es el colmo.

El señor Crousillat lanzó sobre el señor Bartholasse severa mirada:

—¿Qué quiere usted que hagamos ahora, señor Bartholasse? Creo que, a pesar de ser periodista, el renombrado Rouletabille acaba de exponer una solución que me parece bastante justa.

—En todo caso—replicó el escribano ya fuera de sí—, que se ponga o no en libertad al acusado, no le compete. Y si usted, señor juez, me honrase pidiendo mi parecer, de rondón le diría que no soltaría al señor de Lauriac sin que antes apareciera su cuchillo apuñalado.

—Si sólo eso falta para dejar satisfecho a usted, le voy a decir dónde está ese cuchillo.

Hubert no se quedó rezagado al seguir a Rouletabille, que con un gesto arrastró tras sí a aquel tropel hacia *Lou Cabanon*. Aquel apresuramiento no pasó inadvertido para el periodista. Cuando el grupo quedó reunido en el despacho en que se desarrolló la escena inicial de este drama, Rouletabille expuso al juez:

—Vea usted el inconveniente, señor Crousillat, de no dejarse guiar siempre y en todo por el *buen sentido*. ¿Qué hizo usted? Partiendo de la idea preconcebida del asesinato, usted buscó este cuchillo por todos los sitios a los que pudo el señor Lauriac arrojarlo una vez cometido el crimen, y sus pesquisas resultaron infructuosas. Por el contrario, si usted se hubiera dejado conducir

por el *buen sentido*, éste le hubiera al punto llevado al sitio donde normalmente suele estar el cuchillo. Porque a la postre, ¿cuál es la función *normal* de un cortapapeles? Pues... cortar papel, descasar páginas... Y ¿cuál es normalmente su sitio? De no hallarse sobre la mesa del despacho, ha de estar entre las páginas de un libro. Señor Bartholasse, queda usted satisfecho... Aquí tiene usted el terrible cortapapeles.

Y Rouletabille, abriendo un enorme libro, la joya de la biblioteca de Hubert a pesar del saqueo sufrido, desprendió de sus páginas aquel objeto tan buscado.

—Como ve usted—dijo al juez alargándole el cuchillo—, no tiene manchas de sangre... *ni de sangre ni de tinta*. Vaya, vaya usted, señor juez; firme la libertad del señor de Lauriac. ¡El señor Hubert es inocente! Por lo demás, no le puede usted achacar nada. ¡Prolongar su detención sería un acto completamente arbitrario!

No tuvo necesidad de insistir el repórter. Minutos después Hubert recuperaba la libertad.

—Ha tenido usted la suerte de que encontrase el cortapapeles, señor de Lauriac—le dijo Rouletabille—. Ha de convenir usted en que le he conseguido realmente no poco *alivio*. Porque a la postre, si usted hubiera sabido dónde estaba, lo hubiera enseñado, ya que no se utilizó. Pero ¿está usted seguro de que no se utilizó?

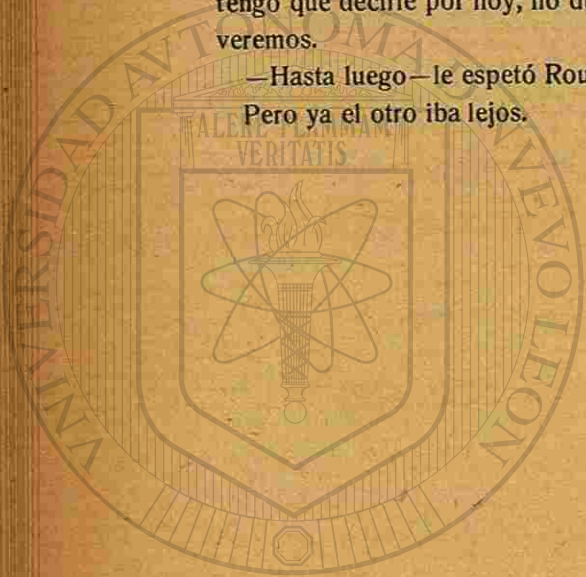
Hubert le lanzó terrible mirada.

—Señor—le dijo con voz apagada—, le debo, es cierto, mi libertad; pero permítame que no se lo agradezca,

pues a usted debí también mi detención. Es todo lo que tengo que decirle por hoy; no dude que más adelante nos veremos.

—Hasta luego—le espetó Rouletabille.

Pero ya el otro iba lejos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XX

CONTINÚA HABLANDO EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

Dice el cuaderno de Rouletabille con fecha de hoy: Encontré a Juan, que acababa de enterarse de que puse en libertad a Hubert. No esperaba que me felicitase; pero, la verdad, no me ha reñido.

—Te preocupas de ese animal y entretanto ni siquiera te preguntas qué es de Odette.

—A propósito de Odette—le dije—, ¿sabes con certeza que no tenía señal alguna en la espalda?

Ante esta pregunta reveló el mismo asombro que Estefanía, y como *no puedo* explicarle ahora por qué se lo pregunto, me recrimina con nueva amargura mi manera de proceder desde mi llegada a Camargue. Extrañas sospechas le suben al cerebro.

—¿No quieres, pues, que se la encuentre?—exclamó.

Me dejó de tal modo azorado esta «salida», que no supe de pronto qué responderle. Decididamente va a ser muy difícil continuar trabajando con este joven. Pasa el

tiempo abrazándome o maldiciéndome, y así se adelanta poco. Le suplico que precise su pensamiento y ya de una vez me diga qué abriga en su corazón; pero él se zafa, diciendo:

—Puesto que sabes con entera certeza que ha sido raptada por los bohemios, ¿por qué no das sus señas a la policía? Me explico que no te acojas a este tonto de Crousillat; pero en Francia no falta gente que pueda ayudarnos en la empresa de encontrarla.

—Cierto—le digo—: la aduana.

—¿La aduana?

—Sí, hombre, sí; la aduana. Sé con entera seguridad que los bohemios lo intentarán todo para que Odette salve la frontera.

—¿Entonces?

—Pues como amigo íntimo de un elevado funcionario de la Administración Central, le he suplicado que por teléfono comunique órdenes al efecto, recomendándole que se lleven a cabo estas órdenes con la mayor discreción, a fin de que en lo posible los bohemios no recelen...

—Por primera vez me tranquilizas un poco, Rouletabille.

—De modo que ha cuatro días se detiene en la frontera todas las carretas que intentan pasar...

—¿Y nada se ha hallado?

—Ni se hallará.

—¡Ah! Ya, ya te reconozco... Pero, cabeza a pájaros,

entonces, ¿por qué has obligado a dar esas órdenes?

—Para satisfacer tu capricho; para poder responderte algo siempre que me acuses de que nada hago por hallar a Odette... y para que nada puedan reprocharme los imbéciles.

—Gracias—contestó Juan.

—No hay de qué; ahora es menester que comprendas que no se halla a Odette precisamente, y la razón es bien sencilla: porque los bohemios *no la ocultan*. Si no han leído a Edgard Poë, por lo menos son tan agudos como el autor de la *Carta robada*, de la carta buscada por todas partes cuando estaba ante los ojos de todos. Con unos cuantos oropeles, unas medallas en la frente y unos enormes aretes en las orejas, Odette tendrá todo el aspecto de verdadera gitana sin despertar el recelo de nadie.

—Pero, en fin... le bastará gritar... hacer un gesto...

—Ni gritará ni se moverá; *dormirá* o por lo menos dormitará o soñará... quizás en ti, Juan, pues has de saber que estas gentes disponen de todos los maleficios que adormecen la voluntad, de todos los bálsamos que calman el dolor. Empleados de la aduana y gendarmes no verán a Odette en Lavardens, verán una gitana que quizás les sonría.

—Pero esto es más espantoso que todo lo que me has dicho hasta ahora... ¡Ya no veré, pues, más a Odette!

—Sí, ¡la volverás a ver! Pero es menester, Juan, que me dejes obrar.

En las primeras horas de la tarde de este mismo día, Juan no se había aún despegado de Rouletabille, pues vemos a los dos amigos en Arlés a la zaga de los pasos de Hubert, pasos que fueron espiando desde que Hubert salió de la cárcel. Este, primero, se entrevistó con *Lou Rousso Fiamo*, que ya le estaba esperando y con el cual charló largo rato en un figón cerca del foro. Rouletabille pudo oír las últimas palabras que Hubert dirigió a su antiguo mayoral antes de despedirse: «Cuento contigo», y a las que contestó el criado con un gesto de conformidad absoluta. Luego aquél recorrió no pocos puestos de periódicos, atiborrándose de los principales números aparecidos desde su arresto.

Con este lastre tomó inmediatamente el camino de Lavardens, y llegado a *Lou Cabanon*, saltó la cerca con las prisas de entrar en su casa y corrió a encerrarse en su despacho.

Ya Rouletabille no le seguía.

—Ven—expuso Juan—; no hay que distraer a este mozo de la lectura de la prensa.

—Realmente—dijo Juan—tienen para él interés muy inmediato.

—Y excelente señal...

—¿Por qué excelente señal?

Cáspita; desde el momento que arde en deseos de saber *qué ha sido de Odette* mientras él estuvo encarcelado, cabe suponer que lo ignora... y si lo ignora se puede aventurar que no ha sido cómplice.

—Es raro cómo te inclinas a defender la inocencia de ese modo—expuso Juan.

—¡Oh! ¡No corras! Ya te diré definitivamente esta tarde lo que de él pienso...

Con esta plática llegaron a una pequeña cervecería a dos pasos de la estación de Arlés Trinquet. Rouletabille invitó a Juan a entrar. Sacó del bolsillo la petaca y dijo:

—Y ahora podemos fumar tranquilamente.

—¿Pero qué vamos a esperar aquí?

—Noticias de Hubert.

Dos horas después seguían esperando... Rouletabille, fumada por tercera vez la pipa, quedó dormido apaciblemente. Juan salió a la calle tres veces y tres veces volvió. Estaba colmado de impaciencia y desesperación. Por fin surgió una silueta entre el polvo de la carretera. Rouletabille abrió inmediatamente los ojos como si el instinto le advirtiera que ya estaba allí lo que esperaba.

Tenía delante al tío Javán.

El repórter con un gesto le dijo que podía hablar ante la presencia de Juan.

—Pues bien—dijo el tío Javán—, se fué.

—Cuéntamelo detalladamente.

—No es muy largo de contar. No estuvo en su casa más allá de dos horas. Salió el criado y a poco volvió con un auto pequeño y entró a avisarle; vi entonces que nuestro hombre apareció con un saco, en que puso sin duda algunos efectos, saltó al auto y se largó a todo correr.

—¿No indagaste nada del criado?

—Sí, vaya qué supe. Si en ocho días no volvía nuestro hombre, tenían orden de cerrar la casa y darle la llave a

Lou Rouso Fiamo,

—¿Y nada más?

—Nada más.

Rouletabille sacó de la cartera un billete y se lo dió a tío Javan, que, deshaciéndose en carantoñas, se marchó.

—Bien adiestrada tienes a tu policía—dijo Juan—; pero ¿dónde vas a ir con Hubert? Seguramente va ya siguiendo la pista de Odette; ¿vamos a consentir que la alcance antes que nosotros?

Al decir esto, no se daba punto de reposo y, como de costumbre, la impasibilidad de Rouletabille le exasperaba hasta el delirio. El periodista encendió la pipa:

—Dices que seguramente va ya tras las huellas de Odette; pero yo no estoy tan seguro de ello. Ya hablaremos de nuevo esta tarde... Mientras... entremos...

—¿En dónde?

—En *Viei-Caston-Nou*. Dejemos ya por ahora de molestar a Hubert; si nos creyera tan cerca, de seguro no se va.

—¿Por qué?

—Por el temor de que le siguiéramos.

—Entonces ¿le crees cómplice?

—Te digo que no sé nada.

Aquella noche, a la hora de la cena, Rouletabille entró en la finca de Hubert por el camino que tan bien cono-

cia. Vana esperanza fué que los criados abandonasen *Lou Cabanon*; antes bien, aprovechándose de la ausencia del dueño y sin duda para festejar su libertad, estaban dando un banquete de gala a la chusma de criados de los alrededores: «Cuando el gato anda lejos, danzan los ratones.» Rouletabille, aunque no lo creyera Juan de Sautierne, tenía prisa, mucha prisa... de saber lo que le importaba saber. A pesar del bullicio de la fiesta que le trascendía de la cocina, se arriesgó y tuvo la fortuna de verse en el despacho de Hubert sin haber distraído de su francachela a aquella turba de criados.

Cerca del despacho de Hubert vió un diario, entre otros muchos, tirado por el suelo y muy sobado. Rouletabille lo recogió. Rebosaban sus páginas relatos del drama de Lavardens, y leyó en una de ellas las siguientes líneas con que terminaba un despacho expedido desde Arlés por un corresponsal:

«Los dos susodichos bohemios no titubearon en confesar que eran los autores del rapto de la señorita Odette de Lavardens, pero se negaron con energía a indicar el punto en que continúa secuestrada la infeliz joven. Calixta declaró que así se ha vengado de la traición, como ella lo llama, de su amante señor J. de S.»

Rouletabille tiró el diario, fué veloz al escritorio, remiró la estantería y vió que *el Libro de los Antepasados había desaparecido*.

Lanzó un profundo suspiro, intensa alegría encendió al parecer toda su persona; y sin precaución alguna

abandonó aquella casa, de tal modo, que todos advirtieron su salida y los criados echaron a correr tras él con escandalosa gritería.

Como les llevaba ventaja, saltó el muro, pero esta vez con mala fortuna, pues le atrapó una zarpa:

—¿Adónde diablo corre usted?

Era el corpulento señor Crousillat, que, descansando de sus tareas excepcionales, estaba pescando con caña.

—En persecución de Hubert.

—¿Así, pues, es culpable?

—No; ¡pero lo será!

Y de un brinco reanudó la carrera, llegó por un atajo al *Viei-Caston-Nou* y al topar con Juan le dijo:

—Querido, no sólo Hubert no es culpable, como tenía por seguro; pero ni siquiera cómplice, como yo recelaba. ¡Ah! esto simplifica mucho nuestra tarea... Afortunadamente, *el libro ha hablado*.

—¿Qué libro?

—¡Ah! sí, que tú no lo sabes. Pero ahora sería muy largo referírtelo. Te lo contaré más tarde.

—Y ahora ¿dónde vas con tales prisas?

—A reflexionar.

CAPITULO XXI

JUAN CONTRA «EL PULPO»

EL juez señor Crousillat y el secretario señor Bartholasse se personaron aquella tarde (la tarde siguiente a la liberación de Hubert) en la cárcel, en que provisionalmente estaban detenidos los bohemios, y a los cuales se les sometió en las primeras horas a nuevo interrogatorio, esta vez totalmente infructuoso, pues se negaron a responder hasta a las preguntas más insignificantes. El señor Crousillat pidió una entrevista al director de la cárcel.

Echaba lumbre; la prensa le trataba mal. Los diarios de la mañana se befaban de su persona. Todo el mundo reía a expensas suyas por la historia del clavo asesino, presentada como un nuevo triunfo de Rouletabille. No podía salir honrosamente de este maldito negocio sin desquitarse con Odette, esto es, sin descubrir cuanto antes el paradero de la señorita de Lavardens. Al enfren-

abandonó aquella casa, de tal modo, que todos advirtieron su salida y los criados echaron a correr tras él con escandalosa gritería.

Como les llevaba ventaja, saltó el muro, pero esta vez con mala fortuna, pues le atrapó una zarpa:

—¿Adónde diablo corre usted?

Era el corpulento señor Crousillat, que, descansando de sus tareas excepcionales, estaba pescando con caña.

—En persecución de Hubert.

—¿Así, pues, es culpable?

—No; ¡pero lo será!

Y de un brinco reanudó la carrera, llegó por un atajo al *Viei-Caston-Nou* y al topar con Juan le dijo:

—Querido, no sólo Hubert no es culpable, como tenía por seguro; pero ni siquiera cómplice, como yo recelaba. ¡Ah! esto simplifica mucho nuestra tarea... Afortunadamente, *el libro ha hablado*.

—¿Qué libro?

—¡Ah! sí, que tú no lo sabes. Pero ahora sería muy largo referírtelo. Te lo contaré más tarde.

—Y ahora ¿dónde vas con tales prisas?

—A reflexionar.

CAPITULO XXI

JUAN CONTRA «EL PULPO»

El juez señor Crousillat y el secretario señor Bartholasse se personaron aquella tarde (la tarde siguiente a la liberación de Hubert) en la cárcel, en que provisionalmente estaban detenidos los bohemios, y a los cuales se les sometió en las primeras horas a nuevo interrogatorio, esta vez totalmente infructuoso, pues se negaron a responder hasta a las preguntas más insignificantes. El señor Crousillat pidió una entrevista al director de la cárcel.

Echaba lumbre; la prensa le trataba mal. Los diarios de la mañana se befaban de su persona. Todo el mundo reía a expensas suyas por la historia del clavo asesino, presentada como un nuevo triunfo de Rouletabille. No podía salir honrosamente de este maldito negocio sin desquitarse con Odette, esto es, sin descubrir cuanto antes el paradero de la señorita de Lavardens. Al enfren-

tarse con el director de la cárcel, excelente sujeto en toda la acepción de la palabra, pero administrador severo, pendiente siempre de la letra del reglamento, no le fué muy costoso lograr que le atendiera. Ya que los detenidos no querían decir palabra en el despacho del juez, era menester hacerles hablar en el calabozo.

—¿Se refiere usted a un espía?—sugirió el director señor Mathieu—. No veo en ello inconveniente. Pero ¿de quién echamos mano?

—¿Cómo? ¿No tiene usted entre los detenidos a algún muchacho inteligente?...

—No me he preocupado de eso—respondió el director—; eso no está en el reglamento, y cuando en ciertos asuntos la policía ha tenido necesidad de utilizar un *chota*, me lo ha traído a prevención... Dirijase usted a la Dirección de Seguridad... aquí ha enviado agentes...

—Que no están aquí—replicó suspirando el señor Crousillat—. Están dedicados a la busca de la señorita de Lavardens por todos los caminos, corriendo a la husma de todas las carretas, y quién sabe si la descubrirán antes que yo... ¡Ah!, estamos perdiendo el tiempo...

—Mientras que Rouletabille se ríe de nosotros—acabó diciendo el avinagrado señor Bartholasse.

—A propósito de Rouletabille—dijo el señor Mathieu—, ha venido verme.

—No se fie usted—exclamó el secretario—. ¿Qué le trajo por aquí?

—Visitar la Cárcel...; me dijo que para escribir un ar-

tículo y... coleccionarlo. Parece ser que ha visitado y descrito todas las cárceles de Francia.

—Y se lo ha consentido usted!

—No, señor; para mí sólo existe el reglamento, y la visita del citado Rouletabille no era reglamentaria; no tiene título alguno para visitar *mi* Cárcel.

—¡Ah!, esto sí que le molesta—repuso el señor Bartholasse—. Seguramente no le habrá contado cómo visitó la Cárcel de Moulins durante el proceso del marqués de...

—No, por Dios. Me saludó muy cortés, y ya no le he vuelto a ver.

—Pues se lo voy a contar a usted. Me hallaba entonces en Moulins y el asunto fué muy ruidoso. Usted recordará, sin duda, tan famoso proceso. Se acusó al marqués de haber arrojado a su yerno desde el acantilado al paseo de una alameda. Andaba el asunto complicado con la historia sorprendente del preceptor con la marquesa. En una palabra, los diarios de ambos mundos enviaron allí a tantos redactores, que llenaron las fondas de la ciudad con gran antelación al comienzo de la vista. En esta época, Rouletabille, casi un niño, rompió sus primeras cañas. Pues bien: su primer hecho de armas fué un golpe magistral, que motivó el cambio de prefecto, que costó el empleo al director de la Cárcel y a no sé cuántos empleados de la administración penitenciaria...

—¡Diablo!—exclamó el director.

—Así fué. Quería a todo trance ver al marqués e interviewarle. La antevíspera del proceso, Rouletabille se

presentó en la secretaría de la Cárcel con un permiso timbrado de la prefectura, por el cual se autorizaba al *antropólogo señor Arnault la visita a las cárceles de l'Allier.*

»Huelga decir que se arregló, se caracterizó y se dió aspecto de honorable anciano a punto de ver en él el director de la Cárcel a un sabio tan recomendable como recomendado. Hizo que lo viera todo... las celdas, los patios, la capilla; hasta le invitó a probar la sopa, y bastó que el señor Arnault dijera una palabra para que al punto se le franqueara la celda del marqués... ¡Un momento, y el marqués sólo le dijo tres palabras... Al día siguiente Rouletabille escribió con sólo estas tres palabras un artículo de tres columnas...

En aquel instante un celador llamó a la puerta del despacho del señor Mathieu, y al presentarse avisó que en secretaría esperaba una persona *que se decía antropólogo y pretendía estar autorizada para visitar las cárceles de las Bocas del Ródano.*

El señor Mathieu, el señor Crousillat y el señor Bartholasse se miraron con asombro.

—Tráigame usted aquí a esa persona—dijo el director en tono de mando y con la voz ligeramente alterada.

En los pocos minutos subsiguientes no cambiaron palabra los tres personajes. Esperaban de un momento a otro ver la aparición de Rouletabille disfrazado de sabio. Pero vieron llegar a una mujer.

Una mujer vestida con gran sencillez y perfecta ele-

gancia, de modales distinguidos, y que, sin ser hermosa, tenía en la fisonomía algo raro y seductor, difícil de definir. En cuanto cerró la puerta empezó a hablar, delatando su origen eslavo, sin duda, por el canto de su voz y el desarrollo agradablemente infantil de la frase, por lo demás perfectamente correcta...

Los tres señores se levantaron y la señora presentó al director un pliego oficial, disculpándose de distraerle a hora tan intempestiva, pero tenía que cumplir con una misión urgente.

—Pero ¿tales urgencias gasta la antropología?—preguntó el señor Mathieu, poniéndose muy en guardia.

—Por Dios, señor director, en verdad, las tiene a veces. Pero me encuentro un poco cohibida, se lo aseguro, un poco atemorizada...; prefiero exponerle todo mi pensamiento, es lo mejor de seguro..., y estos señores me perdonarán..., pero quisiera hablar a solas con usted...

—Puede usted hablar delante de estos señores, que son buenos amigos míos, y para los cuales no tengo ningún secreto; permítame, señora, que se los presente: el juez de instrucción, señor Crousillat, y su escribano, señor Bartholasse...

Luego, volviéndose hacia estos señores, y designando a la visitante:

—La señora de Meyrens.

El director acababa de leer este nombre en el volante del prefecto, que servía a la vez de recomendación a la distinguida antropóloga.

El rostro de la señora de Meyrens reveló la más viva satisfacción.

— ¡Señor juez de instrucción! ¡Señor escribano! ¡Ah!, entonces... pueblo hablar..., *estamos en familia*. He aquí lo que le iba a decir, señor director...; pero... entiéndase bien... ¿estamos?... le confío un secreto de Estado en pura verdad—agregó con seductora sonrisa—. Pues bien... (y miró hacia la puerta como si quisiera cerciorarse de que no se podría sorprender sus palabras), pues bien: no soy en rigor una antropóloga..., y si le traigo este volante oficial, señor director, es, sencillamente, para ponerle a usted a cubierto, como dicen ustedes en la administración, y para que no padezca el reglamento... He aquí, señor director, lo que soy.

Y sacó del seno un sobre que alargó al señor Mathieu.

Este sacó del sobre importantes documentos, entre ellos un pasaporte con la fotografía de la señora de Meyrens, y otros que llevaban la cabecera del servicio de la Seguridad general. Mezclada con ellos iba una carta reciente del director de Seguridad que, al parecer, causó en él gran efecto. Presentó esta carta al señor Crousillat, diciéndole:

—Ea, señor juez; usted, que va buscando un *choto*... ya lo tiene usted.

—Esta vez será *chota*—repuso la señora de Meyrens—. No, no se dice así... ¿Cómo se llama a la hembra del carnero? ¡Ah!, sí... oveja... ovejita... seré su ovejita.

Resultaba de los documentos auténticos que estos se-

ñores tenían en las manos que los jefes de policía de París enviaban a uno de los más perspicaces agentes, a la señora de Meyrens, a Arlés, para «cocinar» a los dos bohemios y tratar de arrancarles alguna palabra que les orientara en las pesquisas de la policía, completamente descarriada y sin rumbo en cuanto al paradero de la señora de Lavardens. Sabemos que las Aduanas de la frontera, puestas en constante ajeteo por Rouletabille, no lograron por su parte más éxito que la policía.

Un cuarto de hora después, se le franqueó a la señora de Meyrens la entrada en la celda de Calixta.

La gitana a duras penas pudo disimular el azoramiento que le produjo ver en la compañera de cárcel recién llegada a *El Pulpo*...

—Vengo a salvarla—le dijo la señora de Meyrens en cuanto quedaron solas.

Y dejó caer de debajo de su ropa una blusa, un mandil de albañil manchado de yeso y una gorra...

Cuando entró *El Pulpo*, Calixta estaba acurrucada en un rincón, apoyados los codos en las rodillas, cubiertas por jirones de su zagalejo; su larga faz salvaje, velada por la celosía de sus manos abrasadas, y toda ella profundamente deprimida. No creyera que era la misma mujer quien habiéndola visto en el despacho del juez hacer frente a Rouletabille y alardeando de indomable fiereza, ahora la viera sola en el calabozo, acabada la comedia para sí y para los demás.

Ella quiso vengarse y se vengó; pero no por ello que-

daba todo menos perdido para ella. ¿Su amor por Juan? Sí, indudablemente; pues ella creía que le amaba, pero si hubiera podido analizar sinceramente los sentimientos que le impulsaron a obrar, hubiera hallado en ellos más orgullo herido que amor desesperado... ¡Ah! Calixta cayó de las alturas de su sueño. Había acariciado, en la sencillez infantil de su ambición desmesurada, que sería con el tiempo una gran señora, gran señora que llevaría el nombre de Jean de Sautierne... Tal pensamiento sólo podía brotar en una joven andariega que hubiera siempre vivido al margen de la vida civilizada y que cree salvadas todas las distancias porque de la noche a la mañana se ve trasladada de la carreta natal a un pequeño entresuelo de los Campos Elíseos.

Sin comunicárselo a Juan, pues, por simple que fuera, su desproporcionada ambición sabía muy bien revestirla de instintiva astucia, vino más de una vez a Lavardens «de incógnito». Quiso contemplar de lejos *su castillo*, sus propiedades, y quién sabe si en sus paseos solitarios topó con Zina, arraigada hacía muchos años en los alrededores. Y quién sabe si la confió sus ensueños y halló una aliada en esa vieja mujer de su raza. Tanto, que más tarde se recordó que la vieja solía decir frecuentemente a Odette:

—Cásate, hija mía... ¡Cásate pronto!

Pero como se lo dijo leyendo en las rayas de la mano, Odette no hacía más que reír.

Y ahora Odette no estaba casada. Pero tampoco Ca-

lixta. ¡Ah! Si Odette rodaba por la pendiente de infernal aventura, ¿quién era capaz de saber adónde llevaría también a Calixta la suya? El calabozo..., la prisión para tantos y tantos años..., y si salía de ella... ¡Andrés! Andrés, que le infundía pánico y que ya no soltaría nunca la presa.

Y he aquí que cuando todo lo cree perdido aparece en su calabozo *El Pulpo* para salvarla. No daba crédito a sus ojos ni a sus oídos. Se irguió, sin hallar palabra que decir y sin comprender lo que estaba ocurriendo.

¡*El Pulpo!* Había oído decir que esta mujer pertenecía a la policía... ¿No debía desconfiar de ella?

La señora de Meyrens recogió la ropa que trajo escondida, la celó en el jergón de Calixta y se sentó tranquilamente en el único taburete de la celda. Sacó elegante petaquita del bolsillo y la presentó abierta a Calixta.

—¿Quemamos uno?, como creo que dicen ustedes en Montmartre. No tenemos prisa, ya lo sabe usted: disponemos de todo el tiempo que quiera, mi querida Calixta.

Encendió los dos cigarrillos y continuó hablando a sus anchas.

—Nada dice usted, querida; parece usted asombrada y... tiene motivos ciertamente: usted querrá saber cómo estoy aquí; no quiero que sufra y va usted a ver de qué modo más sencillo. Todo el mundo dice que pertenezco a la policía; no soy de la policía más que cuando quiero, y me valgo de la policía más que la policía de mí. ¿Com-

prende? Sí, me comprende. Que quiero salvarla: entonces soy de la policía, arreglo las cosas y entro en su calabozo para conseguir que hable usted... para que me diga dónde está Odette...

—Eso jamás... a nadie, a nadie... ni aun para salvarme.

—Lo sé de sobra... ¡Calma, querida y desgraciada Calixta! Si yo misma la digo que soy de la policía, es para que sepa... que yo soy, como se dice en la jerga de las cárceles, un *choto* que le haga hablar...; pero no pretendo que hable usted, pues ya le advierto que soy el *choto*... soy el *choto* para la policía, para el director de la cárcel, para el juez, para todos... menos para usted.

—La comprendo—dijo Calixta meneando la cabeza.

—Mi enhorabuena, querida. Con buena voluntad se llega a todo... Usted lo sabe; me ha tenido usted por una gran señora, ladrona muy peligrosa de museos..., detenida esta tarde, quiero decir—agregó lanzando una carcajada—; he venido a Arlés a robar la plaza de toros... ¿Serie usted? Buena falta le hace... Y ahora hablemos seriamente.

En cuanto yo me vaya y le traigan la cena, pone este taburete sobre el catre, y subida en aquél empieza a limar esa pequeña barra que le impide salir por la ventana.

—¿Con qué?

—Con esta pequeña lima.

Y le dió una lima que sacó del forro del vestido.

—Podrá invertir en la operación, a lo más, una hora.

—Y que no servirá para nada—dijo Calixta tirando el cigarrillo—. ¡Si no ha inventado otra cosa! Supongamos que salga de este patio; habré de atravesar una bóveda enrejada, y aunque la salve vengo a caer en la línea de la ronda, y para salir de esta línea he de pasar por delante de la Secretaría... No le quiero hablar de guardias y celadores que hallaré al paso... He examinado bien esta cárcel y cada una de sus salidas... Pierde aquí lastimosamente el tiempo todo detenido.

—Seguramente..., pero no una persona libre...

—Y yo no lo soy.

—Usted lo es. Escúcheme, querida e impaciente Calixta. Cuando acabe de limar el barrote, usted se acuesta y duerme tranquilamente como compete a una persona libre. Mañana por la mañana le traen su desayuno, y luego recorren los cerrojos. Y ya nada tienen que hacer aquí. Nadie puede molestarla. Se desposee de estos guñapos y se viste de albañil con la ropa que le he traído. Se hunde la gorra hasta los ojos y ya está usted transformada en un peón de albañil. Usted sabe o no sabe que ahora se está reparando el patio C, donde está la celda de Andrés. Se empieza a trabajar a las ocho; a las ocho y media saldrá un carretón lleno de escombros, del cual tirará enganchado un obrero... Pasará por su patio y se detendrá unos segundos ante su ventana, si cree el obrero que puede usted saltar sin riesgo de ser sorprendida; si teme algo, se detendrá un poco más arriba y no llegará al pie de su ventana hasta que esté alejado todo peligro. En-

tonces no dude, se lo aconsejo; se desliza usted y se pone detrás del carretón empujándolo mientras que el otro tira. Así saldrán de la cárcel sin obstáculo alguno usted, el carretón y el obrero, se lo aseguro... Una vez fuera ya todo es fácil: en el ángulo de la calle les esperará un auto y ya irán lejos cuando se descubra su fuga.

—Y ¿usted está segura del obrero?—preguntó Calixta, cuyo corazón latía con fuerza al evocar esa posible evasión.

—Como de usted misma. Ese obrero es Andrés.

—¡Ah!—suspiró Calixta.

—¿Usted preferiría salvarse sola?—preguntó a su vez *El Pulpo* con estudiada sonrisa.

—Yo... no sé...

—Yo sí sé que usted ha de necesitar aún a ese hombre; por ello no he dudado en proporcionarle una lima y otro traje de albañil como el de usted, por mediación del conductor ordinario del carretón, que se los ha echado por la ventana; por lo demás, Andrés era insustituible en este ardid. ¿Quién hubiera conducido el carro? El obrero que he comprado como otro cualquiera *no quiere saber nada*, como ustedes dicen.

—Y ¿usted cree que aún necesitaré a ese hombre?

—Sí; Calixta... pues usted no ha acabado aún con Odette.

—¡Oh!, sí; es cierto.

—Rouletabille y Juan tienen ya su pista, sin contar a Hubert, que corre como un loco tras ella, decidido a

arramblar con todos los obstáculos, y *si usted quiere retenerla*, van a ser pocos ustedes dos, créame.

—Somos todo un pueblo para guardarla—repuso Calixta con apagada voz.

—Es demasiado—replicó *El Pulpo*, frunciendo el ceño—; es demasiado, y *¡quizá no sea suficiente para Rouletabille!*

Una hora después, *El Pulpo* salió de la cárcel y se dirigió a la plaza del Foro.

Con su sombra se entretejió otra sombra que no la abandonaba un solo paso. Esa sombra era Juan.

Vió que la señora de Meyrens entraba en el hotel del Foro. Quedó inmóvil unos instantes mirando la fachada del hotel. Dos ventanas del primer piso se inundaron de luz.

Segundos después, distinguió detrás de los cristales a la señora de Meyrens, que daba unos pasos hacia Rouletabille, y con el cual empezó a hablar animadamente.

La conversación aquella delataba la comedia.

Juan de Sautierne tomó entonces una gran resolución. Abandonó la plaza del Foro para ir a buscar al señor Crousillat, juez de instrucción.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CAPITULO XXII

CONTINUACIÓN DE LA LUCHA DE JUAN CONTRA «EL PULPO»

GUILLIAT, el obrero del mar, forcejeando contra los ocho brazos del pulpo, que le arrastraban hacia el abismo, era para Juan de Sautierne menos de compadecer que Rouletabille, enredado en los nudos misteriosos que le ataban a esa inquietante señora de Meyrens.

Luego de lo ocurrido días antes en Santas Marías, después de los misteriosos manejos de esta intrigante, y que logró sorprender Juan, y después de lo que el propio Rouletabille contó al mismo Juan, acerca de la intimidad de esta mujer con Calixta, ¿cómo el repórter no rompía definitivamente esa relación que, ¡ay!, había ya durado demasiado, en perjuicio de Rouletabille y de la tranquilidad de sus amigos? ¡Eterna debilidad de la naturaleza humana; pobre, insignificante, estólida cosa el corazón enamorado o nada más que robado por la gracia femenina que pasa! Basta que ésta vuelva a pasar con la frente

baja, la mirada extraña y la sonrisa enigmática, y ¡adiós *buen sentido!* Rouletabille, tan ufano de su talento, tenía en verdad un corazón demasiado sensible. Y era forzoso que por ahí muriera, se decía Juan.

Al parecer, no podía ver a *El Pulpo* sin reñir con ella; pero las riñas son amor. Y entretanto, la miserable, con un fin que al recordarlo Juan se inundaba de horrible amargura, sordamente trabajaba contra ellos, contra todo lo que podían emprender.

Si Odette no estaba aún rescatada, para Juan toda la culpa era de *El Pulpo*.

Así no pudo contener el ímpetu de su odio al reconocer de pronto en la esquina de una calle de Arlés la destestada silueta... ¿Qué tenía que hacer en Arlés? ¿Por qué, al parecer furtivamente, se deslizaba a lo largo de los muros por las callejuelas henchidas de sombras? El la había seguido hasta la cárcel, y había aguardado durante dos horas su salida. ¿Qué hacía esa señora dentro? Allí estaban encerrados Andrés y Calixta. Sólo puede admitirse que entrase para verlos. ¿Qué añagaza urdía?

Pensó primero comunicar a Rouletabille el suceso; pero cuando ya salió la señora de Meyrens, y en cierto modo ella misma le guió hasta el hotel donde estaba citada con el repórter, dió pie a que Juan, una vez más, imaginara que tenía excesivo ascendiente sobre el espíritu de su amigo para que fuera dable convencerle de las trapacerías de su amante.

Siempre echaría esa señora mano a cualquier explica-

ción, con la cual el repórter, harto ciego, se quedaría tan satisfecho.

Juan, pues, se decidió a dar un gran golpe, sin prevenir a Rouletabille, y con el intento de salvarle, a pesar suyo. Sabía que solía comer el señor Crousillat, que era soltero, en un pequeño figón muy sonado por el modo de condimentar el conejo con sangre y ajo aceite.

Le halló probando los primeros bocados y poco dispuesto a oír hablar de un asunto que sólo disgustos le había acarreado. Aumentaba su mal humor el fracaso del *choto*, recomendado por la Dirección de Seguridad, y de muy buena gana hubieran enviado al cuerno al joven Sautierne cuando éste le comunicó que había de exponerle grave revelación.

—Déjeme al menos comer, querido—gruñó—; entre usted y Rouletabille se me llevan el día.

—Señor—le dijo Juan—, ya comerá usted más tarde, pues creo que lo que voy a decirle no admite dilaciones.

Y sin más preámbulos, descubrió al señor Crousillat las relaciones que unían a Rouletabille con una tal señora de Meyrens, *amiga de Calixta*; poco faltó para que sufriera un eclipse el apetito formidable del señor Crousillat.

—Esta señora de Meyrens, muy conocida en ciertos medios con el nombre de *El Pulpo*, es la peor enemiga para todos en este asunto, y lleva de cabeza al propio Rouletabille por listo que sea.

En la mirada del señor Crousillat rieló por un mo-

mento la idea de que no le disgustaba que Rouletabille fuese al fin también manteado como los demás... Pero esta satisfacción, disculpable en todo hombre no desprovisto de amor propio (sentimiento generalmente muy desarrollado en los jueces de instrucción), cedió pronto el lugar a preocupaciones exclusivamente profesionales, desde el momento que Juan fué entrando en más explicaciones.

—Rouletabille ha impuesto la detención de Calixta.

—Estoy seguro—repuso Juan—de que esta señora de Meyrens lo menos que intentará será la evasión de la gitana... He visto cómo ha entrado en la cárcel, en donde ha permanecido dos horas.

—¡Dioses poderosos!—resolló el señor Crousillat tirando la servilleta—. Y ¡nosotros que la hemos franqueado la misma celda de Calixta! Aguárdeme aquí, joven; voy corriendo a la cárcel y vuelvo en seguida.

Y el corpulento señor Crousillat echó a correr con tal ligereza, que nadie la hubiera esperado.

Juan aguardó mucho más rato que le hiciera esperar el juez de instrucción, y como tenía hambre y estaba satisfecho de su iniciativa, acabó por comerse la ración del señor Crousillat. Este reapareció al cabo de una hora. Tumbóse en el diván, exhalando un gran suspiro.

—¿Y qué?—preguntó Juan.

—Pues bien, joven; hemos llegado a tiempo.

Y el juez de instrucción se enjugó la frente, que era un arroyo.

—Tenía razón, ¿no es cierto?

—Sí, tenía usted razón... ¡Ah!, figúrese usted, amigo mío... pero ¿dónde está mi plato?

—Señor, me lo he comido.

—Y ha hecho usted bien. ¿Estaba bueno?

—Superior; permítame, señor, que le convide a otro.

—Eso, nunca; yo pago esta noche. Se lo debo a usted.

¡Ah, puede usted envanecerse de habernos sacado del pie atroz espina! ¡Usted no sabe lo que se ha hallado en las celdas de esos bandidos! ¡Limas y trajes de albañil! ¡Ah, y todo a punto! ¡Y de qué modo! La bohemia iba a limar la reja de su jaula cuando fué descubierta. Se defendió como una leona. No quería entregar la lima. Estaba como loca. Después de amenazar a los demás, intentó golpearse.

—Pobrecilla—dijo Juan quedamente.

—¿Cómo? ¿Y aún la compadece usted?

—Señor, usted no ignora que fué amiga mía... Tolere usted que la compadezca, si bien no puedo titubear entre ella y mi prometida. Es menester que la retengamos en nuestro poder; acabará por hablar. ¿Qué opina usted, señor?

—Yo no opino nada, ni quiero, señor, pensar en nada. Es asunto que no me concierne.

—¿Qué quiere usted decir, señor? ¿Y qué va usted a hacer con esta señora de Meyrens, que ha intentado la evasión de los detenidos?

—Absolutamente nada. Está demasiado recomendada

y eso compete, además, al director de la cárcel, que va a hacer algo...

—¿Qué va a hacer?

—Un expediente.

—Adiós, señor—dijo Juan levantándose.

—Adiós, joven, y gracias.

Juan se fué inmediatamente al hotel del Foro, en donde se hubiera alegrado de entrevistarse con Rouletabille. Pero ni él ni *El Pulpo* se dejaron ver.

Habían tomado dos cuartos en comunicación y Juan se instaló en otro del piso de arriba.

Se tumbó vestido en la cama y ordenó que le despertasen al amanecer. Inmediatamente se puso a vigilar desde una ventana todas las entradas y salidas. A las siete vió que la señora de Meyrens salía del hotel y atravesaba la plaza del Foro. El se lanzó sobre sus pasos.

La señora de Meyrens, tal como iba vestida, con el traje protegido por un guardapolvo y una toca en la cabeza, que no le vió Juan el día anterior, delataba que salía a algún viaje en auto descubierto, y así a Juan no le sorprendió verla entrar en un *garage*, en el cual, sin duda, se le esperaba, pues el empleado se puso inmediatamente a su disposición.

Minutos más tarde salió guiando un torpedo que, a prudente marcha, se aventuró por las callejuelas de la ciudad. No costó a Juan gran trabajo seguirle. No sólo el coche andaba moderadamente, sino callado, ociosa la bocina, en dirección al barrio de la cárcel.

Cuando estuvo ya a unos cien metros, paróse en la esquina de una calle. Juan vió entonces que la señora de Meyrens dejaba allí parado el auto, consultaba el minúsculo reloj de pulsera, y la vió levantarse y descender con negligencia que no carecía de gracia.

Previendo que iba a ocurrir algún suceso importante alrededor de la cárcel, Juan se desvió, y por una callejuela contigua se dirigió hacia el establecimiento penitenciario.

En el camino topó con el señor Bartholasse, que iba a la Audiencia, y le pidió que fuese inmediatamente a poner en conocimiento del señor Crousillat que la señora de Meyrens andaba rondando la cárcel y a mano un auto con intentos muy sospechosos. El señor Bartholasse respondió con maligna sonrisa al joven que su jefe se había ido a pescar, y que él, simple secretario, por nada del mundo se arriesgaría a substituir a un juez de instrucción en tan graves menesteres.

Entonces, Juan se decidió a ir a ver al propio director de la cárcel.

En la secretaría se le contestó que el señor director se había ido a pescar con el señor Crousillat y que salieron a primera hora y no regresarían hasta la noche. Estas conversaciones y estos pasos consumieron algún tiempo. Eran ya cerca de las ocho. Al salir de la cárcel, lo primero que vió Juan fué la silueta de la señora de Meyrens esfumada en la esquina de la calle donde tenía parado el auto. De allí atisbaba, sin duda, la cárcel. ¿Qué esperaba?

En este punto de sus reflexiones, Juan hubo de apartarse un poco para evitar el choque de un carretón lleno de escombros que salía del patio, carretón del que tiraba un obrero y empujado por un peón de albañil.

Al punto reapareció en la otra esquina de la calle la silueta de la señora de Meyrens y, al parecer, esperó que el carretón pasase ante su presencia.

Y cuando pasó, vió Juan claramente que la señora de Meyrens dirigía la palabra al obrero y que el obrero le contestó sin detenerse.

El carretón dió la vuelta a la calle y la señora de Meyrens lo siguió.

Cuando hubo desaparecido, Juan corrió de nuevo hacia la cárcel y pidió audiencia inmediata al funcionario que substituía al director en las ausencias.

—Dígale que se trata de graves acontecimientos.

Tenía el convencimiento de que cuanto acababa de ver guardaba estrecha relación con la evasión premeditada de Andrés y de Calixta, y temía que el señor Crousillat y el señor director, antes de irse a su excursión campestre, no hubieran tomado todas las medidas necesarias para frustrar el intento. Consideraba gran imprudencia suya, después del descubrimiento del día anterior, no pensar más que en distraerse, dejando a sus espaldas y en completa libertad de acción a esa señora de Meyrens, maestra en ardides y recursos.

Un cuarto de hora después salió del establecimiento penitenciario y corrió hacia el hotel del Foro, donde

preguntó por Rouletabille. Este se presentó al momento con cara de mal talante:

—¡Atiza! ¡Aquí tú! ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

—Vi anoche que la señora de Meyrens se dirigía a este hotel, y como no has vuelto a Lavardens...

—Bueno, comprendido. ¿Qué hay de nuevo?

—Ante todo, salgamos del hotel.

—Lo que quieras; vete delante, que te sigo.

—No, te vienes en seguida conmigo. La señora de Meyrens salió esta mañana del hotel; ¿puedes decirme si volvió?

—Al instante.

—Pues bien; he de hablarte antes de que la veas. Es muy grave lo que voy a decirte...

—Como siempre.

—No; como nunca.

Rouletabille, muy intrigado, aunque se ufanasé de no conceder importancia alguna a lo que solía llamar «imaginaciones» de Juan, siguió al punto a su amigo. Juan le pegó al muro del hotel para que no pudieran ser vistos desde ninguna ventana.

—¡Cuántas precauciones!—dijo Rouletabille levantando los hombros.

—Vas a comprenderlo en seguida.

Juan le llevó al cafetín en el cual la noche anterior se había comido la ración del señor Crousillat. A pesar de estar solos en la sala más recóndita, aun esperaron a hablar que el mozo les trajera los bollos y el café con leche

que pidieron. Rouletabille empezó a expresar creciente impaciencia.

—Querido, voy primero a contarte lo que anoche hizo la señora de Meyrens.

—Y para esto haces tantos aspavientos...—dijo dando un salto Reuletabelle—. Yo seré quien te diga lo que hizo anoche: fué a la cárcel, pidió audiencia al director...

—¿Y luego?

—¿Luego?—agregó Rouletabille—. Se presentó con un volante oficial de la prefectura, en el que se le daba licencia para visitar, como antropóloga, las cárceles de las Bocas del Ródano.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No ha tenido necesidad de decírmelo, pues he sido yo el que le hice ese encargo y yo el que le ha dado ese volante...

—No comprendo, pues, lo que perseguías con eso; pero lo que tú ignoras seguramente es que en cuanto estuvo ante la presencia del director, del juez y de su secretario, que se encontraban allí, descubrió en seguida el truco que le confiaste: declaró que no era antropóloga, sino agente de la Seguridad general para «cocinar» a los bohemios detenidos. Lo que no sabes tampoco es que se le franqueó la entrada en la celda de Calixta, y que le dejó allí una lima y un disfraz de albañil.

—Y ¿luego?—repuso Rouletabille, clavando en Juan rara mirada.

—¿Sabes o no sabes que se están llevando a cabo unas

reparaciones en la cárcel? Sin duda compró la complicidad de uno de esos obreros que salieron esta mañana tirando de un carretón.

—No—interrumpió Rouletabille con duro acento—: no compró a ese obrero.

—Permíteme que lo dude... pues, mientras tú estabas durmiendo o quizá *reflexionando*, la señora de Meyrens fué a alquilar un auto esta mañana en un *garage*, y se apostó a unos cien metros de la cárcel..., y cuando el obrero pasó junto a ella, mantuvo con él muy animada conversación...

—No—dijo Rouletabille con acento cada vez más agrio—; ella no compró a ese obrero; *le compré yo*.

—¡Tú!

—Sí, yo... En la cárcel ella obró por cuenta mía y según mis indicaciones, mientras fuera yo lo disponía todo para mi idea...

—¿Para qué?—gritó Juan sofocado.

—No levantes la voz, querido—le susurró Juan, imponiéndole su autoridad—; voy a decirte para qué, ya que no eres bastante perspicaz para adivinarlo... Pero toma tranquilamente tu café con leche e imita mi calma, que es sólo aparente, te lo juro. Te he dicho siempre que no recuperaremos a Odette sino por Calixta... Sólo para que hable, hice detener a ella y a Andrés...

—No he olvidado que tu intervención me salvó...

—Aunque no hubieras corrido peligro alguno, los hubiera puesto en chirona del mismo modo; así, pues, no

me lo agradezcas. No son estos momentos de andarnos con cumplimientos y cortesías, y así no te oculto que temo por parte tuya algún desaguizado... pero... razoná conmigo. Con el *asesinato* del señor de Lavardens, yo esperaba que *cantase*; pero al ver que ni ella ni Andrés soltaban prenda, hube de cambiar de táctica de cabo a rabo... Y como dispuse encarcelarlos, resolví abrirles la jaula... porque ¿no tenemos noventa y nueve probabilidades contra una, que fugados *irán a reunirse con Odette*, sobre todo si *El Pulpo* les dice que andamos ya sobre sus pasos? En ese caso... los seguimos; yo ya me las he compuesto para que no los coja de nuevo; y así juntos llegamos al fin propuesto. Pero ¿qué tienes? ¿Vas a ponerte malo?

—¡Rouletabille!—murmuró Juan supirando—. Rouletabille, he cometido otra tontería.

—¡Ah!, no lo dudo... ¿Qué has hecho, desgraciado?

—Rouletabille, yo en persona, anoche, en este mismo sitio que ocupas, vine a prevenir al señor Crousillat para que no se fiase de la señora de Meyrens, y le dije que era tu genio malo, que contrarrestaba cuanto hacías, que le vi entrar en la cárcel y que no perseguía otra cosa que favorecer la fuga de tus detenidos...

—¿Tú has hecho eso? ¿Tú has hecho eso?—rugió el sordo acento de Rouletabille—. Y ¿entonces?

—Entonces, el juez marchó corriendo a la cárcel, vió al director y se descubrió en las celdas de los detenidos limas y disfraces de albañil...

—Basta, basta, desdichado...; me percaté, me percaté en cuanto abriste el pico; ahora... ¡cállate!

Y Rouletabille, con los codos sobre la mesa y talante feroz, cubrió con las manos su rostro.

Juan estaba anonadado. Medió un largo silencio, y en ese intervalo sólo se oyó el zumbido de las moscas que se dieron cita en aquel figón. En fin, Rouletabille levantó la cabeza y dijo a Juan:

— Es inútil que hablemos más de ello; bastante desgracia te has acarreado con lo hecho. Que te sirva al menos de lección. No puedes imaginarte la astucia que he necesitado para que *El Pulpo* obrase secundando mis proyectos. Yo supe que se proponía emplear su compadrazgo policíaco para favorecer la fuga de Calixta, pero no sabía cómo llevarla a cabo, y sobre todo quería ocultármela, pues su propósito era jugarnos una mala pasada a ti y a mí, y acumular obstáculos entre nosotros y Odette... Entonces fui yo el primero en abordarle y decirle: «Calixta es amiga de usted; si usted le presta un gran servicio, un servicio inmenso, tendrá confianza en usted, y no se negará a darle de Odette las noticias que necesito. Haga usted que se fugue; ¿quiere usted que les ayude?»

—¡Admirable!—gimió Juan—: soy un bruto.

—No, Juan; no eres un bruto, pero ya no te burles más de mí ni te impacientes cuando me veas *reflexionar*... y, en adelante, déjame que maneje a *El Pulpo* como quiera. Ciertamente, confieso que es muy hábil, pero acabo de probarle que en esta coyuntura, como en otras muchas,

si tú no te interpones, demuestro ser mucho más hábil que ella. En todo caso, ya no tendremos ocasión de volver a hablar de ello en mucho tiempo... Si no he logrado la fuga de Calixta, *he deshecho a El Pulpo*. Después de lo que ha hecho...

—Después de lo que ha hecho, la policía le va a echar mano—exclamó Juan.

—Acabas de decir otra tontería. *El Pulpo* no tendrá empacho en decir a la policía que puesto que tenía la orden de «cocinar» a Calixta, nada mejor para conquistar su confianza y determinar sus confidencias que ofrecerse como cómplice de un proyecto de fuga, proyecto que, sin remordimientos, me atribuirá a mí completamente. No, no se verá apurada ante la policía; será la policía la que, puesta en entredicho en el expediente formado por los jefes superiores de Prisiones, se verá comprometida por valerse de esa mujer antes de tiempo. ¡Buen respiro! Tú me crees muy enamorado. Te juro que estoy harto de ella. *¡No pienso más que en Odette!*

Esta última frase brotó tan espontánea de los labios de Rouletabille... Surgió de modo tan singular y tan sencillo para completar en cierta manera el sentido de la precedente, que el eco repercutió con sonoridad casi dolorosa en el corazón de Juan... y en el de Rouletabille...

El repórter, un poco pálido, agregó en seguida:

—He jurado que te veré dichoso: ¡cumpliré mi juramento! Y ahora levantémonos—dijo trabando su brazo con el de Juan—. La fuga es precisa y se realizará. Co-

nozco bien esa cárcel y he urdido muchos planes...

Salieron del café: Rouletabille sintió que Juan se tambaleaba.

—¿Qué tienes aún? ¿Vas a desmayarte?

—Rouletabille—expuso Juan con un soplo de voz—, tengo antojos de suicidio.

—No hagas tal cosa—gruñó el repórter fingiendo reír a carcajadas. No me obligues a dar a Odette tan desagradable noticia.

—¡Ay! Amigo mío, amigo mío: aún no lo sabes todo.

—He ido esta mañana a la cárcel...

—¿Y qué?

—Pues que... Andrés y Calixta no están allí...

—¿Qué me dices?

—Pues digo que el señor Crousillat firmó anoche la orden de traslado de Calixta y de Andrés a la cárcel de Aix y esta misma mañana a primera hora se ha cumplido la orden.

—*¡Infierno y betún!*—exclamó Rouletabille usando una blasfemia que sólo espetaba en ocasiones extraordinarias y cuyo último término lo tomó de la jerga de los ajustadores de las imprentas—. *Infierno y betún...* ¡Eso faltaba! No eches *más*. Tenemos ya hasta el as. ¿No tienes ya más que decirme? ¿No? Pues gracias. Pues bien; ahora, querido, es menester desligarnos. Por mi parte, voy a hacerte un juramento y lo cumpliré a pesar de todo; *¡te haré el presente de Odette!*, pero con una condición: vas a jurarme que no tratarás de buscarme, que

permanecerás en Lavardens y no te moverás... hasta que yo te diga. ¿Comprendido? ¿Lo has entendido bien?

—Perdóneme—le dijo Juan llorando y tendiéndole la mano...

—Te perdono, imbécil.

Le abrazó con la rapidez de una bala, le dejó plantado en la calle y echó a correr veloz como el gamo. No obstante, se volvió al doblar la calle desierta, para espetarle:

—Y ya sabes: si ves a *El Pulpo*, no le digas dónde he ido.

Cinco minutos más tarde, ¿quién hubiera podido decir adónde Reuletabelle se encaminaba?

CAPITULO XXIII

REULETABILLE Y «CAMISETA»

Bajo el sol se hace largo el camino de Arlés a Aix: escasea la sombra, sin contar la de los postes telegráficos. De trecho en trecho, sin embargo, algún pequeño manzano silvestre, una cortina de abetos, alguna ringlera de cipreses rompen la monotonía ardiente del paisaje.

El cabo *Camiseta* recibió la orden de trasladar a Andrés y a Calixta a Aix y al mismo tiempo la de llevar dos caballos recién comprados en Arlés y destinados a la gendarmería de la antigua ciudad romana; pero no le pasó por la imaginación la idea de que el viaje por ferrocarril, aun dando un pequeño rodeo y con los inconvenientes de cambio de tren, podrían aún ahorrarle no poco trabajo y zozobra.

Tomó como compañero a su amigo Cornouilles, y al despuntar la aurora empezaron a cabalgar bastante mo-

permanecerás en Lavardens y no te moverás... hasta que yo te diga. ¿Comprendido? ¿Lo has entendido bien?

—Perdóneme—le dijo Juan llorando y tendiéndole la mano...

—Te perdono, imbécil.

Le abrazó con la rapidez de una bala, le dejó plantado en la calle y echó a correr veloz como el gamo. No obstante, se volvió al doblar la calle desierta, para espetarle:

—Y ya sabes: si ves a *El Pulpo*, no le digas dónde he ido.

Cinco minutos más tarde, ¿quién hubiera podido decir adónde Reuletabelle se encaminaba?

CAPITULO XXIII

REULETABILLE Y «CAMISETA»

Bajo el sol se hace largo el camino de Arlés a Aix: escasea la sombra, sin contar la de los postes telegráficos. De trecho en trecho, sin embargo, algún pequeño manzano silvestre, una cortina de abetos, alguna ringlera de cipreses rompen la monotonía ardiente del paisaje.

El cabo *Camiseta* recibió la orden de trasladar a Andrés y a Calixta a Aix y al mismo tiempo la de llevar dos caballos recién comprados en Arlés y destinados a la gendarmería de la antigua ciudad romana; pero no le pasó por la imaginación la idea de que el viaje por ferrocarril, aun dando un pequeño rodeo y con los inconvenientes de cambio de tren, podrían aún ahorrarle no poco trabajo y zozobra.

Tomó como compañero a su amigo Cornouilles, y al despuntar la aurora empezaron a cabalgar bastante mo-

hinos por uno y otro margen de la carretera, llevando en medio a los dos detenidos, maniatados.

Nadie hablaba. Cornouilles, al parecer, iba dormitando; *Camiseta*, fumando en pipa; Andrés, mirando a hurtadillas a Calixta con ojos tristes henchidos de amor, y Calixta caminaba erguida y esbelta entre el polvo de la carretera, cual si guiase a una pequeña caravana.

Sólo se oían los pasos sobre el pavimento, el chasquido de los frenos y el chillido de algún avefría, que rasgaba con su vuelo el intenso azul del espacio en busca de alguna corriente.

También los gendarmes tenían sed. Lo primero que dijo Cornouilles al despertar fueron estas palabras:

—Algo bueno habrá en Salón.

En efecto, habían de pasar por Salón y detenerse un poco para cumplir una corta misión y desayunarse... *Camiseta* sacudió el cubo de la pipa en su bota y repitió subrayando:

—Sí, algo bueno habrá en Salón.

Y luego todo se sumió en profundo silencio.

De pronto, tras un recodo del camino y un bosquecillo de tamarindos, raros personajes fueron apareciendo en la cuneta.

Eran morenos, tenían los cabellos lisos y la piel dorada e iban magníficamente desaseados. Parecían los reyes de la miseria por sus petulantes pingajos y su sereno talle, pero tenían excelente aspecto, hartos de todo lo que hallaban a su paso y de lo que cobraban en sus fur-

tivas visitas a las gazaperas. No sentían recelo de los gendarmes, pues allá en el fondo de su carreta llevaban papeles en toda regla valederos para todos los países, lo cual les daba unas semanas de respiro, el tiempo preciso para franquear la frontera y perderse en el horizonte.

En silencio los tres hombres y dos mujeres y los cinco demonios arrancados la antevíspera a las sagradas ubres de la loba cingara, en silencio contemplaban el paso del cortejo por la polvorienta carretera. Sus miradas se cruzaron con las de Andrés, y no expresaron asombro ni pena al ver en tan triste estado las manos trabadas. A pesar de los ímpetus de su corazón, permanecieron impasibles. Calixta volvió el rostro a otro lado. *Camiseta* lanzó contra ellos su caballo como manifestación de desprecio hacia una raza que tiene siempre sus papeles en regla con todos los gendarmes de la tierra. Cornouilles dijo en son de befa: «¡Cochinos, majaderos!»

A lo que Andrés contestó entre dientes con un *Nutchusia*, que era una incitación al asesinato de toda gendarmería; pero como Cornouilles no comprendía el gitano, por lo pronto a eso se redujo el daño y el incidente.

Los bohemios contemplaron el paso del cortejo, pero había también uno que atisbaba a los bohemios y se fue recto a ellos, cuando poco después volvieron a sus tiendas. Y ese que les miraba era un muchacho de piel de ámbar y con un bigote de violinista húngaro; salió de un bosquecillo de castaños que sombrean los primeros de-

clives hacia un contiguo pueblecillo, el último antes de Salón.

Los bohemios, acurrucados en torno de los restos de un carnero medio putrefacto, se dignaron volver la cabeza. El recién llegado traía un aire misterioso, levantándose de cuando en cuando sobre la punta de los pies para ver si a lo lejos, en la carretera, ocurría alguna novedad.

La banda empezó a mirarle de reojo, con evidente hostilidad, cuando el mozo sacó del bolsillo cierto herraje como broche de un collar, que produjo en seguida el efecto que él seguramente esperaba.

—El signo— musitaron en su jerga, y todos respetuosamente se levantaron. También quizá aquel muchacho de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro tuviese sangre de la raza en las venas.

En pocas palabras le hizo comprender que estaba con ellos, y que su intento, o más bien su misión, era libertar a Andrés y a su compañera. Al punto brillaron los ojos. Todos los allí presentes conocían a Andrés. A la mujer no la conocían, pero no había duda de que era su hermana, su *shala*. El joven les explicó que «los gendarmes corrian de su cuenta», pero que ellos debían tomar a su cargo a Andrés y a Calixta «desde el momento que los arrancasen a los guardias». Había venido en auto dando un rodeo, sabiendo que la conducción pasaría por Salón.

Les llevó al bosquecillo de castaños y allí les enseñó

el torpedo en que había venido. «Traeréis aquí a los detenidos en cuanto los libertéis.»

Cuando hubieron entendido bien el proyecto, les dijo:

—Y ahora, ¡id... corred! No dejéis escapar a la conducción, acechadla, pues es preciso que, a ser posible, no se os vea...

—¿Y tú?

—A mí me encontraréis aquí... No os ocupéis de mí.

Partieron todos alborozados, con velocidad extrema, y sus pies descalzos no hacían más ruido que el roce de una bandada de gorriones con las puntas de los hierbajos.

En la raya del pueblo, *Camiseta* volvió el rostro hacia atrás. Acababa de oír el ruido de una bicicleta y de pronto soltó su famoso *¿què aço?*, que hizo volver los ojos hacia atrás a todo el cortejo.

—¡Oh!— dijo *Camiseta*—, ¡si es Rouletabille en persona!

—Tú lo has dicho, engreído—le espetó el repórter, saltando de la bicicleta—. ¡Uf! ¡Si que hace calor en las carreteras de Provenza! Creí que no os atrapaba.

No habremos olvidado que *Camiseta* y Rouletabille intimaron como amigos desde su expedición al llano de las Cañas.

—Pero vaya, vaya la sorpresa... Y que nos trae el honor de...

—He sabido esta mañana el intento de fuga de *nuestros* prisioneros y la orden de traslado, y me he dicho: «Estos atrevidos son capaces de todo: ¡son traviesos como mo-

nos! Y es posible que jueguen una mala partida a mi buen amigo *Camiseta*.

—¡Ah!, *por ejemplo*—exclamó *Camiseta*, rojo de indignación—; me toma usted por un *moñeco*. Eso nunca, *Camiseta*. Usted no *conoce* a *Camiseta*, señor Rouletabille; si usted *conosiese* a *Camiseta* (1).

—Cálmese, *Camiseta*, cálmese. Tengo en usted la mayor confianza, y la verdad es... que tengo también que ventilar un asunto en Aix... Pensé entonces que podríamos ir juntos... *Camiseta*, ¿no tienes sed, *Camiseta*?

Es menester decir que *Camiseta* tenía, como en esa región suele decirse, la nariz en forma de racimo... Ahora bien; llegó la conducción ante un pequeño restorán muy famoso en aquella comarca, al cual suelen concurrir los domingos y días festivos los de Salón para entregarse a comilonas y al juego de bolos... Aquel restorán era excelente, pero caro para muchos bolsillos, y nunca pensara *Camiseta* en detenerse allí para desayunarse, si Rouletabille, muy atento y delicado, no le invita a él y a su compañero Cornouilles.

—Aceptado—dijo sin más rodeos éste.

Camiseta, de muy buena gana, hubiera abrazado a Rouletabille.

(1) En toda la obra este personaje habla el francés como un labriego valenciano o catalán hablaría el castellano. Hemos procurado interpretar con alguna fidelidad el pensamiento del autor, si bien la transcripción completamente exacta no sería posible.—(N. del T.)

—¡Ojol, ¿qué van ustedes a hacer de los detenidos?—preguntó en seguida el repórter.

—¡Ah!, querido, los ato a mis *zapatos* y no se escaparán... te lo juro...

Los dos gendarmes se apearon. Ataron los caballos a una anilla del muro contiguo al pesebre. Seguros ya de que nada faltaba a los caballos, se ocuparon de los detenidos. A instancia del dueño, acabaron por encerrarlos en un reducto de mampostería, donde se guardaba la leña. La puerta se cerraba con solidez. No cabía duda: en el corto espacio de tiempo que los dos bohemios iban a permanecer allí, no tenían resquicio de fuga. Por lo demás, se les dejó las manos libres para que comieran el frugal almuerzo que Cornouilles trajo en la mochila. En fin, la puerta del reducto daba precisamente a la sala, en la que, por ser muy fresca, mandó Rouletabille poner los cubiertos. Estaban así al alcance de la mano y al alcance de los ojos...

—¡Gran Dios! ¿Vió usted la cara que pusieron cuando le *apersibieron*?—dijo *Camiseta* entrando en la hostería.

—Sí; no, no soy amigo suyo. ¿Le parece a usted que tomemos algo de este magnífico salchichón, una tortilla, conejo en jugo de sangre, una buena ensalada y una botella de vino?

—¿Una botella?—exclamaron a una *Camiseta* y Cornouilles—; ¿qué quiere usted que hagamos con una botella?

—Pues bien, pondremos dos; pero nada más, querido

Camiseta. No me avengo a que salgáis «bebidos» de aquí. Has de saber, *Camiseta*, que las tres cuartas partes de las fugas se han logrado por haber previamente achispado a los guardias.

—¡Previamente! Tiene usted quizás razón, joven—dijo el cabo conviniendo con aire bastante melancólico—. ¡Previamente! Nos contentaremos, pues, con dos botellas.

—Pero habrá café y un vasito de *grappe* (aguardiente).

—¡Un vasito!—exclamaron al unísono los dos representantes de la fuerza pública.

—Pondremos dos... y no se hable más. Y ahora... a la mesa.

—¿Qué va usted a hacer ahí fuera?—preguntó el cabo al ver que Rouletabille se dirigía a la leñera, donde se encerró a los dos bohemios.

—Voy a cerciorarme de que nuestros pájaros no puedan echar a volar.

—No hay ventanas, y además... Tengo la llave en mi bolsillo—exclamó el cabo soltando la carcajada.

Pero ansioso, sin duda, de percatarse de todo por sí mismo, Rouletabille cogió la llave y sacudió con fuerza la puerta.

—Bueno va—dijo—; podemos estar completamente tranquilos.

En aquel momento llegó la primera botella a la mesa.

—A propósito de guardias «muy bebidos»—dijo sentándose—, es menester que os cuente una historia.

—¡Este diablo de Rouletabille!, siempre tiene a mano

una historia—expuso alegremente *Camiseta*, sirviéndose el primer vaso y cortándose una gran loncha de salchichón—. Esto lo lleva el oficio. ¡Ah!, estos pícaros periodistas. Todos son más granujas...

—¿No ha ido usted nunca a San Martín de Re?

—Nunca: no he sido nunca cabo de vara.

—¡Oh!, hay también gendarmes en la isla; al menos, en la época de que os hablo, había dos famosos, dos diablos, a los que no se la pegaban, como diría usted y nuestro excelente Cornouilles...

—Y ¿entonces?

—Pues... entonces... he aquí lo que ocurrió:

—Esperen un poco, se lo ruego...; me parece haber oído *roidos* por el cuarto de *mís* prisioneros...

Se levantó, se puso a escuchar a la puerta del reducto, dió la vuelta, echó una ojeada a los alrededores y volvió con aire de preocupación.

—Me parece haber visto algunas de esas malas fachas.

—¡Ah!, ya; ¿los bohemios que vimos en la carretera? No me pasaron a mí tampoco inadvertidos—dijo Rouletabille—. Motivos tiene usted para desconfiar. Toda esta tropa se apoya mutuamente. Pero ¿qué quieren ustedes que hagan contra dos gendarmes como *Camiseta* y Cornouilles?—les preguntó.

—Y ¿qué hacían cuando usted se los encontró, mi querido Rouletabille?

—A fe mía, comían tranquilamente a la sombra de su

carreta y ni siquiera levantaron la cabeza... ¡Ojo! Va usted, *Camiseta*, a vaciar en un soplo la botella...

—Hablábamos de San Martín de Re—repuso el gendarme—. ¿Estuvo usted allí?

—Sí; para visitar allí la colonia de forzados. Y coincidió mi visita con la nueva captura de Cheri-Bibi, que por tercera vez se le llevaba a presidio. Es menester que sepan que en San Martín de Re nunca ocurren evasiones, nunca... cuando no está allí el Cheri-Bibi..., pero cuando está...

—Y ¿qué ha hecho su Cheri-Bibi?

—Hacer que se fugasen cinco.

—¡Diablo!

—Como se lo digo. El propio director de la Colonia me contó cómo ocurrió la cosa... Tenía entonces en San Martín la flor y nata de los presidios; cinco bribones hartos conocidos en todos los establecimientos penitenciarios: Cochot, que solía contestar al director: «Usted me pregunta si al cometer los crímenes no me detuvo nunca el temor al castigo; de seguro que si esto sólo me hubiera *detenido*, no tendría usted el honor de tenerme en San Martín de Re»... Petit, que, apresado en Abbeville, previno al alcalde de esta simpática ciudad que el día siguiente se fugaría por no parecerle aquella cárcel bastante cómoda, lo cual cumplió al pie de la letra... Pierey, que se fugó una vez de la Cárcel Modelo, haciéndose, de papel, un uniforme de guardia y poniéndoselo en presencia de los encargados de llevarle a él y a sus compañe-

ros al patio; Fanfán, terror de los celadores (se había escapado siete veces); bastaba que dijese en alta voz «*tengo ganas de largarme*», para poner en conmoción a todo un establecimiento penitenciario... Arigonde, el genio del disfraz... Frégoli era a su lado una criatura... Poned a Arigonde ante un payaso, por ejemplo; imitará sus cabellos, sus patillas, desfigurará las señas peculiares que permitan reconocerle y se pondrá su traje, cualquiera que sea, antes que el bufón profesional se haya quitado la corbata... Yo conocí mucho a Arigonde...

—¿Fue periodista?—preguntó Cornouilles...

—No, sino empleado de una agencia policiaca que cometió la injusticia de no pagar bien sus talentos... En fin, allí estaba Cheri-Bibi, el más célebre de todos.

»En cuanto éste supo que allí se habían congregado los cinco, ideó gastar a la Administración la broma de fugarlos en bloque.

»Cheri-Bibi tenía siempre concomitancias con el *exterior*. Tal día a tal hora una lancha esperaba a los forzados en una ensenada, desgraciadamente muy lejos de la «corte salvaje», desde la cual era fácil el salto al continente. En los alrededores del fuerte tenían abierto en la roca un *cazo*, como ellos decían, o escondite, trabajo realizado de noche y en el cual *cazo* tenían guardados a prevención uniformes de marino, sombreros de piel y chaquetillas, prendas que habían de vestir apenas fugados de la Colonia para ir al paraje donde les aguardaba la lancha. La fuga sólo podía realizarse en pleno día.

Ocurrió, pues, a las ocho y cuarto de la mañana, hora en que los albañiles entraban a trabajar en la reparación de un muro de uno de los patios.

—¡Tate! Pero no es el golpe que se preparó.

—Nada nuevo bajo el sol— continuó diciendo imperturbable Rouletabille—. ¿Cómo urdieron la fuga Cheri-Bibi y sus cinco compañeros? Siempre hay un equipo de cinco obreros albañiles que entran en la colonia a las ocho y salen a las ocho y cuarto.

—Los bandidos sabían que su fuga se descubriría minutos después; así, muy de prisa, bajaron al *cazo*, a su cueva, donde debían esperar los acontecimientos para salir en serio vestidos con los disfraces. Desgraciadamente, fronteros a la madriguera había dos gendarmes, los dos finos sabuesos de gendarmes que les mencioné ha poco. Eran los *Camiseta* y *Cornouilles* de la isla de Re. Ahora bien; estos dos gendarmes vieron venir hacia ellos por la carretera a un hombre con la cabeza cubierta con un pañuelo de color (para celar su calva), tirando de un carretón, en el cual reposaba una azada. Iba a paso lento y apacible y descansó un momento al pasar por delante de los representantes de la fuerza pública, que le dieron los buenos días.

—¡Idiotas! — exclamó *Camiseta*—. Apuesto que era Cheri-Bibi.

—Lo ha adivinado usted, *Camiseta*.

—¡Ah! Le que es a mí no me la hubiera pegado.

—Se trabó conversación. El obrero contó que acaba-

ba de cobrar el sueldo y quería echar una cana al aire. En una palabra, invita a los dos gendarmes a unas copas en un pequeño figón bastante alejado... bastante alejado del *cazo*. Bebieron tan a placer en ese figón, que al querer levantarse empezaron a vacilar y a caerse. Hubo Cheri-Bibi de sostenerlos para volver a San Martín... Tuvo la bondad de llevarlos a la Colonia, cuya puerta se le franqueó, y dijo:

—Aquí les traigo a dos gendarmes un poco «inspirados».

—¡Gendarmes! Y ¿qué quiere usted que les hagamos?—se le dijo.

—Déjelos ahí fuera si quiere... Pero ¿no hay aquí sitio para mí?

Y quitándose el pañuelo que le cubría la cabeza, se dió a conocer... Cheri-Bibi. Pueden ustedes imaginarse cómo se le acogió. Toda la isla andaba revuelta desde que se supo su fuga con cinco compañeros. Y su presencia consoló a la Colonia de la ausencia de los otros. ¡Y qué cara de asombro pusieron los guardias al ver que después de los sobrehumanos esfuerzos realizados venía de grado a constituirse prisionero. Pero él les dijo:

—Ya saben ustedes; hay momentos en que me hace falta el presidio.

—Huelga que les diga para terminar esta historia— dijo Rouletabille—, que se destituyó a los dos gendarmes y se les privó de todos los honores correspondientes a su categoría. Dejarse llevar a presidio por un for-

zado no es frecuente... ¿no? Pero, señores, ¿no chocamos?

Mientras Rouletabille contaba su historia fué dando fin el almuerzo; se había tomado hasta café y se saboreaba ya el vasito de aguardiente del país, que allí llaman los aldeanos *grappa*. Es un licor muy regocijante que calienta el estómago e inunda de alegría el corazón.

Al segundo vaso, *Camiseta* desparramaba la vista abotargado.

—Después de lo que les he contado—dijo Rouletabille meneando la cabeza—, sería imperdonable...

—A fe mía, joven—declaró bruscamente *Camiseta*—, previamente... ¿tiene usted razón! Pero ¿qué hace aún ese diablo de botella?

—Voy a devolverla—resolvió Rouletabille, y salió de la sala con el peligroso frasco.

El que por curiosidad hubiera seguido al repórter hubiérale visto un minuto después verter el líquido de la botella en el pesebre, recién abastecido nuevamente, de los caballos... «No me place que los gendarmes se emborrachen—masculló el repórter entre dientes—; en cuanto a sus caballos, ya es otra cosa.»

CAPITULO XXIV

EN EL CUAL LOS ACONTECIMIENTOS SE DESARROLLAN
COMO PREVIOU ROULETABILLE

LA partida de la hostería ocurrió sin incidentes dignos de mención. Menos los detenidos, todos iban alegres: Rouletabille, los gendarmes y hasta los caballos... Estos principalmente retozaban con una viveza que no desplacia a *Camiseta* y a Cornouilles, ufanos de ser muy diestros jinetes.

—Parece que están un poco nerviosos—dijo sencillamente *Camiseta* al montar a su potro—. ¡Buena ración de avena les habrá dado, Cornouilles. ¿Viene usted, señor Rouletabille?

—Noto que un pneuma se ha deshinchado—contestó el repórter—. Vayan ustedes delante; doy un bombazo y les alcanzo en seguida.

Partieron. Los caballos empezaron a hacer extrañas cabriolas.

zado no es frecuente... ¿no? Pero, señores, ¿no chocamos?

Mientras Rouletabille contaba su historia fué dando fin el almuerzo; se había tomado hasta café y se saboreaba ya el vasito de aguardiente del país, que allí llaman los aldeanos *grappa*. Es un licor muy regocijante que calienta el estómago e inunda de alegría el corazón.

Al segundo vaso, *Camiseta* desparramaba la vista abotargado.

—Después de lo que les he contado—dijo Rouletabille meneando la cabeza—, sería imperdonable...

—A fe mía, joven—declaró bruscamente *Camiseta*—, previamente... ¿tiene usted razón! Pero ¿qué hace aún ese diablo de botella?

—Voy a devolverla—resolvió Rouletabille, y salió de la sala con el peligroso frasco.

El que por curiosidad hubiera seguido al repórter hubiérale visto un minuto después verter el líquido de la botella en el pesebre, recién abastecido nuevamente, de los caballos... «No me place que los gendarmes se emborrachen—masculló el repórter entre dientes—; en cuanto a sus caballos, ya es otra cosa.»

CAPITULO XXIV

EN EL CUAL LOS ACONTECIMIENTOS SE DESARROLLAN
COMO PREVIOU ROULETABILLE

LA partida de la hostería ocurrió sin incidentes dignos de mención. Menos los detenidos, todos iban alegres: Rouletabille, los gendarmes y hasta los caballos... Estos principalmente retozaban con una viveza que no desplacia a *Camiseta* y a Cornouilles, ufanos de ser muy diestros jinetes.

—Parece que están un poco nerviosos—dijo sencillamente *Camiseta* al montar a su potro—. ¡Buena ración de avena les habrá dado, Cornouilles. ¿Viene usted, señor Rouletabille?

—Noto que un pneuma se ha deshinchado—contestó el repórter—. Vayan ustedes delante; doy un bombazo y les alcanzo en seguida.

Partieron. Los caballos empezaron a hacer extrañas cabriolas.

—Quizás estén resabiados — expuso Cornouilles —. Como no los conocemos.

—¡Si han venido tan tranquilos! ¿Qué les coge? —exclamó *Camiseta* casi rebotando de la silla por bruseas coces inesperadas.

—¡Vaya! ¡La cochina bestia! —gritó a su vez Cornouilles—. ¿Es que se comunican o charlan así?

Su caballo, en efecto, acababa de encabritarse como si se dispusiera a terminar el viaje andando sólo con los cascós traseros.

—Arréale un buen golpe en los hocicos... Es lo mejor para cuando se encabritan —le gritó *Camiseta*.

—Voy a enseñarte cómo me llamo.

Los caballos partieron entonces a galope endemoniado y desaparecieron con los jinetes en un torbellino de polvo como esos grupos mitológicos, héroes o semidioses, que se ocultan a las miradas de los pobres hombres, envueltos en la nube que en su socorro Júpiter envía.

Mas ¡ay! Cuando la nube se disipó y la mirada del hombre pudo alcanzar el grupo de *Camiseta* y Cornouilles, pudo verse a dos jinetes desmontados, desamparados y afligidos, arrastrándose molidos por la carretera, lanzando gritos inarticulados, volviendo la mirada extraviada, ya hacia Poniente, punto de desaparición de sus diabólicos caballos, ya hacia Levante, por donde se espaciaba ante ellos la carretera desierta, esto es, limpia de los detenidos confiados a su custodia.

Entonces se irguieron sobre la cuneta y pusiéronse a

lloriquear como niños que han perdido a su madre. ¡Los caballos! Eso era fácil de hallar, ¡pero los prisioneros!

—Quizás Rouletabille se lance sobre sus pasos—suspiró Cornouilles...

—No quedamos por ello menos... deshonraos—replicó con voz cascada el pobre *Camiseta*.

En esos momentos, el grupo jadeante que rodeaba a Andrés y a Calixta, libres ya de las esposas, descendía por el atajo oculto tras el bosquecillo de castaños, en donde ya aguardaba con su auto y puestas las manos en el volante el chofer, de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro, pronto a partir...

—Este es el hombre que ha venido a buscarnos y todo lo ha dispuesto—explicó el jefe de la cuadrilla a Andrés—; puedes tener confianza en él, tiene el signo...

No hubo más explicaciones; Andrés y Calixta saltaron al auto, que zarpó veloz. Los bruscos vaivenes los entrecrocaban. Andrés acabó por ofrecer como reclinatorio su pecho a la joven con gesto de mando, al que se sometió dócil Calixta. El chofer les echó una manta, con la cual se taparon. Media hora después moderó la marcha un poco, se volvió y enseñó el signo, ante el cual se inclinó Andrés, y clavando en él sus ojos a través de los anteojos de automovilista, le preguntó:

—¿Adónde les llevo?

Calixta le contestó con una palabra o más bien con un nombre, el de una pequeña estación fronteriza, a la que llegaron aquella misma tarde sin incidente alguno.

Allí descendieron los bohemios y Calixta dió las gracias a su salvador desconocido...

El chofer les propuso llevarles más lejos, pero ellos declinaron la oferta. Nada ya tenían que temer; podían ya considerarse en la frontera. No necesitaban pasaporte para pasar por Suiza... y podían a la media hora tomar el primer tren, si su desconocido salvador les daba algún dinero...

—Esto es lo que me han encargado que les dé...— dijo éste vertiendo unos billetes en la mano de Calixta.

—Puede usted decir a quien le ha enviado que ya no arrostramos ningún peligro—dijo Calixta—; por lo demás, espero que volveremos a vernos pronto. Las fiestas se acercan—agregó mirándole con mucho misterio.

—Pronto—replicó el chofer en voz baja—, en *Lever Journ.*

Calixta le selló los labios con el dedo y empujó a Andrés hacia la estación. Subió el chofer al auto y desapareció veloz por el recodo de la carretera.

Media hora después, Andrés y Calixta se acomodaban en un departamento de tercera clase... Calixta continuaba arrebujada en una manteleta que cubría sus harapos. Cerró los ojos y pareció que dormía.

Andrés no cesó de contemplarla. Había vuelto a ellos, se veían libres y era suya.

Pronto sería su esposo a usanza gitana y sus bodas se celebrarían una de las próximas noches en el recinto del eterno templo, entre los musgosos troncos de alta arbo-

leda iluminada por las lámparas del firmamento. De tal modo le absorbía este ensueño, que no reparó en el perfil de rostro que apareció en el cristal del triángulo encajado en el tabique... Si hubiera a su vez mirado por ese cristal, viera cómo el rostro se separaba... era la cara de un señor muy fuerte, de tez encendida, orlada de barba rubia como la llama y magníficamente espesa... El señor se sentó tranquilamente en su sitio junto a una mujer gruesa, que llevaba en brazos desnudos a un niño de unos cuatro o cinco años. El barbudo viajero sacó del bolsillo un cuaderno y estuvo largo rato absorto, al parecer, en la tarea de consignar algunas notas.

Cuaderno de Rouletabille.—He aquí que por fin llegué al punto deseado. Viajo en el mismo tren que lleva a Calixta al lugar donde se halla Odette.

Si relaciono aquello de que me enteré en casa del señor Camousse con las conversaciones sorprendidas, ya junto al campanario de Ozont, ya en torno de la gruta de Zina, y si relaciono todo esto con el propio texto del Libro de los Antepasados, es para mí ya indudable que Odette es por su madre de origen zingaro y a la fuerza se la llevan a *Levern Journ* a título de reina anunciada por las escrituras.

Sin embargo, el Libro de los Antepasados habla de una señal en la espalda, de una señal en forma de corona.

... Ahora bien: parece ser exacto, y hasta podía decir que es un hecho, pues no tengo motivos para desconfiar en este punto de las afirmaciones de Estéfana, que

Odette no tenía, no tiene señal alguna... *Por tanto, todo ello me induce con fuerza a pensar que Zina, para salvar a Odette, fraguó la señal.* Estas viejas hechiceras conocen secretos y modos de imprimir sobre la piel manchas y señales que parecen indelebles, y así puso a Calixta y a Andrés *en presencia de la Reina!*

Esta deducción que desprendo de los acontecimientos ha sido mi fuerza y mi confianza, pues sabía por ella que *nuestra Odette*, en manos de los bohemios, no corría peligro alguno y sería tratada como adorada majestad, pero no podía dar a Juan ese consuelo... y hasta me pregunto cómo acogerá, cuando la conozca, esta verdad que hoy me parece evidente: *Odette es una gitanilla... Odette no es hija de la señora de Lavardens.* ¡No! Yo no tengo derecho a decir esto a nadie, mientras no sea absolutamente necesario, y mucho menos a Juan.

¿A qué disimular que no siempre me otorga su cordial afecto? La sospecha que le roe le hubiera llevado quizás a acoger tal confidencia como abominable invención mía, hija del propósito de alejarle de *nuestra Odette*.

Conclusión: he hecho bien en callarme.

¡Ah! ¡Cuántas cosas me ha revelado el Libro de los Antepasados!

Primero: los motivos de mi saqueo.

Desde que Hubert les robó ese libro, los bohemios lo buscaban por todas partes.

Me imagino ahora la emoción que debió de producir en el Landerneau cingaro (Lever-Jurn) el artículo en que

reproduce el *texto exacto* de la predicción de las Escrituras, en el que se anuncia el advenimiento de la Reina con la señal en la espalda.

Inmediatamente creyeron que en mi poder estaba el libro y que era yo el que se les había robado. De aquí la visita un poco brutal que recibí cierta noche y el saqueo de mi biblioteca.

Ahora bien; yo conocía ese texto por Olajai, que me lo recitó un día en que le hablé de la decadencia a que había llegado su raza... Y él se lo sabía, como buen cingaro, de memoria.

Pero si mis asaltantes no dieron en mi casa con el libro que buscaban, pronto, en cambio, averiguaron que me servía un cingaro...; de aquí el viaje precipitado de Olajai a Santas Marías del Mar. Debí de recibir el mandato de dar aquí explicaciones y le fué forzoso confesar que su indiscreción me reveló el secreto de los bohemios, indiscreción que los acontecimientos iban a agravar sobremanera.

La Raza, en efecto, esperaba para este año el advenimiento de la Reina prometida, y quizás la esperaban hasta sin la intervención de Zina. Ocurrió que el rapto de la señorita de Lavardens, las revelaciones de Zina a sus congéneres en cuanto al origen de la joven y la coincidencia de la muerte trágica del señor Lavardens eran sucesos que comprometían no poco la estancia de los bohemios en Camargue *después de la publicación de mi artículo.*

¡De aquí el terror de Olajai cuando nos vió por aquellos parajes! ¡De aquí sus súplicas y sus *amenazas* para obligarme a huir! Mi presencia allí era tan peligrosa para él como para mí. Se exponía quizás a pasar por mi cómplice.

Y sus hermanos, los cingaros, debieron de tenerle aún entre cejas, pues no se le volvió a ver más desde que abandonaron a Camargue...

Sin duda le obligaron a seguirles.

Así todo se explica y todo se encadena...

El Libro de los Antepasados me ha enseñado aún otra cosa...

Se me planteó el problema de saber si Hubert fué cómplice de Calixta... Hubert viajó por el país cingaro, robó el Libro de los Antepasados, cuya pedrería fué en gran parte la base de la pequeña fortuna traída del extranjero... sé que conoce y lee el cingaro... Por tanto, no desconocía la promesa de una gran recompensa hecha al que devolviese el libro...

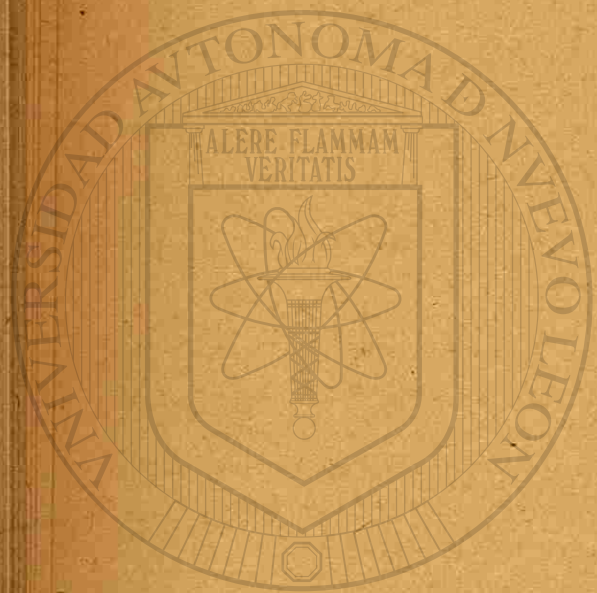
Hubert, a haber sido cómplice de Calixta, hubiera dejado este libro comprometedor en el sitio adónde tuve buen cuidado de restituirlo y hubiera corrido al paraje donde sabía que Odette se hallaba; en este caso me hubiera sido fácil seguirle...; pero su primer cuidado fué llevarse consigo el libro, el libro que ha de valerle la recompensa, y nadie puede dudar de que como recompensa exija a Odette. Por tanto, la desaparición del libro me prueba que Hubert no es cómplice... Pero ¿hacia dónde

se apresura? Corre seguramente hacia Lever Jurn... hacia Lever Jurn, donde reside el que manda sobre toda la raza... No he de preocuparme, pues, de Hubert, sino de Odette... que va también a la fuerza hacia Lever Jurn por caminos tortuosos, pues los cingaros desconfían... los cingaros, sabedores de que todo lo presiento y de que no ignoro que el recuperar a Odette les quito a su Reina... Calixta ha entendido bien mis alusiones a este respecto en el despacho del juez y su réplica vengativa «*no hallarán jamás a Odette*» me corrobora la idea de que no hay que buscarla por la vía recta de Lever Jurn.

Pues bien, ahora Calixta va en persona a llevarme a la presencia de Odette, va personalmente a entregármela... ¡Ah!, me urge ahora, me urge obrar. Me juego el todo por el todo. Si pierdo, Odette llegará antes que yo a Lever Jurn y de allí ningún poder del mundo nos la podrá devolver.

Conozco a esta raza; morirían antes todos, hasta el último, con su Reina, bajo los muros de su templo... ¡Pero les gano... les gano la partida!...

¡Ah! ¡Catástrofe!



CAPITULO XXV

PELIGROS QUE OFRECE VIAJAR CON ESPLÉNDIDA BARBA

El tren acaba de detenerse en una pequeña estación. La mujer gorda que llevaba a un niño en brazos se levanta y el niño se despierta. La buena mujer quiere bajar. El señor de la áurea barba espléndida se guarda el cuaderno en el bolsillo y abre la portezuela. La viajera cede un momento el niño al viajero complaciente y baja, y a continuación se vuelve, extiende y abre los brazos para recoger a su retoño.

El niño estaba contemplando entonces, con embeleso no disimulado, la áurea barba espléndida del señor que le sostenía como la más preciosa y, al mismo tiempo, más pesada... carga... en una palabra... ardía en prisas de dejarla...

Desgraciadamente, el niño no compartía esas prisas. No todos los días se tiene la suerte de topar en un coche de tercera con barba tan áurea y tan espléndida, y la separación es siempre dolorosa. El niño se agarró con

todas sus fuerzas a aquel bosque de pelambre; grita el señor, chilla el niño y la madre grita aún más fuerte que ellos dos porque el tren arranca.

Los gritos atrajeron a Andrés y a Calixta hacia la contigua portezuela a tiempo de ver cómo la gruesa mamá nerviosamente se apoderaba del niño, que blandía en su manita crispada una magnífica barba de refulgente color leonado.

Desde dentro repelieron brutalmente la portezuela con hurraño gruñido.

Calixta se apresuró a mirar por el ojo de cristal del tabique y vió a un señor sin barba y al parecer juicioso, harto conocido de ella. En aquel momento el señor salía precipitadamente hacia el pasillo en busca de un rincón que le hurtase a la vista de los bohemios... pero, como hemos dicho, era ya tarde... Dos seres se abalanzaron contra él como salvajes y le arrojaron a la vía.

Cuaderno de Rouletabille.—Mal momento el de un caer de un tren, sobre todo arrojado con violencia, cuando se ve encima y a toda marcha otro convoy sin más misión al parecer que reducirnos a papilla; pero en ese instante, si uno no revienta, puedo jurar que el resto de vida que quede basta para salvarla...; logré aún dar un salto, que me echó fuera de la vía, y a raíz pasó junto a mí la «apisonadora» soplando y escupiendo de rabia. Y allí hubiera permanecido largo tiempo si un cabrero, que lo vió todo, no corre y me presta socorro. El me enseñó un mal albergue rayano con el bosque, aislado y como perdido

en aquel desierto... y aún tuve fuerzas para llegar a rastras hasta allí.

Me subieron a un cuarto del primer piso y allí recibí los primeros cuidados.

Aunque tenía todo el cuerpo molido, no sufrí rotura alguna, si bien me pareció toda la espalda izquierda descoyuntada. Sobre todo me sacaba de quicio aquel percame. ¡Fué tan inesperado y tan tonto!

Sin embargo, no me exasperé porque sabía para qué estación tomaron billete y esa estación no debía de estar lejos del sitio en que me hallaba; supe que este sitio se llamaba New-Wachter y albergue Furst Joseph. Como me sentía completamente deshecho, por mediación del cabrero mandé un telegrama sin más señas que Juan en Lavardens, y eu él decía: «Estoy herido, ven inmediatamente». Para mí era indudable que vendría al punto. Por lo demás, estaba decidido a no esperarle, y si horas más tarde me encontrase mejor, a hacerme con un auto a toda costa y alcanzar a mis dos indecentes pájaros...

Estando tumbado en el lecho y con la ventana abierta, oí de pronto los sonos de una guzla que acompañaban una extraña melopea... Fuí a rastras hasta la ventana, y desde lo alto de mi observatorio—el albergue se erguía sobre una eminencia—vi en el centro de un claro del bosque campamento muy importante de bohemios... Estaban al parecer entregados al holgorio. Habían encendido hogueras y danzaban en torno.

Un presentimiento me conmovió de pies a cabeza.

Llamé... Se presentó una joven. Le dije, señalándole a aquel lejano grupo:

—Todos estos bohemios son más o menos curanderos. ¿Quieres ver si hay alguno que me arregle la dislocación de la espalda?

La joven se fué en seguida; cerré la ventana, dejando el cuarto en penumbra; modifiqué los rasgos habituales de mi cara y esperé...

Aquí terminan las notas, al parecer súbitamente interrumpidas.

En la página siguiente se ven estas líneas febrilmente escritas.

Ha venido una vieja...; la he interrogado hábilmente... ¡es Zina! ¡es Zina! ¡Juraría que es Zina! Y Odette está ahí, ahí, a unos centenares de pasos de mí... ¡Estoy seguro! ¡Odette! ¡Odette! ¡Ah, mi querida Odette! Odette, a quien amo como querida y frágil hermanita... ¡estás salvada!...

Y luego esta línea apenas pergeñada en veloces caracteres:

Pero ¿quién llama con tal violencia a la puerta del mesón y a hora tan intempestiva?

CAPITULO XXVI

¿QUIÉN SABE SI DUERME O SI ESTÁ DESPIERTA?

YACIA tumbada sobre jirones de mantas, extendidas allí por los cíngaros para que descansase, oreada por la frescura del crepúsculo y bajo el primer centelleo de las estrellas; gozoso y abatido a la vez llevaban el corazón.

Devolvían a la ciudad santa a su reina por fin hallada, pero ¡continuaba tan lejos de ellos! En todo el viaje no les había dirigido la palabra ni contestado a una sola pregunta; una vez intentó escaparse.

Volvía la cabeza cuando alguien se acercaba.

Sólo conocía a Zina, a la cual maltrataba con frecuencia y con la cual tenía furiosos altercados, que siempre acababan en lágrimas por una y otra parte. Nunca lloraba ante los demás cíngaros. Era para ello demasiado arrogante; pero les mostraba ojos tan tristes, que ellos tenían por tal motivo el alma acongojada.

A veces trataban de distraerle contándole historias, o

Llamé... Se presentó una joven. Le dije, señalándole a aquel lejano grupo:

—Todos estos bohemios son más o menos curanderos. ¿Quieres ver si hay alguno que me arregle la dislocación de la espalda?

La joven se fué en seguida; cerré la ventana, dejando el cuarto en penumbra; modifiqué los rasgos habituales de mi cara y esperé...

Aquí terminan las notas, al parecer súbitamente interrumpidas.

En la página siguiente se ven estas líneas febrilmente escritas.

Ha venido una vieja...; la he interrogado hábilmente... ¡es Zina! ¡es Zina! ¡Juraría que es Zina! Y Odette está ahí, ahí, a unos centenares de pasos de mí... ¡Estoy seguro! ¡Odette! ¡Odette! ¡Ah, mi querida Odette! Odette, a quien amo como querida y frágil hermanita... ¡estás salvada!...

Y luego esta línea apenas pergeñada en veloces caracteres:

Pero ¿quién llama con tal violencia a la puerta del mesón y a hora tan intempestiva?

CAPITULO XXVI

¿QUIÉN SABE SI DUERME O SI ESTÁ DESPIERTA?

YACIA tumbada sobre jirones de mantas, extendidas allí por los cíngaros para que descansase, oreada por la frescura del crepúsculo y bajo el primer centelleo de las estrellas; gozoso y abatido a la vez llevaban el corazón.

Devolvían a la ciudad santa a su reina por fin hallada, pero ¡continuaba tan lejos de ellos! En todo el viaje no les había dirigido la palabra ni contestado a una sola pregunta; una vez intentó escaparse.

Volvía la cabeza cuando alguien se acercaba.

Sólo conocía a Zina, a la cual maltrataba con frecuencia y con la cual tenía furiosos altercados, que siempre acababan en lágrimas por una y otra parte. Nunca lloraba ante los demás cíngaros. Era para ello demasiado arrogante; pero les mostraba ojos tan tristes, que ellos tenían por tal motivo el alma acongojada.

A veces trataban de distraerle contándole historias, o

bien tocando con raros instrumentos en su honor aires de danza. Entonces solía cerrar los ojos, como aquella tarde... pero ¿quién sabe si duerme o si está despierta la querida reina?

Aquella hermosa cabeza descubierta, ataviada a usanza cingara con ferroñé de zequíes, aquel grácil cuello dolorosamente inclinado, aquella actitud apesadumbrada hasta en el reposo que simula quizá aquella boca entreabierta para exhalar suspiros sin fin, todo les intriga sin aleccionarles... Si no duerme, ¿en qué piensa? ¿En qué piensa?

—Piensa en su país—mumura la vieja Oliva entre dientes vacilantes.

—Una cingara no tiene país—replica Suco con voz despegada, mientras remienda los arreos de su penco.

Pero el jefe de la tribu, Sumbalo, un viejo curtido con barba gris de polvo, dice:

—Lever-Jurn vendrá a ser la reina de las naciones; con esta niña surgirá de sus ruinas para deslumbrar al mundo; está escrito.

Olajai dejó de atizar el hogar intermitente, se irguió y dijo:

—La fúnebre neblina se disipará; el hermoso día tantos años esperado brillará al fin, se congregarán los hermanos, todos serán grandes, todos libres. Sus escuadrones victoriosos llenos de nobles pensamientos, fuertes por una fe única, marcharán contra el enemigo.

Pero no tuvo éxito; sus palabras cayeron en el vacío

por haber servido a un rumí y no faltar motivos para desconfiar de él.

Entonces la joven Ari, que frisaba en los diez y seis años, dejó de cortar juncos y dijo:

—Si no duerme, piensa en el rumí que ama.

Todos desviaron sus ojos hechos ascua de aquel lado, y sintió Ari en los oídos revoloteos de injurias. Ella no la había raptado y no se apeó de lo dicho.

—No se escoge lo que se ama—replicó—. Yo le he visto por Santa Sara; es más hermoso que Suco.

Algunos se echaron a reír, pero Suco, que acariciaba ciertas pretensiones, le tiró una piedra, llamándola *usheia* (perra).

—Ya te denunciaré al gran Coesre cuando llegemos a Lever-Jurn.

En esto Sumbalo, señalando a Odette dormida, los apaciguó.

No, no dormía. Pensaba en él, en él y en su padre, cuyo triste fin ignoraba, y en todas las personas que la querían. ¿Qué hacían? ¿Por qué no corrían a libertarla? ¿Fue posible que la raptaran como el viento arrastra una pluma de pajarillo y la pasaran más allá de la frontera, viéndolo todos y sin que nadie se resolviera para salvarla? ¿Fue posible que viajase tantos días en el fondo de aquella carreta, como si fuese ello la cosa más natural?

Los gendarmes pasaron a su lado, los empleados de aduanas se presentaron y lo inspeccionaron todo. Vié-

ronlo y nada dijeron. *Y ella tampoco había dicho una palabra. ¿Qué sortilegio era éste?*

Todo su más recóndito ser íntimo se soliviantaba, toda su voluntad se distendía para gritarles: «salvadme», y sin embargo, no hizo un gesto ni proferido un grito *jante la mirada de Zina!*

Había querido a aquella Zina, a aquella mala bruja de vieja. Cuando los chiquillos del lugar se apartaban gritando de aquella gitana; cuando las mozas de la Camargue, persignándose, evitaban su encuentro, ella, Odette, iba hacia la bruja, arrastrada por una fuerza desconocida, y acudía a las encrucijadas, donde la esperaba la vieja sin previo concierto entre ambas.

En esta horrible aventura, ¿fué Zina su ángel bueno o su ángel malo? ¿Ángel aquella mala bruja de vieja? Y sin embargo, había salvado a Odette... Sin Zina, Odette hubiera perecido a manos de Calixta y del salvaje de Andrés? ¿Qué hubo de decirles? ¿Qué pudo mostrarles? *¿Qué miraron todos bajo el tul que cubría sus espaldas?* Le llamaron su reina, su querida reina. ¿Por qué? ¿Qué tenía que hacer con aquellas gentes? *¡Ella, Odette de Lavardens, era ahora reina en una carreta!*

Todos los bohemios son brujos. El mundo entero lo sabe. Estaba, pues, hechizada. Hechizada por aquella mala bruja de vieja, de nariz ganchuda, a la cual detestaba y a la vez estrechaba contra su corazón y sus harapos entre suspiros...

La detestaba, y sin embargo, sufría ansiedad cuando

no la veía rondar en torno suyo y cuando le faltaba el refugio de sus brazos temblorosos y descarnados: explicadlo como queráis; era así. Cuando Odette lloraba en silencio, sentía a sus pies un vaho cálido; era Zina que le adoraba. Ahora Odette creía en los cuentos de hadas.

De pronto, una especie de tumulto le abrió los ojos.

Irguióse de un salto y corrió a refugiarse en la carreta, lanzando alaridos de bestezuela herida...

Allí estaban Calixta... Calixta, su cruel enemiga, y el salvaje Andrés.

Acababan de llegar al círculo de bohemios iluminados por la llama que lamía los flancos de un caldero.

Y todos les rodearon dándoles la bienvenida con saltos y carantoñas y hablando todos a la vez.

Odette sintió cómo su corazón batía su frágil pecho cual martillo el yunque. Se agarró con las uñas a las paredes de la tienda para no hundirse, pues quería ver.

—¡Ah! Calixta, Calixta... la amiga de su Juan, a la que quizás Juan amaba aún. Odette levantó la cortina de la guardilla..., pero la corrió al punto con tal rabia, que la desgarró. La miraba Calixta.

Calixta, que por fin volvió sus ojos a la carreta, en que Odette acababa de encerrarse. Aquellos ojazos ¡eran bellos, magníficos aquellos ojazos! ¡Más hermosos que los suyos quizás! ¡Pero eran malignos y hay hombres que aman ojos como éstos... pues Juan los había amado!

¡Juan había besado esos ojos, como habría besado los suyos! Juan le había mentado. No, ya no amaba a Juan.

¡Y esa Calixta le había querido matar! ¡Hacerla sufrirl
¡Arrancarla los ojos!

Lanzó un grito, retrocediendo horrorizada. Calixta, seguida de Andrés, se dirigió riéndose hacia la carreta...

Odette se abalanzó hacia la puerta, gritando:

—¡Zina! ¡Zina!

¿Qué hacía Zina?

Sin Zina estaba perdida... Condenada a muerte.

Y no sería Olajai ciertamente, el misterioso Olajai, que no cesaba desde el comienzo del viaje de mirarla a hurtadillas sin dirigirle una sola vez la palabra; ese Olajai, del cual desconfiaba todo el mundo y cuya cara no le era enteramente desconocida (la vió alguna vez, meses, años atrás, sin duda); no, no sería él el que se interpusiera para salvarla de Calixta, como hiciera Zina, pues era inquieto, tímido, azorado de todo, hasta para mirar de lejos, a hurtadillas, con compasión.

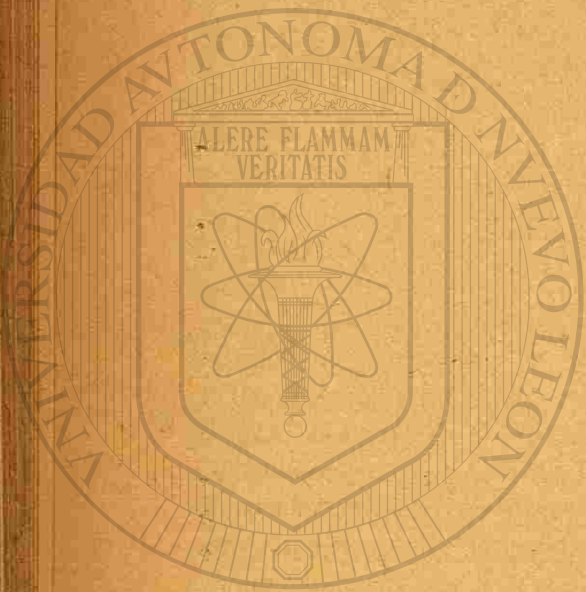
De pronto oyó la voz de Zina... Odette se precipitó al ventanuco del carromato. Aquello le pareció una jaula de demonios en torno de Zina enloquecida. Ante ellos la llama del hogar crecía y agitaba sus sombras fantásticas sobre la pantalla densa del bosque, del cual surgían otras sombras fugitivas de otros hogares de las carretas recogidas bajo el pabellón de la arboleda.

La inmensa silueta de los brazos descarnados de Zina parecía llamar a todos los cíngaros acampados para señalarles el punto del horizonte por la parte del mesón que amagaba la amenaza. Todos hablaban a la vez y el jefe

de la tribu, Sumbalo, difícilmente lograba que le oyeran. Odette no comprendía lo que decían en su odiosa jerga, que tiene el desgarrado acento de la música del Cobre, pero la emoción general le delataba inminentes peligros. Oliva temblaba, mal sostenida por sus viejas piernas; así alzaba al cielo las manos suplicantes, y Suco, el calderero, cerraba los puños prestos a herir.

Andrés y Calixta se miraban, mientras oían a la vieja. Fruncían terriblemente el entrecejo, y, al parecer, el mismo sentimiento les llenaba el alma.

Nadie hacía caso de Olajai, que, oculto detrás de un árbol, no perdía palabra de cuanto se decía. Calixta vió de pronto su faz cazorra destacada de las tinieblas por el brusco reflejo de la llama. Olajai intentó hurtarse a aquellos ojos, pero Calixta se abalanzó sobre él y recomendó a Andrés que a la fuerza le metiese en el corro de los bohemios, y luego, en cuanto espetó a la turba de sus camaradas unas frases, se hundió en las sombras de la noche por la parte del mesón.



CAPÍTULO XXVII

EL QUE LLAMÓ A LA PUERTA DEL MESÓN

ROULETABILLE mejoraba visiblemente desde la visita de la vieja curandera cingara; no le dolía, no le ardía la espalda; ni siquiera el pie le hacía daño. Desaparecido todo dolor físico al parecer, su alegría íntima fué profunda. Se deslizó del lecho, y, acomodado detrás de la ventana, su vista se explayó por las copas de los abetos y atisbó en los claros del bosque las sombras que se agitaban en torno de las hogueras.

¡Zina! Fué Zina la que le visitó, la que le curó a su modo, aturdiéndole primero con curiosas invocaciones. Cuando hubo terminado sus misteriosas pécés a no se sabe qué dioses infernales, el repórter le preguntó su nombre, modo muy sencillo de saberlo. Respondió la vieja que se llamaba Zina. Mientras le frotaba, según los ritos de una ciencia secular, ¡con qué cautela y habilidad se lo preguntó Rouletabille *para cerciorarse de que era la mismísima Zina!* Poco faltó para que hasta le confesase

que venía, como tantos otros, de Santas Marías del Mar. Y ¡qué emoción reveló, a pesar del esfuerzo para disimularla, cuando el repórter se refirió con breves palabras al drama de Lavardens, *que había leído*—dijo—*aquella misma mañana en un periódico.*

¡Ah! Esto duró poco. La vieja no preguntó, por lo demás. Le fajó la espalda en dos tiempos y tres movimientos y se sumergió en las sombras de la noche cual viejo mochuelo.

Quizás el repórter debió ser más prudente, pero era preciso saber con certeza que era Zina. Porque siendo Zina, a pocos pasos de allí estaba Odette.

Ahora ya no se le escapaba la pobre prisionera, ni se le escapaba la chusma que se le llevaba. Su liberación era problema de veinticuatro horas, el tiempo preciso para avisar a las autoridades de New-Wachter. Nada más sencillo. A este propósito llamó al dueño del mesón, Otto, un suizo alemán grasiento, siempre al parecer medio dormido, si bien para despertarle del todo bastaba enseñarle—argumento decisivo en estos tiempos difíciles, en los que tan gran importancia mundial tiene la moneda fiduciaria—una cartera bien provista de buenas divisas, desde luego no impresas ni en Viena ni en Moscou.

Sin embargo, Otto explicó a su generoso cliente que sería completamente imposible molestar a las autoridades antes del día siguiente por la mañana. ¡Maldito contratiempo! Rouletabille no dejó de tomar sus precauciones para que esas autoridades fuesen lo antes posible preve-

nidas. Entretanto, como casi siempre, sólo podía contar consigo mismo.

No le inquietaba mucho la llegada, para él inminente, de Andrés y Calixta al campamento de los bohemios. Podían ya estar tranquilos; debían de suponerle descalabrado, si no muerto, después del lance del tren; hecho papilla por el convoy subsiguiente. En todo caso se creían ya libres de Rouletabille por mucho tiempo.

El repórter se llenó de pertrechos y cargó el revólver. Procuraba no apoyarse en el pie izquierdo, que de nuevo le dolía, y se percató con espanto que sólo valiéndose de un pie podía acercarse al campo, que quería vigilar de cerca.

En este momento pasó bajo la ventana el pastorcillo, con cuya ayuda pudo llegar al mesón. Abrió la ventana, le llamó y le dijo que le daría espléndida recompensa si ojo avizor no perdía detalle de cuanto hicieran los bohemios y le avisase al menor movimiento de levantar el campo. Tranquilo por este lado, se frotó el pie y empezó a fajárselo con fuerza.

Entonces fué cuando desde fuera, y con violentos golpes, llamaron a la puerta del mesón.

Fué a rastras hacia la ventana y miró. El hombre que golpeaba a la puerta iba envuelto en un gran capote y calaba la cabeza con un fieltro de anchas alas. Rouletabille se estremeció. Le sugirió el instinto que aquella nocturna llegada del desconocido no era extraña al drama que le había a él llevado también a New-Wachter. Re-

cogió todos sus alientos y bajó; por lo demás, desde que fajó el pie podía apoyarse en el suelo y era soportable el dolor. Además, ya empezaba a advertir los efectos del bálsamo con que le frotó la vieja hechicera; la espalda iba bien y ya podía mover el brazo. Las brujas saben lo suyo.

Bajó y entró en el recibidor de la posada cuando el dueño, lámpara en ristre, después de hablar con el que llamaba, le abrió la puerta. La luz dió de lleno en el rostro del recién llegado: ¡era Hubert!

Rouletabille, estupefacto, retrocedió hacia las sombras; pero Otto, cerrada ya la puerta, puso la lámpara sobre la mesa. Hubert, al parecer, venía extenuado. Se desplomó en una silla, tiró el sombrero y dijo:

—Tengo hambre.

En un mal francés, salpicado de peor alemán, le dijo el dueño que llegaba muy tarde y sólo podía ofrecerle sobras. Se abalanzó sobre ellas y las engulló. Aplacada el hambre, dijo:

—¿Ha mucho que tienen ustedes en la comarca a esos bohemios?

—Ha dos días—respondió Otto—, y quisiera verlos a cien leguas de distancia. No me dejan dormir en toda la noche.

—Y ¿por qué?

—Temo que me roben. Son capaces de todo. Sin embargo, he de reconocer que hasta hoy cuanto me han cogido lo han pagado.

—¿Qué hacen aquí?—preguntó Hubert.

—Pregúnteselo usted; no se van de la lengua.

—Voy a decir a usted lo que hacen aquí—dijo una voz entre sombras.

Hubert volvió bruscamente la cabeza hacia el sitio de la voz.

Entonces Rouletabille dió unos pasos y extendió la mano:

—Buenos días, señor de Lauriac.

Hubert se irguió galvanizado.

—¡Usted... usted aquí!

—Si está usted, ¿por qué no he de estar yo?—repuso Rouletabille, acercando un taburete a la mesa y pidiendo de paso una botella de Rhin.

—El mejor Rudesheimer que tenga.

Y mientras Otto bajaba a la bodega, dijo a Hubert:

—Ha hecho usted mal hace un momento no estrechándome la mano, señor de Lauriac: porque somos dos buenos amigos o al menos vamos a serlo. ¿Quiere usted que le diga qué han venido a hacer aquí estos bohemios?

—Huelga que lo diga—replicó Hubert con voz apagada y mirando hostilmente al sitio del repórter—: ¡lo sé!

—Y sin duda por ello hemos tenido el placer de verle por aquí—repuso el periodista con simpática sonrisa.

—El placer es entera y exclusivamente de usted—replicó Hubert gruñendo como un oso.

Rouletabille soltó la carcajada:

—Decididamente, no hay medio de cogerle ni con los

dedos... ni con pinzas..., ni de cerca... ni de lejos. ¡Ah! ¡Cómo me quiere usted!

—Usted tiene la culpa de que me esposasen—le espetó Hubert—. No lo olvido.

—Ya se ve, pero sí olvida que yo rompí esos grilletes. Señor de Lauriac, juguemos limpio. Aquí nos ha rendido el mismo designio, perseguimos el mismo fin, usted en favor suyo, yo en favor de mi amigo Juan. Lo mejor que podemos hacer es asociarnos. Uno y otro tenemos, ante todo, vivo interés de arrancar a Odette de las garras de esos bandoleros. ¡He aquí lo que domina todo! Luego hablaremos. ¿Qué le parece a usted?

Apareció en esto el patrón con la botella y fuera ladró el perro.

—Creo que son esos malditos bohemios que andan rondando mi conejera—dijo.

Dirigióse a la ventana y abrióla a la noche opaca súbitamente anegada en silencio.

—Deje usted la ventana abierta—rogó Rouletabille—; nos ahogamos aquí.

El patrón encendió la linterna y dijo:

—Perdónenme: voy a dar una vuelta.

Una vez ido, preguntó Rouletabille:

—¿Y qué?

—Pues bien—respondió Hubert—: he reflexionado; me avengo.

Pensó ante todo que le era forzoso acceder a la propuesta del repórter; sin duda les molestó a uno y a otro.

Coincidir en aquel paraje, cuando uno y otro confiaron en verse allí sin invite, pero al fin, su momentánea alianza les daba al menos la ventaja inmediata de vigilarse mutuamente...

—¿Amigos, pues?

—Amigos.

Rouletabille le estrechó la mano.

—A propósito. ¿Cómo se halla usted aquí?—le preguntó Rouletabille intrigado, pues por cálculos, razonamientos y deducciones suponía a Hubert yendo por el camino más recto a Lever-Jurn...

—Pues bien: ¿y usted?—preguntó Hubert, que a pesar de las protestas últimas de amistad, no se avenía de ningún modo a entregarse.

—¡Oiga!—repuso el periodista—, no juguemos a listos. Le ganaría a usted. Es usted lo bastante inteligente para no dudarle. Es preciso que uno y otro nos convenzamos de que no llegaremos a buen término echándonos la zancadilla. De ello se aprovecharían los bohemios.

—¡Bah!—replicó Hubert con despego—: ¿qué pueden hacer ahora cuando hemos dado con ellos? Por fuerza han de entregarnos a la señorita de Lavardens. Ya tengo avisado a las autoridades, que se presentarán mañana por la mañana.

—Ocioso—repuso Rouletabille—. Yo envié un propio a New-Wachter. Sin embargo, no hay que ilusionarse. El asunto no se ofrece quizás tan sencillo como usted cree, y en seguida voy a decirle a usted por qué: primero, porque

es tarea propia de los bohemios llevar de cabeza a las autoridades; y después, porque nos vamos a ver con dos personajes con los cuales usted no cuenta seguramente.

—¿Cuáles?

—Con Andrés y Calixta...

—¿Con Andrés y Calixta?—exclamó Hubert—. Yo les creía encarcelados.

—Les urdí la fuga.

—¿Usted? Y ¿por qué ha hecho usted tal cosa? ¡Usted olvidó sin duda el juramento que hicieron de no devolver a Odette sino muerta!

—Hice eso porque quise que me enseñaran el camino por donde encontrarla.

—Entonces, ¿usted los siguió?

—Dios mío, claro que sí...

—¡Ahl jesto es muy fuerte!

—Dios mío, esto no está mal—dijo modestamente Rouletabille—; y ahora que se lo he contado a usted todo, a usted le toca el turno de hablar; le escucho. ¿Usted partió para Lever-Jurn, no es eso?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por ciertas deducciones... ¡Ahl, no se asombre usted por tan poco y no eche en saco roto que lo que no sepa ahora no lo sabré mañana. ¿Estamos? No perdamos, pues, el tiempo...

Hubert contempló un momento en silencio a Rouletabille. Tanta seguridad le desconcertaba un poco... ¿Hablabla seriamente? En fin, rompió a hablar,

—Pues bien: no tengo inconveniente en decirle que partí, en efecto, para Lever-Jurn con el propósito de ver al patriarca, al cual conozco. Usted no ignora que el patriarca de Transbalkania es el jefe religioso y hasta, puede decirse, el director político de toda la raza romanca; al menos, la inmensa mayoría de los bohemios le tienen como a tal. El puesto que ocupa le confiere un poder excepcional; no hay cingaro que al menos una vez en la vida no haya ido en peregrinación Lever-Jurn, como no hay mahometano que no quiera ir, antes de morir, a la Meca. Siendo, en realidad, omnipotente con los fanáticos, una palabra suya puede lograr no poco. Quise ir a suplicarle que intercediese en el asunto de la señorita de Lavardens y destacarle los peligros de rapto tan audaz, la repercusión tan nefasta que tal proceder tendría en toda Europa en contra de todos los cingaros.

—Perfectamente; comprendido...—dijo Rouletabille, interrumpiendo con la seriedad de un pontífice—. ¿Y qué?

—Llevaba nada más que veinticuatro horas de marcha, cuando topé con un cingaro montado a caballo que venía de Lever-Jurn. Parecía muy fatigado de la etapa recorrida; nos detuvimos, pues, en una venta y charlamos. Es menester que le diga que para presentarme en Lever-Jurn y atravesar un país hostil por prejuicio a todo extranjero, me disfracé de bohemio...

—Buena precaución—repuso Rouletabille—. Se ve que sabe usted viajar.

—Aquel hombre, a pesar de la fatiga, hervía de sagrado regocijo y me invitó a alegrarme con él; me dijo que se acercaban los grandes días y que Lever-Jurn vería pronto a su querida reina. Le dejé divagar, prestando escasa atención a su fanático palique...; pero pronunció dos nombres que me estremecieron: Andrés y Calixta. Me preguntó si conocía a Andrés... Le respondí que sí, que era buen amigo mío y que fuimos juntos en peregrinación años ha a Santas Marías del Mar. En una palabra, me capté de tal modo su confianza que me reveló que Andrés y Calixta eran los encargados de llevar a Lever-Jurn a la *queyra*. Así el patriarca bautizó a la que se buscaba, a la esperada, en fin, a la enviada de Dios. La *queyra* quiere decir en cingaro Mesías. En fin, el gran sacerdote había dado el encargo a este bohemio de llevar a Andrés y a Calixta ciertas instrucciones secretas, y a ese fin venía a New-Wachter, en donde calculaba encontrarles.

—¿No se sabía, pues, en el patriarcado la detención de los dos romanchos?

—Es lo que me pregunto. Lo que puedo describirle es mi estado de espíritu después de esta confidencia. Acordándome de las confesiones de Andrés y de Calixta, no dudaba un instante de que la joven llevada a Lever-Jurn por estos bandoleros de cingaros era la señorita de Lavardens. Pero ¿qué quería decir ese cuento de *querida reina*? ¿La hija de los Lavardens reina de los bohemios! No comprendía de aquello nada ni me lo explico aún.

—Ni yo—repuso ingenuamente Rouletabille—. ¡Si que es de todo punto singular!

—A este propósito, señor, usted que visitó con frecuencia el Antiguo Castillo Nuevo y tuvo frecuentes ocasiones de ver a la señorita de Lavardens en traje de velada, ¿preparó usted si tenía una señal en la espalda?

—Noté, sí, que no tenía ninguna—declaró Rouletabille—. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Por nada o, mejor, sí... Me acuerdo de que el bohemio, al cual dejé continuar solo su camino, dispuesto, como estaba yo, a llegar aquí antes que él por otra carretera; me acuerdo que este hombre me dijo que los cingaros de Santas Marías habían *logrado descubrir a su reina, merced a la señal que llevaba en la espalda, y por ello le pregunté si está usted seguro* de que la señorita Lavardens no tiene señal alguna.

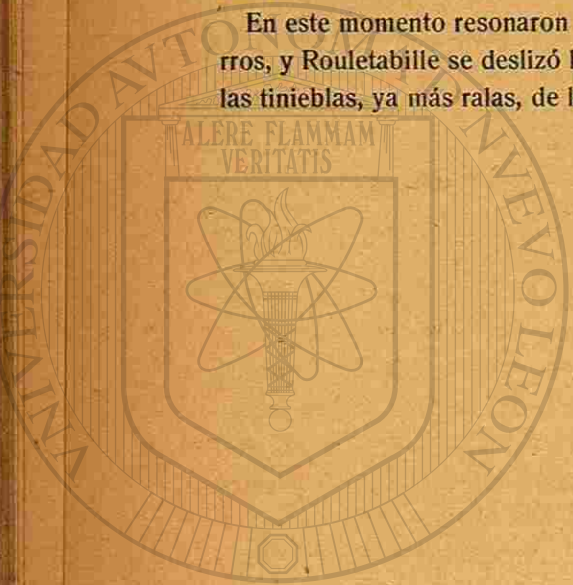
—Ninguna, se lo aseguro. Tiene la espalda tan blanca y limpia como la nieve; al menos en lo que permite afirmar el casto descote de una joven... Pero, dicho entre nosotros, aunque tuviera una señal en la espalda, me parece que no sería suficiente ese hecho para convertir en cingara a la heredera de los Lavardens.

—Señor, me he limitado a repetir lo que me contó en su exaltación ese hombre.

—Y ha hecho usted, bien, señor, porque de esta extraña historia se desprende la necesidad que tenemos de salvar lo más pronto posible a la señorita de Lavardens de esa cuadrilla de fanáticos...

—Evidentemente—musitó Hubert, súbitamente pensativo.

En este momento resonaron de nuevo ladridos de perros, y Rouletabille se deslizó hasta la ventana y escrutó las tinieblas, ya más ralas, de la noche.



CAPITULO XXVIII

EN EL CUAL A OLAJAI LE PESA HABER HABLADO DEMASIADO

EN el campamento de los bohemios, la vieja Zina, aprovechándose de la momentánea ausencia de Calixta, corrió hacia la carreta, donde halló a Odette temblorosa, bañada en lágrimas de espanto y aterrorizada por la súbita aparición de la pareja cingara. ¿Qué ocurría? ¿Por qué Andrés y Calixta volvían a su lado? ¿Qué nuevo peligro la amagaba?

Muy presente tenía aún la escena de la gruta, muy presente el cuchillo que esgrimió aquella gitana amenazándola con terrible furia.

Zina la acogió en brazos, cubrió sus manos de besos y trató de tranquilizarla, jurándole que era cosa sagrada, la cual nadie se atrevería a tocar. ¿Acaso desde que convivía con ellos podía quejarse de malos tratos? ¿No tenía a todos, por lo contrario, postrados a sus pies como ante Santa Sara? ¿No se había apelado a todo para dis-

traerla? ¿Y las danzas del atardecer? ¿Y las canciones al son de las guitarras? ¿No era acaso su adorada reina?

— ¡No llores! ¡No llores! Allá abajo una gran sorpresa te espera... Ante ti las puertas se abrirán y a tu paso no verás más que cabezas inclinadas.

Las dos hablaban a la vez. Odette respondía a sus caricias asiéndola y repitiendo por milésima vez que quería volver a Lavardens; la vieja hechicera seguía impertérrita su profecía, absorta en un éxtasis que la tornaba insensible a los ultrajes de la niña.

Súbitamente bajó del trípode, porque se oyó la voz de Calixta y el tumulto se reanudó con mayor furia en torno de la carreta.

Zina recomendó a Odette que no se moviera y bajó; pero Odette corrió al punto a su observatorio y hasta se arriesgó a entreabrir la ventanuca de la guardilla con la esperanza de aprehender algunas palabras que le revelasen el significado de la inopinada agitación de los bohemios.

En el fondo de su alma se preguntaba si acudían quizás a libertarla. Esta era su obsesión, el pensamiento único que de noche la despertaba con sobresaltos y abría sus oídos a todos los ruidos misteriosos de la campiña. ¡Ah! ¡Cuándo se vería libre de aquella horrible pesadilla! Y he aquí que de pronto una palabra escapada de labios cingaros viene a herir su oído: «¡Rouletabille!»

Por poco no lanza un grito: ¡tan fuerte fué la sorpresa!

¡Rouletabille! ¡Rouletabille! ¡Ah!, ya no temblaba de espanto..., sino de esperanza. ¡Rouletabille! El nombre acababa de ser pronunciado allí muy cerca por los labios de Calixta; de Calixta, enzarzada en borrascoso conciliábulo con Andrés y Sumbalo... Este ordenó levantar el campo inmediatamente, y al mismo tiempo advirtió a todas las carretas el peligro que corría la sagrada niña.

Ahora bien: Calixta, en una lengua que Odette no comprendía, exponía, por el contrario, al jefe de la tribu que no debían moverse, que si huían todos estaban perdidos, y acabarían por apresarlos; porque a lo más eran un centenar en aquel bosque y era locura pretender pasar inadvertidos, sobre todo... de Rouletabille.

Calixta, prevenida por Zina, fué a husmear en torno del mesón y atisbó en la ventana del piso bajo al más temible de sus enemigos. ¿No se verían jamás libres de su alcance? Dentro de unas horas, al rayar el día, quizás estarían allí, previsto todo para arrebatarse a Odette.

Sólo de un medio disponían para zafarse de aquel trance peligroso: ser más astutos que él. Y para ello sólo cabía un recurso: el viejo Sumbalo y todo el escuadrón de cingaros le esperarían a pie firme, y Andrés y Calixta, con Odette oculta en el fondo de otra carreta, se alejarían rápidamente adelantándose y no viajando más que de noche...

No había que perder momento... ¡Quizás ya estuviesen espiando el campo!

Dejóse convencer el viejo Sumbalo, diéronse nuevas

órdenes, obedecidas a regañadientes por los bohemios, y después de mil protestas... Algunos proferían gritos de rabia y de amenazas. En fin, un nuevo incidente vino a desatar la cólera de todos.

Olajai, a favor de la distracción de Andrés, había huído. El enamorado de Calixta lo advirtió en el preciso momento en que el antiguo criado de Rouletabille acababa de salir solapadamente del círculo iluminado por las hogueras.

Y gritó perjurando: «Olajai».

Calixta comprendió la fuga.

Los dos saltaron y los demás les siguieron. Era preciso atrapar al hermano traidor, costase lo que costase.

¡Ah! Olajai presentía que corría el peligro de rendir cuentas mientras Rouletabille anduviese por los alrededores y sólo había pensado en sustraerse al mal destino que le aguardaba... Quizás fué en persona a avisar a Rouletabille.

Calixta ordenó a Andrés:

—Corre: ve por el atajo que corta el camino del mesón...

Y dirigió la persecución con tan pasmosa estrategia, cercando al desdichado, obligándole a saltar de maleza en maleza, como alimaña batida, que a poco el infeliz fué a dar en los brazos de Andrés, que le acechaba detrás de un árbol.

Andrés le agarró con sus manazas como si fuera a atraparlo, lo machacó con sus potentes brazos y lo volvió

al campamento, más muerto que vivo, convertido en pingajo apenas palpitante, y arrojándolo en medio de los cingaros, les dijo: «Os lo regalo. Podéis hacer de él lo que queráis. Es un traidor: si no hubiese hablado, no hubiéramos estado allá...; él es la causa de todas nuestras desgracias... Si un día nos roban nuestra reina, él lo habrá querido.»

Todos rugieron en torno de Olajai, que a duras penas pudo ponerse de pie, levantándose presa de espanto sin nombre.

Una puñalada en la espalda le hizo rodar por el suelo.

Odette, que continuaba observando desde la carreta, con ansia creciente, lo que ocurría, lanzó un grito de horror, pero en el mismo momento se abrió la puerta de su cárcel ambulante y Andrés se abalanzó, la envolvió en una manta y se la llevó como si pesase no más que una pluma. Zina, con gestos de loca, corrió silenciosa tras el cingaro. Calixta les siguió.

Minutos después se desarrolló en aquel rincón del bosque, en torno de la hoguera, cuyo rescoldo avivó el fanatismo milenarista de una raza que no conoce límites a la venganza, una escena que exigiría el pincel de Goya para ser reproducida en la imponente y bárbara grandeza de todo su horror.

Seres fantásticos, demonios, espectros o monstruos se agitaban en torno de las brasas en que ardían rostros humanos.

Un hedor abominable, que parecía emborrachar a

aquellos seres escapados de otro mundo, ascendía a las copas de la arboleda.

La joven Ari, de bellos ojos claros, esplendor de sus quince primaveras, tumbada en la hierba y apoyada la barbilla en sus manos de bronce, sonreía al suplicio de Olajai.

Este no murió de la puñalada recibida y debió de lamentarlo mientras se le achicharraba a conciencia los pies.

Para no oír sus vanas protestas, la vieja Oliva, sonriéndole con sus tres vacilantes dientes, le hundió en la boca un jirón de su chal.

Sumbalo, sentado en la pértiga de una carreta, presidía callado la ejecución con gravedad majestuosa, que le hubiera envidiado el Gran Inquisidor.

Una docena de monicacos saltaban en torno de aquel festejo peculiar, dando singulares brincos, cual corresponde a pequeños retoños de la Ruta.

Suco el herrero sujetaba tan fuertemente los tobillos del paciente, que éste parecía complacerse en el tormento.

Suco tenía manos de bronce insensibles al fuego... pues los pies de Olajai, ablandados en el servicio de los rumies, suministraban a la llama todo el sebo deseado (1).

(1) La segunda parte de ROULETABILLE Y LOS GITANOS se titula *El Pulpo*, publicada en esta misma colección.

INDICE

Páginss.

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

CAPÍTULO PRIMERO.—En el cual, por primera vez, se trata de <i>El Pulpo</i>	7
CAP. II.—Calixta.....	17
CAP. III.—Olajai.....	23
CAP. IV.—El Mediodía se conmueve y la Camargue también.....	33
CAP. V.—Lou Cabanou.....	41
CAP. VI.—Un trozo de tela de color avellanado.....	47
CAP. VII.—Estefanía.....	53
CAP. VIII.—En el cual aparece de nuevo el signo faltal.....	59
CAP. IX.—Hubert de Lauriac.....	65
CAP. X.—Ojo a <i>El Pulpo</i>	89
CAP. XI.—En el cual Rouletabille expresa concretamente su opinión acerca del asesino.....	103
CAP. XII.—Rouletabille, al acecho.....	111
CAP. XIII.—Explicaciones.....	117
CAP. XIV.—El sueño del gendarme.....	123
CAP. XV.—La información del gendarme.....	135
CAP. XVI.—Rouletabille cuenta historias.....	145
CAP. XVII.—Un golpe teatral.....	151

aquellos seres escapados de otro mundo, ascendía a las copas de la arboleda.

La joven Ari, de bellos ojos claros, esplendor de sus quince primaveras, tumbada en la hierba y apoyada la barbilla en sus manos de bronce, sonreía al suplicio de Olajai.

Este no murió de la puñalada recibida y debió de lamentarlo mientras se le achicharraba a conciencia los pies.

Para no oír sus vanas protestas, la vieja Oliva, sonriéndole con sus tres vacilantes dientes, le hundió en la boca un jirón de su chal.

Sumbalo, sentado en la pértiga de una carreta, presidía callado la ejecución con gravedad majestuosa, que le hubiera envidiado el Gran Inquisidor.

Una docena de monicacos saltaban en torno de aquel festejo peculiar, dando singulares brincos, cual corresponde a pequeños retoños de la Ruta.

Suco el herrero sujetaba tan fuertemente los tobillos del paciente, que éste parecía complacerse en el tormento.

Suco tenía manos de bronce insensibles al fuego... pues los pies de Olajai, ablandados en el servicio de los rumies, suministraban a la llama todo el sebo deseado (1).

(1) La segunda parte de ROULETABILLE Y LOS GITANOS se titula *El Pulpo*, publicada en esta misma colección.

INDICE

Páginss.

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

CAPÍTULO PRIMERO.—En el cual, por primera vez, se trata de <i>El Pulpo</i>	7
CAP. II.—Calixta.....	17
CAP. III.—Olajai.....	23
CAP. IV.—El Mediodía se conmueve y la Camargue también.....	33
CAP. V.—Lou Cabanou.....	41
CAP. VI.—Un trozo de tela de color avellanado.....	47
CAP. VII.—Estefanía.....	53
CAP. VIII.—En el cual aparece de nuevo el signo faltal.....	59
CAP. IX.—Hubert de Lauriac.....	65
CAP. X.—Ojo a <i>El Pulpo</i>	89
CAP. XI.—En el cual Rouletabille expresa concretamente su opinión acerca del asesino.....	103
CAP. XII.—Rouletabille, al acecho.....	111
CAP. XIII.—Explicaciones.....	117
CAP. XIV.—El sueño del gendarme.....	123
CAP. XV.—La información del gendarme.....	135
CAP. XVI.—Rouletabille cuenta historias.....	145
CAP. XVII.—Un golpe teatral.....	151

	<u>Páginas</u>
CAP. XVIII.—En el cual el señor Crousillat descubre que los periodistas a veces «sirven para algo»	161
CAP. XIX.—El asesino.....	179
CAP. XX.—Continúa hablando el Libro de los Antepasados.....	187
CAP. XXI.—Juan contra <i>El Pulpo</i>	195
CAP. XXII.—Continuación de la lucha de Juan contra <i>El Pulpo</i>	209
CAP. XXIII.—Rouletabile y <i>Camiseta</i>	225
CAP. XXIV.—En el cual los acontecimientos se desarrollan como previó Rouletabile.....	239
CAP. XXV.—Peligros que ofrece el viajar con espléndida barba.....	249
CAP. XXVI.—¿Quién sabe si duerme o si está despierta?.....	253
CAP. XXVII.—El que llamó a la puerta del mesón.....	261
CAP. XXVIII.—En el cual a Olajai le pesa haber hablado demasiado.....	273

M. AGUILAR-EDITOR

Marqués de
Urquijo, 39



Apartado 8.011
Teléf. 842 J.

MADRID

EXTRACTO DEL CATALOGO

COLECCION LITERARIA

VIAJES — NOVELAS — AVENTURAS

	<u>Pesetas.</u>
<i>F. Ossendowski</i> .—Bestias, Hombres, Dioses.....	5
— El Hombre y el Misterio en Asia.....	5
— De Presidente a la Cárcel.....	5
— La Sombra aterradora del Este.....	5
— Más allá de la Gran Muralla.....	5
— Fuego en el Desierto.....	5
— A través del país de los Simúns.....	5
<i>S. Palen</i> .—Cómo se escapó el Demonio Blanco del Mar Negro.....	5
— El Dragón Rojo.....	5
<i>Georg. Popoff</i> .—La Inquisición Roja.....	5
<i>H. G. Wells</i> .—Los rincones secretos del corazón....	4
— El Nuevo Maquiavelo.....	6
— La Llama Inmortal.....	5
— El padre de Cristina Alberta.....	6
— Los Hombres Dioses.....	5
— Breve Historia del Mundo.....	10
<i>Marcel Prévost</i> .—Su querida y yo.....	5

Pesetas.

<i>Ernest Pérochon.</i> —Los Hombres frenéticos.....	5
<i>Edgard Rice Burroughs.</i> —Una princesa de Marte....	5
— Los Dioses de Marte.....	5
— El Guerrero de Marte.....	5
— Thuvia, la Virgen de Marte.....	5
— El ajedrez vivo de Marte.....	5
<i>M. Leblanc.</i> —La vida extravagante de Baltasar.....	5
<i>L. Rosenthal.</i> —Hagamos fortuna.....	5
<i>B. Shaw.</i> —Comedias desagradables.....	5
— Comedias agradables.....	6
— Hombre y Superhombre.....	6
— Volviendo a Matusalén.....	6
— Tres comedias para puritanos.....	6
— La otra Isla de John Bull.....	6
<i>Mario Meunier.</i> —La leyenda dorada de los Dioses y de los Héroes.....	5
<i>Maurice Dekobra.</i> —Ha muerto una cortesana.....	5
— La Madona de los Coches Camas.....	5
— Griselda, te amo.....	5
— La Góndola de las Quimeras.....	5
<i>W. Bonsels.</i> —Viaje a la India.....	5
<i>Gastón Leroux.</i> —Rouletabile y los Gitanos: I, El Libro de los Antepasados; II, El Pulpo. Cada tomo.	5
<i>G. de la Fourchardière.</i> —El crimen de Buif.....	5
<i>F. Rabelais.</i> —Gargantúa y Pantagruel.....	5
— Hechos y dichos del buen Pantagruel.....	5
— Pantagruel, rey de los Dipsodas.....	5
<i>El Heptamerón.</i> —Cuentos de la Reina de Navarra... 5	
<i>S. Hernánz.</i> —Lo Bueno y lo Malo que se ha dicho del Amor, del Matrimonio y de las Mujeres.... 5	
<i>Brantôme.</i> —Vida de las Damas Galantes..... 5	

BIBLIOTECA DE IDEAS Y ESTUDIOS
CONTEMPORANEOS

Pesetas.

<i>E. Claparède.</i> —Cómo diagnosticar las aptitudes de los escolares.....	6
<i>Gustave Le Bon.</i> —El Desequilibrio del Mundo... 5	
— La Vida de las Verdades.....	5
— Psicología de los Tiempos Nuevos.....	5
— Ayer y Mañana.....	5
<i>Dr. Maurice de Fleury.</i> —La Angustia Humana..... 5	
<i>Dr. Henry Verger.</i> —Evolución del Concepto Médico sobre la responsabilidad de los delincuentes... 5	
<i>Dr. Serge Voronoff.</i> —Estudio sobre la Vejez y el Rejuvenecimiento en el Hombre y en la Mujer. ... 6	
<i>Dr. P. Janet.</i> —La Medicina Psicológica..... 5	
<i>M. Muret.</i> —El Ocaso de las Naciones Blancas..... 6	
<i>S. Metelnikow.</i> —La Inmortalidad y el Rejuvenecimiento en la Biología moderna..... 6	
<i>Dr. A. Delmas.</i> —La Personalidad Humana.—Su análisis..... 6	
<i>L. Trotzki.</i> —La Literatura y la Revolución..... 5	
<i>Henry Ford.</i> —Hoy y Mañana..... 5	

BIBLIOTECA DE CONOCIMIENTOS
MEDICOS Y OBRAS DE MEDICINA

<i>Dr. H. Feuillade.</i> —Consejos a los Nerviosos y a las personas que les rodean.....	6
<i>Dres. M. Perrin y P. Mathieu.</i> —La Obesidad.....	5
<i>Dr. Louis Genest.</i> —La Impotencia y la Esterilidad en el Hombre y en la Mujer.	5
— Enfermedades de la Mujer.....	5

<i>Dr. S. Woronoff.</i> —Mi método de Rejuvenecimiento por el injerto.....	20
<i>Dr. Henry Vignes.</i> —Fisiología Obstétrica Normal y Patológica.....	25
<i>Dres. E. Rochard y W. M. Stern.</i> —Terapéutica Postoperatoria.....	30
<i>Dres. P. Emile Weil y Paul Isch-Wall.</i> —La transfusión de la sangre.....	15

BIBLIOTECA DE CIENCIAS PSIQUICAS

<i>C. Flammarion.</i> —LA MUERTE Y SU MISTERIO.—I. Antes de la muerte, 6 pesetas.—II. Alrededor de la muerte, 6 pesetas.—Después de la muerte... — Las Casas de Duendes.....	7 7
<i>Dr. E. Osty.</i> —Conocimiento Supranormal.....	7,50
<i>P. E. Cornillier.</i> —La Supervivencia del Alma y su evolución después de la muerte.....	7
<i>Chevreuil.</i> —No morimos.....	5
<i>Sir Willam Barrett.</i> —En el Umbral de lo Invisible... ..	5
<i>Schopenhauer.</i> —Las Ciencias Ocultas.....	4
<i>Dr. Gustave Geley.</i> —La Ectoplasma y la Clarividencia.....	10
<i>Marqués de Santa Cara.</i> —Un tanteo en el Misterio... ..	5
<i>Dr. Lucien Graux.</i> —Reencarnado.. ..	3,50
<i>A. de Rochas.</i> —Las vidas sucesivas.....	6
<i>Sciens.</i> —Cómo se habla con los muertos.....	3
<i>M. Frondoni Lacombe.</i> —Maravillosos fenómenos del Más Allá.....	7
<i>W. J. Crawford.</i> —La realidad de los fenómenos psíquicos.....	6

<i>César Lombroso.</i> —Los fenómenos de hipnotismo y espiritismo.....	6
<i>Sir Oliver Lodge.</i> —Raimundo o la Vida y la Muerte. . .	5

COLECCION ARTE Y DIVULGACIONES

<i>Abate Th. Moreux.</i> —Los Enigmas de la Ciencia.....	5
<i>Amanda Coomaraswamy.</i> —Artes y Oficios de la India y Ceilán.....	8
<i>Stewart Dick.</i> —Artes y Oficios del Antiguo Japón... ..	6

COLECCION AMA DE CASA

<i>René Vidal.</i> —El libro Ideal de Cocina. Un volumen, cartoné, de 400 páginas.....	6
Este libro de cocina contiene:	
1.º 365 páginas, una por día, y cada página lleva un menú para el almuerzo y otro para la cena, con las correspondientes recetas para condimentar cada plato.	
2.º Un índice de los platos contenidos en el libro. Gracias a este índice, si un plato de los que figuran en el menú del día se desea reemplazarlo por otro, bastará buscarlo en el índice.	
3.º Un vocabulario de los principales términos de cocina.	
4.º Los vinos y su orden de presentación en la mesa.	
5.º Un cuadro del valor nutritivo o riqueza en calorías de los alimentos o platos más corrientes.	
6.º Un cuadro con la duración de la digestión de éstos.	
7.º La etiqueta que debe guardarse con los invitados: sitio que deben ocupar éstos, adorno de la mesa, etc., etc.	
8.º Consejos útiles para utilizar los restos, limpiar metales y conservar la vajilla de plata.	
9.º Régimen que deben seguir los artríticos, enfermos del estómago, convalecientes, hepáticos, diabéticos, etc.	



UA

DE LA AUTONOMIA DE
ACION GENERAL DE

